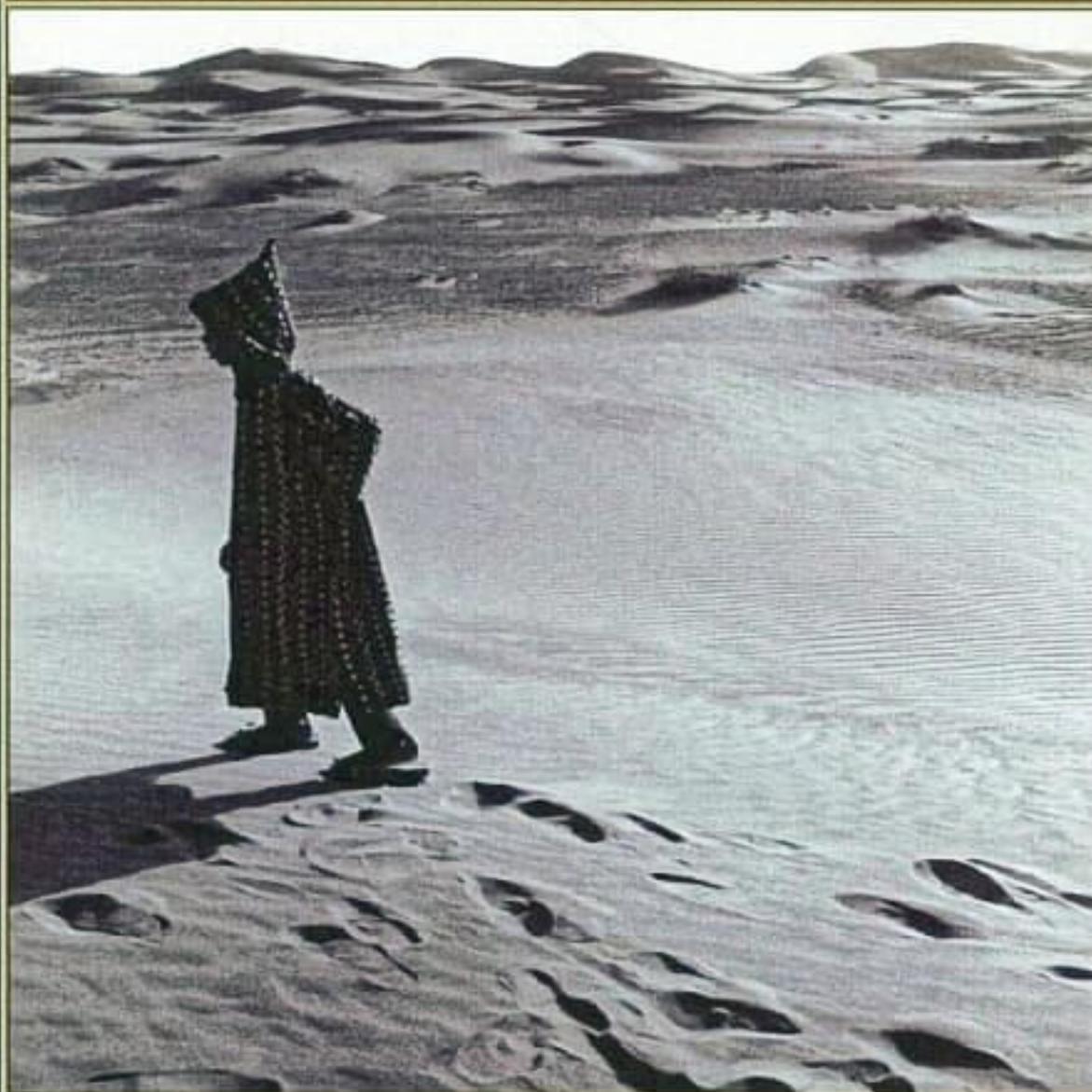


EDITH WHARTON EN MARRUECOS



Lectulandia

En esta obra, un clásico de la literatura de viajes, Edith Wharton nos deja una brillante crónica de su estancia en Marruecos durante la Primera Guerra Mundial.

Con su característico sentido de la aventura, Wharton emprende la exploración del país y de sus gentes, anotando sus impresiones y encuentros. Viajó con un *jeep* militar a Rabat, Mulay Idriss, Fez y Marrakech, desde la costa atlántica hasta el Alto Atlas. A lo largo del camino fue testigo de ceremonias religiosas y danzas rituales, visitó los opulentos palacios del sultán y fue admitida en el misterioso mundo de su harén.

Su estilo narrativo es tan rico como los souks por donde pasea, poblados por contadores de cuentos y guerreros, esclavos y tejedores.

Edith Wharton

En Marruecos

ePub r1.0

Titivillus 05.03.2023

Título original: *In Morocco*
Edith Wharton, 1920
Traducción: Mariano Peyrou

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

[Cubierta](#)

[En Marruecos](#)

[Nota del traductor](#)

[Prólogo a la primera edición](#)

[I](#)

[II](#)

[Prólogo a la nueva edición](#)

[EN MARRUECOS](#)

[I](#)

[Rabat y Salé](#)

[1. Salir de Tánger](#)

[2. El sendero hacia Al Ksar](#)

[3. De Al Ksar a Rabat](#)

[4. La alcazaba de los udaya](#)

[5. La «Salé» de Robinson Crusoe](#)

[6. Chella y la gran mezquita](#)

[II](#)

[Volubilis, Mulay Idriss y Meknes](#)

[1. Volubilis](#)

[2. Mulay Idriss](#)

[3. Meknes](#)

[III](#)

[Fez](#)

[1. La primera imagen](#)

[2. Fez Al Yedid](#)

[3. Fez Al Bali](#)

[4. La mezquita de los andalusíes y el campo del alfarero](#)

[5. Medersas, bazares y un oasis](#)

[6. La última visión](#)

[IV](#)

[Marrakech](#)

[1. El camino hasta allí](#)

[2. El palacio de Bahía](#)

[3. Los bazares](#)

[4. El Agdal](#)

[5. Sobre los tejados](#)

[6. Las tumbas saadíes](#)

[V](#)

Harenes y ceremonias

1. La muchedumbre de la calle

2. Aid al-Kebir

3. El mirador imperial

4. En la parte vieja de Rabat

5. En Fez

6. En Marrakech

VI

El trabajo del General Lyautey en Marruecos

1.

2.

3.

El trabajo del protectorado francés (1912-1918)

VII

Una breve historia de Marruecos[47]

1. Los bereberes

2. Fenicios, romanos y vándalos

3. La conquista árabe

4. Almorávides y almohades

5. Los meriníes

6. Los saadíes

7. Los alauíes

VIII

Nota sobre la arquitectura marroquí

1.

2.

3.

4.

IX

Libros consultados

Otros libros (publicados desde 1917)

Sobre la autora

Notas

Al general Lyautey, general residente de Francia en Marruecos, y a Madame Lyautey, gracias a cuya amabilidad el viaje con el que tanto tiempo había soñado superó todas mis expectativas

París, 1919

Nota del traductor

En la edición original, la autora explica, en una nota sobre sus criterios de transcripción fonética, que escoge para «los nombres propios y otras palabras árabes» la ortografía francesa. Casi un siglo más tarde, y con la cercanía que hay entre Marruecos y el lector español, me ha parecido oportuno mantener ese criterio en los casos en los que los términos franceses se han impuesto por el uso entre los hispanohablantes, pero «españolizar» tanto los que ya se usan con grafía castellana como los que, por ser menos habituales, no han llegado al público en ninguna de sus posibles transliteraciones.

Para los nombres propios y otras palabras árabes, se ha seguido la ortografía francesa.

En el caso de nombres propios, o de ciudades y barrios, esto parece justificado por el hecho de que se trata de una colonia francesa, donde naturalmente prevalece el uso en francés. Escribir *Oudjda* en francés y *koubba*, por ejemplo, en su forma inglesa (*kubba*), generaría una confusión innecesaria con respecto a la forma de pronunciar ambas palabras. Parece, por lo tanto, más sencillo, en un libro escrito para el viajero corriente, ajustarse totalmente a la ortografía francesa.^[1]

Prólogo a la primera edición



Fez Elbali desde las murallas.

I

Ya que empiezo mi libro afirmando que todavía falta una guía de viajes por Marruecos, debería dar un primer paso para intentar remediar esa carencia. Pero las condiciones en que realicé mis viajes, aunque fueron la causa de numerosos acontecimientos inesperados y pintorescos, no eran las apropiadas para un estudio pausado de los diversos lugares que visité. Iba con el tiempo limitado debido a la llegada de la estación de las lluvias, que imposibilita la circulación en automóvil por los peligrosos senderos de la zona española. En 1917, debido a la vigilancia de los submarinos alemanes en el Estrecho y a lo largo de la costa noroeste de África, el viaje por mar de Marsella a Casablanca, que normalmente es muy fácil, no se podía realizar sin múltiples incomodidades ni sin asumir que se perdería mucho tiempo. Una vez a bordo del vapor, los pasajeros solían verse obligados a permanecer en

puerto (sin poder bajar a tierra) durante seis u ocho días; por lo tanto, para cualquiera que dispusiera de poco tiempo, cosa que le sucedía a la mayor parte de la gente que tenía algún trabajo relacionado con la guerra, era necesario viajar por tierra y estar de vuelta en Tánger antes de que comenzaran las lluvias de noviembre.

Esto solamente me dejaba un mes para recorrer Marruecos desde el Mediterráneo hasta el Alto Atlas y desde el Atlántico hasta Fez, e incluso aunque hubiera dispuesto de una alfombra mágica para desplazarme, la cantidad de impresiones que recibí habrían hecho muy difícil una observación suficientemente precisa.

Un coche militar, que después de una alfombra mágica era el mejor medio de transporte, estaba a mi disposición cada mañana, pero las condiciones derivadas de la guerra imponían ciertas restricciones, y el deseo de gastar la menor cantidad posible de gasolina a menudo imposibilitaba ir a algunos lugares por segunda vez, lo que es imprescindible para llevarse una impresión detallada y definitiva.

Estos inconvenientes quedaban más que compensados por la ventaja de haber emprendido mi viaje en un momento único en la historia del país: el breve periodo de transición entre la época en que estaba sometido de un forma casi total a las autoridades europeas y el momento, que se aproximaba con rapidez, en el que se abriría a todas las banalidades y promiscuidades de la forma moderna de viajar.

Marruecos es demasiado extraño, demasiado hermoso, demasiado rico en paisaje y arquitectura y, por encima de todo, demasiado novedoso como para no convertirse en uno de los principales destinos primaverales en cuanto se reanudara el tráfico de pasajeros por el Mediterráneo. Ahora que la guerra ha terminado, sólo unos pocos meses de obras en las carreteras y líneas de ferrocarril lo separan del instante en que recibirá un gran torrente de turistas; y una vez comience la avalancha, nadie podrá contemplar nunca más las Mulay Idriss, Fez y Marrakech que yo conocí.

A pesar de los incesantes esfuerzos de la administración del general Lyautey para salvar a los antiguos monumentos de Marruecos del deterioro y para proteger a sus artes e industrias de la corrupción causada por el mal gusto europeo, la impresión de misterio y lejanía que produce el país en la actualidad desaparecerá inevitablemente cuando lleguen los «billetes circulares»^[2]. Dentro de unos años se conocerá mucho más que hoy del pasado de Marruecos, pero ese pasado estará mucho menos al alcance del viajero de lo que se encuentra hoy en día. Las excavaciones mostrarán huellas

frescas de las ocupaciones romanas y fenicias, y las remotas afinidades entre coptos y bereberes, entre Bagdad y Fez, entre el arte bizantino y la arquitectura de la región del Souss se analizarán y explicarán; pero mientras se realicen estos descubrimientos sucesivos, la extraña supervivencia de la forma de vida medieval, de una forma de vida contemporánea de los cruzados, de Saladino, e incluso de los mejores tiempos del Califato de Bagdad, que hoy se ofrece al asombrado viajero, irá tocando de forma gradual a su fin hasta que llegue un momento en que incluso los misteriosos aborígenes del Atlas hayan plegado sus tiendas y desaparecido sigilosamente.

II

No faltan los documentos fidedignos sobre Marruecos para aquellos que lean francés, pero por regla general se hallan en libros muy voluminosos y difíciles de encontrar, como *En Tribu*, de Douffé, las sorprendentes exploraciones del marqués de Segonzac por el Atlas o el clásico —pero imposible de hallar— del Padre de Foucauld *Reconnaissance au Maroc*. Y las traducciones, cuando las hay, son aún más escasas.

Louis Châtelain se ha ocupado de las ruinas romanas de Volubilis, y Tranchant de Lunel, Raymond Koechlin, Gaillard, Ricard y muchos otros estudiosos franceses han tratado sobre la arquitectura y el arte musulmanes en artículos que han aparecido en *France-Maroc*, en introducciones a catálogos de exposiciones o en revistas y diarios. Pierre Loti y André Chevrillon han reflejado con una intensísima sensibilidad visual el romántico y ruinoso Marruecos del ayer. Y en los tomos de las *Conférences Marocaines*, publicadas por el gobierno francés, los expertos congregados en torno al general residente han examinado el Marruecos industrial y agrícola del mañana. Por último, hay un impactante libro que resume, con la claridad y la coherencia que son un arte exclusivo de la intelectualidad francesa, los puntos clave de todos estos temas, salvo los relacionados con el arte y la arquitectura. Se trata de *Le Maroc* de Augustin Bernard, el único libro conciso y fácil de llevar y, sin embargo, completo e informativo que ha habido desde que León el Africano describió los bazares de Fez. Pero Augustin Bernard sólo trata de la etnología, de la historia social, política y religiosa y de las características físicas del país; y esto, aunque no es poca cosa, deja de lado los elementos

visuales y pintorescos, aunque el libro toca la siempre interesante forma de vida de la gente.

Por lo tanto, para el uso de los felices trotamundos que estén planeando un viaje a Marruecos, he añadido a mis impresiones personales un breve bosquejo sobre la historia y el arte del país. Como atenuante, debo decir que el principal mérito de este breve texto es su falta de originalidad. Lo que aquí se relata ha sido tomado principalmente de los textos de Augustin Bernard, M. H. Saladin y Gaston Migeon, y de las ricas fuentes de las *Conférences Marocaines* y los artículos de *France-Maroc*. Tiene también una profunda deuda con la información facilitada *in situ* por los brillantes especialistas miembros de la administración francesa; con el marqués de Segonzac, cuya compañía tuve la fortuna de disfrutar en los viajes de ida y vuelta de Rabat a Marrakech; con Alfred de Tarde, editor de *France-Maroc*; con Tranchant de Lunel, director de la Escuela Francesa de Bellas Artes en Marruecos; con Goulven, el historiador del Mazagán portugués; con Louis Châtelain y con los muchos otros cultos y cordiales funcionarios franceses, militares y civiles, que en todas las etapas de mi viaje hicieron cuanto pudieron, con la mayor amabilidad, para contestar mis preguntas y para abrirme los ojos.

París, 1919

Prólogo a la nueva edición

Estoy de pie en un pórtico, rodeada de campanillas de color azul genciana, igual que una mañana de septiembre de hace diez años, y dirijo la mirada hacia una tierra de neblina y misterio, una tierra de largos velos plateados a través de los cuales asoman las cúpulas y los minaretes, las imponentes torres y murallas de piedra rojiza, los cálidos palmerales y las nieves del Atlas, para desaparecer bajo las nubes cuando así lo decidan las corrientes de aire procedentes del Atlántico.

Es difícil creer que en el tiempo que ha pasado desde mi viaje, este imperio carente de guías turísticas, en el que apenas hay carreteras, se haya convertido en uno de los más populares y habituales destinos para viajar en invierno, donde es posible desplazarse en tren y en automóvil. Pero es aún más difícil de concebir que, a pesar de su accesibilidad y sus comodidades, haya conservado prácticamente toda la magia y todo el misterio de la época en que era un sitio vedado a los extranjeros.

De hecho, los cinco mil kilómetros de vías de tren y de carreteras se han situado con tanta habilidad en los pliegues de las pardas colinas, y los palacios morunos que estaban a punto de desmoronarse se han transformado en lujosos hoteles modernos con tan buen gusto y tanta sensibilidad que, desde la ventajosa posición que ofrece el nuevo Marruecos, el turista todavía puede asomarse al antiguo.

Sería inútil, además de innecesario, intentar convertir estos recuerdos del antiguo Marruecos en una guía del nuevo. Desde que escribí mi libro, la admirable *Guía azul* de *Monsieur* Ricard ha servido a la curiosidad del viajero del mismo modo que las hermosas nuevas carreteras «nacionales» han servido a las ruedas de su vehículo. Y el conciso panfleto editado por el protectorado, *Ce qu'il faut savoir du Maroc*, con su excelente mapa de carreteras y ferrocarriles, ha proporcionado unas estadísticas muy completas sobre los recursos económicos del país. Marruecos se ha hecho comprensible, accesible y atractivo. Y gracias al gran administrador cuya impronta sigue grabada en esta tierra, todas las comodidades que se han introducido y los servicios que se han creado han estado controlados para que no estropearan las antiguas

maravillas. Visitar Marruecos sigue siendo como pasar las páginas de un iluminado manuscrito persa adornado con formas brillantes y sutiles líneas.

E. W.
Sainte-Claire-Le-Chdteau
Enero de 1927

EN MARRUECOS

I

Rabat y Salé

1. Salir de Tánger

Subirse a bordo de un vapor en un puerto español y llegar tres horas más tarde a «un país que no tiene guía turística» es una sensación que resulta estimulante incluso para el viajero más experimentado.

Cualquiera puede sentirla si se toma la molestia de hacerse a la mar, a golpe de remo, en el puerto de Algeciras, y consigue montarse en una pequeña embarcación negra que cruza el Estrecho. En cuanto el peñón de Gibraltar se ha perdido en la niebla, uno ya se encuentra en tierra firme, pisando una África casi desconocida. Tánger, desde luego, está en las guías de viaje pero, como si fuera un cuco, ha puesto sus huevos en nidos ajenos, y el viajero que desee averiguar algo sobre esta ciudad debe hacerlo a través de otro país: España, Portugal o Argelia. No hay ninguna guía de viaje de Marruecos, y es imposible saber, una vez que uno ha dejado atrás Tánger, dónde van a parar las largas vías férreas que atraviesan el Rif; no hay aquí nada parecido a las certidumbres europeas. Entonces el viento de lo nunca visto llega hasta nosotros, soplando desde los precarios pasos de montaña del Atlas.

Esta sensación de aventura se ve acentuada por el contraste entre Tánger —el Tánger cosmopolita, caótico y familiar tan visitado por los turistas desde hace cuarenta años— y el vasto territorio desconocido que se abre ante nosotros. Nos encontramos, por supuesto, con viajeros que han estado en Fez, pero han ido en misión especial, escoltados, misteriosa, quizá arriesgadamente. Estas expediciones, hasta hace poco, eran complicadas. Y al asomarnos a los documentos escritos por los viajeros que se han desplazado por Marruecos en los últimos veinte años, ¿cuántos, incluso teniendo en cuenta a los más aventureros, han llegado más allá de Fez? ¿Y qué nos dicen, hoy en día, los nombres de Meknes y Marrakech, de Mogador, Saffi o Rabat,

salvo a unos pocos estudiantes de historia política, a unos pocos exploradores y naturalistas? Hasta el año pasado, no existía la posibilidad de viajar desde Tánger hasta el Gran Atlas ni desde Mulay Idriss hasta el Atlántico. Hace tres años, unos cristianos fueron asesinados en las calles de Salé, la población pirata que está junto a Rabat, al otro lado del río, y hace dos años ningún europeo había obtenido una autorización para entrar en la ciudad santa de Mulay Idriss, donde está enterrado el legítimo descendiente de Alí, el fundador de la dinastía de los Idrises. Ahora, gracias a los esfuerzos y a la imaginación de uno de los más grandes administradores de las colonias, el país, o al menos la zona francesa del mismo, es tan seguro y tan abierto como la vecina orilla española. Lo único que falta es explicarle al viajero cómo orientarse en él.

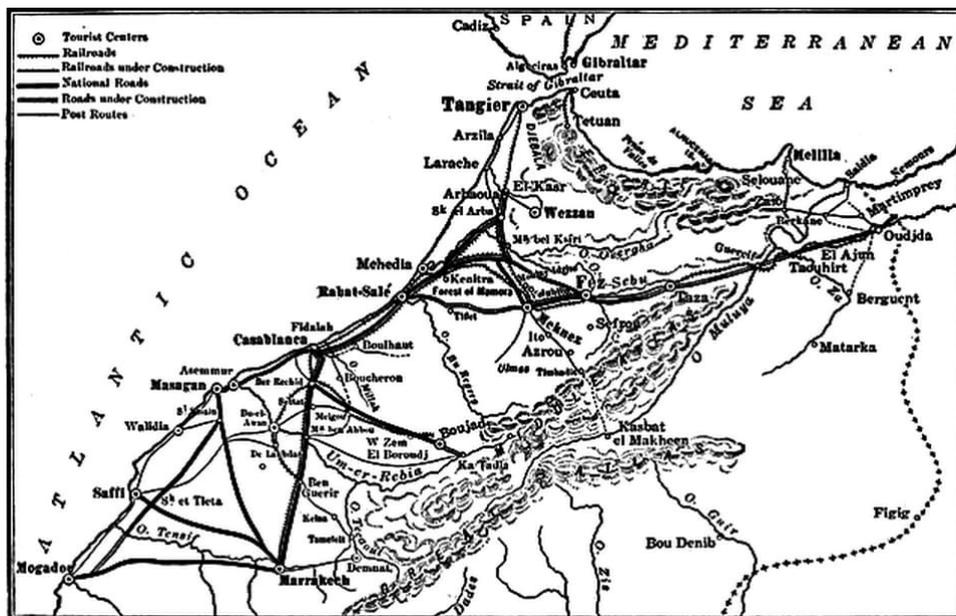
Hace diez años, en Marruecos no había ni un solo vehículo con ruedas; hoy en día, sobre sus miles de kilómetros de senderos y sus cientos de kilómetros de firmes carreteras francesas circulan incontables carros, autobuses y coches. Hay vías férreas desde Rabat hasta Fez, en el oeste, y hasta un punto situado a unos ochenta y cinco kilómetros de Marrakech, en el sur; y es posible afirmar que, antes de que pase un año, una línea ferroviaria regular conectará el este de Marruecos con el oeste de Argelia, y los puertos de Tánger y Casablanca con las principales localidades del interior.

¿Qué es, entonces, lo que impide que el turista se embarque de inmediato en Burdeos o en Algeciras y recorra este nuevo mundo con su vehículo? Solamente los obstáculos temporales que la guerra ha impuesto por todas partes en lo que respecta a los viajes. Hasta que dichos obstáculos desaparezcan, será casi imposible viajar por Marruecos salvo que se cuente con la ayuda del general residente, pero cuando se restauren las condiciones normales, el país será tan accesible, desde el estrecho de Gibraltar hasta el Gran Atlas, como Argelia o Túnez.

Conocer Marruecos durante la guerra, por lo tanto, fue conocerlo en la última fase de una curiosamente abrupta transición que hizo que pasara de ser un territorio remoto y peligroso a uno seguro y accesible; y en un momento en que su aspecto y sus costumbres todavía apenas se habían visto afectados por la influencia europea, y en que el «cristiano» aún podía saborear el efímero placer de vagabundear con total tranquilidad por ciudades rebosantes de misterios y hostilidades antiguos, cuyos moradores no parecían darse cuenta de sus intrusiones.

2. El sendero hacia Al Ksar

Con tales perspectivas era imposible, aquella soleada mañana de septiembre de 1917, no salir rápidamente de Tánger; imposible hacerle justicia a esa ciudad de color azul pálido apilada entre murallas marrones contra los jardines, de espeso follaje, de «la Montaña», y a la animación de su mercado y a la secreta hermosura de sus empinadas callejuelas árabes. En Tánger hay enjambres de gente vestida con ropas occidentales, en sus tiendas se ven carteles en inglés, francés y español y en sus plazas hay paradas de taxis. Pertenece, al igual que Argel, al turismo común y corriente; pero ahí mismo, detrás de la última hondonada de «la Montaña», se extiende un mundo misterioso, y un rosáceo amanecer despunta sobre él. El coche espera en la puerta y nos vamos.



Ruta realizada en Marruecos por la autora.

La llamada zona española, jurisdicción que abarca el Tánger internacional y un amplio territorio alrededor, se extiende unos ciento quince kilómetros hacia el sur. Por lo tanto, cuando unas buenas carreteras lo atravesasen, se podrá llegar al Marruecos francés en menos de dos horas viajando en coche en dirección sur. Pero de momento, la iniciativa española dura sólo unos pocos kilómetros de caminos de macadán (igual que sucede incluso entre Madrid y Toledo), y el turista se encuentra después con la *piste*. Estas *pistes* —antiguos senderos para las caravanas que llegaban desde el sur— están más disponibles para los coches en Marruecos que en el sur de Argelia y Túnez, ya

que en su mayoría se hallan situadas sobre un tipo de suelo que, aunque es parcialmente arenoso, se mantiene apelmazado gracias a una fuerte vegetación enana, y no sobre la pura arena del desierto. Esto, en cualquier caso, es lo mejor que puede decirse de las *pistes* españolas. En el protectorado francés, se hace un esfuerzo permanente por mantener los senderos en buenas condiciones para el tráfico rodado, pero las autoridades españolas no dan ningún indicio de sentir una obligación semejante.

Tras dejar la carretera de macadán que sale de Tánger hacia el sur, parece que nos hemos subido, para atravesar un océano petrificado, en una embarcación que no está a la altura de las exigencias de la aventura. Pero después, al brincar por encima de montículos y zanjas, al bajar por las escarpadas riberas de los ríos, al sortear los precipicios que dan a los areneros, empezamos a recuperar la fe en nuestro medio de transporte y en nuestra columna vertebral; ambos deben estar en excelentes condiciones para resistir la tensión del largo viaje hasta Arbaua, el puesto fronterizo del protectorado francés.

Afortunadamente, hay otras cosas en las que pensar. En cuanto salimos de Tánger, Europa y todo lo europeo desaparecen, y en cuanto el coche empieza a bajar y subir por las pequeñas colinas áridas que hay detrás de los últimos jardines, tenemos la certeza de que todos los personajes que nos encontremos en la carretera serán pintorescos en lugar de prosaicos, y todas sus prendas de ropa serán elegantes en lugar de grotescas. Sabemos, también, que ya no veremos autobuses ni tranvías ni motocicletas sino largas filas de camellos dibujados contra el cielo como grecas marrones, pequeños burros negros trotando entre la maleza cargados con protuberantes alforjas y personajes noblemente ataviados caminando junto a ellos, o montados majestuosamente sobre su lomo. Y durante kilómetros y kilómetros no veremos ni una ciudad; solamente, de vez en cuando, sobre las desnudas pendientes aparecerán círculos de chozas con tejados de caña protegidos por cactus azules, o cien o doscientas tiendas de negro pelo de camello apoyadas sobre espinosos muros de adobe y agrupadas en torno a un terebinto y un pozo.

Entre estas colonias nómadas se encuentra el *bled*, la inmensa extensión de tierras en barbecho y el desierto de palmas: un territorio tan desprovisto de vida como el cielo, por encima de él, lo está de nubes. El paisaje siempre es el mismo; pero si nos gustan los grandes espacios vacíos y los juegos de luz sobre largos tramos de tierra reseca y roca, esta uniformidad es parte de su encanto. En un paisaje así, cada cosa que encontramos adquiere un valor extremo. Durante kilómetros se puede observar la pequeña cúpula blanca de

la sepultura de un santo alzándose y desapareciendo con las ondulaciones del camino; finalmente, se llega junto a ella, y la tumba solitaria, sola con su higuera y su pozo con el borde roto, da sentido a todo el territorio. La misma importancia, pero con una intensidad mayor, caracteriza cada aparición de una figura humana. Los dos jinetes todos vestidos de blanco que van uno tras otro subiendo por la colina rojiza hacia un grupo de tiendas dispuestas en círculo, en lo alto, tienen una importancia misteriosa e inexplicable: seguimos su avance mirándolos con los ojos llenos de suposiciones. Más emocionante aún es el primer encuentro con una mujer que lleva velo y encabeza una pequeña cabalgata que llega desde el sur. Todo el misterio que nos espera asoma a través de las rendijas para los ojos que hay en la mortaja en que va embozada. ¿De dónde vienen, hacia dónde se dirigen estos caminantes que han surgido de lo desconocido? Probablemente sólo se están desplazando de una *douar*^[3] de caña a otra; pero unas distancias interminables se despliegan ante ellos, huelen a Tombuctú y al desierto más lejano. Esas figuras deben de ser las que pululan por las ciudades del Sahara, y en el Sudán y en Senegal. No falta ningún eslabón en la cadena: estos trotamundos observaron la construcción de ciudades que ya se habían convertido en polvo cuando los romanos establecieron sus puestos de avanzada en el Atlas.

3. De Al Ksar a Rabat

Una ciudad, por fin. Anuncian su proximidad los múltiples surcos del sendero, los setos hechos con cactus, las higueras, dobladas bajo el peso del polvo, inclinándose sobre ruinosos muros de barro. Y aquí aparecen las primeras casas de la Al Ksar europea, unas casas españolas casi blancas, sobre un promontorio, a las afueras del antiguo asentamiento árabe. De la ciudad árabe propiamente dicha, por encima de las empalizadas de caña y los muros marrones, sólo se ven un minarete y unos pocos techos planos. Al pie de los muros dormitan los gregarios lázaros de costumbre. Otros, resucitados temporalmente, arrastran sus mortajas detrás de una fila de camellos y burros, en dirección a los jardines de olivos que hay fuera de la ciudad.

El camino hacia Rabat es largo y difícil, y no hay tiempo para visitar Al Ksar, a pesar de que su minarete nos hace señas seductoramente por encima de los huertos de árboles frutales; decidimos detenernos a almorzar fuera de los muros, en una cantina con un techo de chapa de zinc, donde unos

españoles flacuchos sirven un espeso vino de color púrpura y unos huevos fritos en aceite a un grupo de soldados franceses. El calor, de repente, se ha vuelto intolerable, y un violento viento procedente del sur hace que entre por la puerta, con una nube de moscas azules, un olor a camello y a hierbas pisoteadas y a las fuertes especias de los bazares.

Terminado el almuerzo, avanzamos a toda prisa entre los setos de cactus y volvemos a sumergirnos en el yermo. Pasado Al Ksar, las últimas colinas del Rif desaparecen, y hay un trecho de desierto totalmente llano hasta que el Atlas Menor comienza a levantarse por el este. Una vez entramos en el protectorado francés, el camino mejora, pero todavía hay algunos tramos difíciles. Finalmente, sobre un altiplano, el conductor detiene el vehículo ante una maraña de caminos entrecruzados, levanta las manos y confiesa que ha perdido el rumbo. En ese momento, el calor es mortal. Durante la última hora, el aliento rojizo del siroco se ha levantado desde cada hondonada a la que hemos descendido, y ahora se cierne a nuestro alrededor al aire libre, como si lo hubiéramos atrapado entre las ruedas y tuviera que tomarse un descanso por encima de nosotros cuando decidimos descansar.

Nos rodea una tierra agreste y monótona, con matorrales de palma extendiéndose hasta el infinito. A unas pocas yardas se levanta la indefectible *koubba*^[4] en ruinas junto a su higuera; a la sombra de su muro, que está a punto de desmoronarse, el zumbido de las moscas se parece al sonido de la fritura. Más allá distinguimos un montón de cabañas, y en este momento unos chicos árabes y un pastor alto y meditabundo llegan a toda prisa atravesando la maleza. Tienen buena voluntad y, sin duda, información que nos podría interesar, pero nuestro conductor no habla árabe y la conversación se limita a encogimientos de hombros y movimientos de cabeza. Los árabes se retiran hacia la sombra del muro y nosotros decidimos partir... hacia dondequiera que sea.

El conductor hace girar la manivela, pero no se siente ningún temblor. Algo va mal; no podemos arrancar y no nos sirve de consuelo recordar que, si pudiéramos, no sabríamos en qué dirección ir. Al menos, si avanzáramos estaríamos más frescos que aquí, quietos, bajo un sol cegador.

Este incidente sirve para mostrarnos desde el primer momento lo duros que son los viajes a través del desierto. Cada uno de los detalles de nuestro viaje de Tánger a Rabat había sido planificado cuidadosamente para mantener un contacto ininterrumpido con la civilización. Pensábamos darnos un chapuzón en este hotel europeo y cenar en aquel otro, haciendo un modesto *picnic* en medio para dar a la jornada un toque de color local. Pero en cuanto

falla una pequeña pieza del engranaje, todo el plan se deshace; estábamos solos en el antiguo e indómito Magreb, a tanta distancia de Europa como lo hubiera estado un aventurero medieval. Si uno pierde el rumbo en Marruecos, la civilización desaparece como una alfombra mágica que enrollara un genio salido de una lámpara.

Es buena cosa comenzar con un contratiempo así, no sólo porque estimula el fatalismo necesario para disfrutar de África sino también porque nos introduce de golpe en el misterioso corazón del país: un país tan profundamente marcado por sus kilómetros y kilómetros de desierto despoblado que hasta que no se ha conocido dicho desierto, no se puede empezar a comprender las ciudades.

Por fin, después de que aquel día interminable se pusiera el sol, llegamos a una ciudad. El coche, reparado con gran habilidad, había logrado llegar a una carretera de verdad, y avanzando a buena velocidad entre los raquíuticos alcornoques del bosque de Mamora nos llevó hasta una última colina desde la que pudimos contemplar, al anochecer, una línea de muros amarillentos detrás de los cuales se veía el azul brumoso del Atlántico. Salé, la vieja y temible ciudad pirata, donde Robinson Crusoe pasó tanto tiempo esclavizado, se despliega ante nosotros, blanca como la nieve, con sus murallas de color queso bordeadas por jardines poblados de higueras y olivos. Ante sus puertas, una extensión de tierra baldía, infinitamente surcada por mulas y camellos, desciende hasta la desembocadura del Bou-Regreg, el río medio azul medio marrón que la separa de Rabat. El coche se detuvo en el embarcadero del *ferry* a vapor; pululaban por los alrededores manadas de burros, puñados de camellos, mercaderes de cara regordeta en sillas de montar de color carmesí sobre sus mulas, cuyas bridas sujetaban sirvientes negros, portadores de agua con las piernas desnudas que llevaban unas peludas pieles de cabra sobre los hombros, y mujeres árabes cubiertas con un montón de velos, capas, envoltorios, todos del mismo color blanco ceniciento, con sus niños firmemente cogidos de la mano, cuyos caftanes se asomaban mostrando sus tonos rosáceos, lilas, verde pálido. Al otro lado del río, la parte nativa de la ciudad de Rabat yace apilada sobre una colina naranja y roja azotada por el Atlántico. Sus muros, también rojos, se sumergen en las oscuras olas que rompen en la desembocadura del río; y más allá, extendiéndose hasta la imponente torre de Hassan y las ruinas de la gran mezquita, las casas dispersas de la parte europea de la ciudad mostraban sus múltiples luces a través de la llanura.

4. *La alcazaba de los udaya*

Salé la blanca y Rabat la roja se contemplan con el ceño fruncido por encima de la espumosa franja del Bou-Regreg; ambas amuralladas y construidas en terrazas, con sus minaretes, ofrecen una imagen extraordinariamente completa de las dos clases de ciudades marroquíes, la nívea y la rojiza. A las puertas de ambas, las olas del Atlántico rompen con el estruendo de los mares septentrionales bajo un cielo neblinoso y norteño. Una de las sorpresas de Marruecos es encontrar panoramas típicos de África bañados en esta atípica bruma, que ni siquiera el implacable sol del mediodía consigue disipar: el aire se mantiene denso, opalescente, como agua en la que se hubiera derramado una pequeña nube de leche. Se siente la tentación de decir que Marruecos es Túnez visto a la luz de la luna.

La parte europea de Rabat, una comunidad en rápido desarrollo, está en su práctica totalidad fuera de las murallas de la antigua ciudad árabe. Fundada en el siglo XII por Yacub al—Mansur, el gran guerrero de la dinastía almohade que conquistó España, extiende sus poderosas murallas hasta la desembocadura del río. Desde allí comienzan a trepar por la colina hasta rodear la alcazaba de los udaya, una tribu conflictiva a la que uno de los sultanes almohades, que desconfiaba de ellos, mandó recoger todas sus cosas, rebaños, tiendas y camellos, y expulsó al otro lado del *bled*, para encerrarlos entre estos sólidos muros bajo su vigilante mirada imperial. Grandes murallas con almenas, ciclópeas, espléndidas, siguen la curvatura de la colina. En la cara que mira hacia la tierra, quedan interrumpidas por una puerta con una torre que descansa sobre uno de los arcos de herradura con una decoración más lujosa de cuantos se pueden ver en las fuertes murallas de las ciudades marroquíes. Debajo de la torre, la entrada abovedada se dobla, a la manera árabe, en ángulos rectos, de modo que el perfil de su arco rojo contrasta con la oscuridad y el misterio. Esta forma de hacer que doblen los pasillos, que es un recurso tan característico de las edificaciones marroquíes, parece ser la expresión arquitectónica de la tortuosa alma secreta de esta tierra.

Fuera de la alcazaba, una estrecha senda pasa apretada entre los muros y el borde de la colina. A la puesta del sol, hacia abajo se puede contemplar una escena extraña. Hacia el sur de la ciudadela, la colina desciende sobre una larga duna que acaba en una playa de arena; tanto la duna como la playa están cubiertas por las lápidas inclinadas del inmenso cementerio árabe de Al Alou. Un montón de tumbas bajan desde las rojizas murallas hasta el mar grisáceo,

y las olas que rompen, que vienen directamente desde América, rocían las piedras que están más abajo.

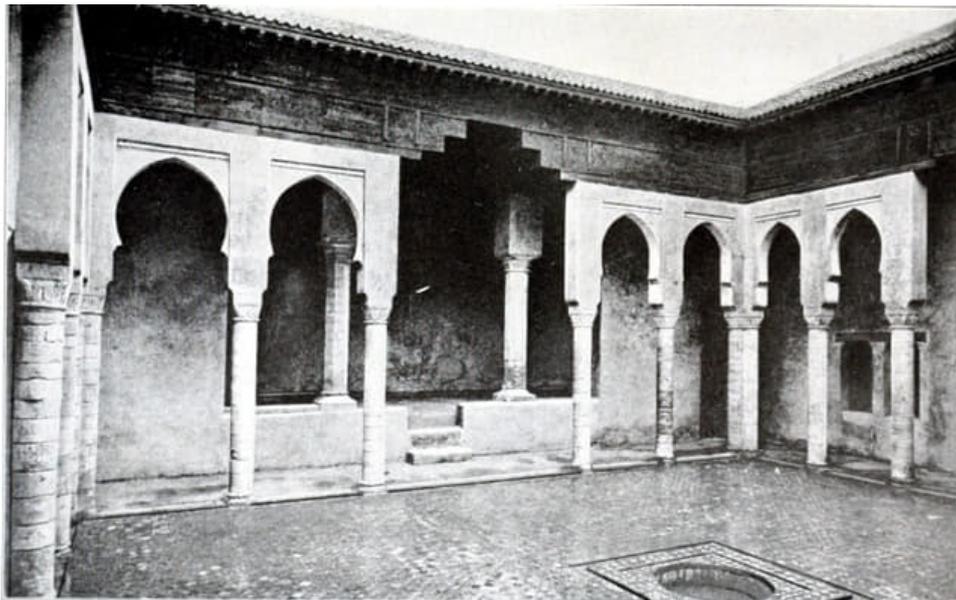
Al atardecer siempre pasan cosas en un cementerio árabe. En éste, algunos viajeros procedentes del *bled* están acampando en una esquina, unos burros pastan (Dios sabe qué estarán mordisqueando), un camello se ha quedado dormido bajo su carga; en otro, en torno a una tumba recién hecha, se observan los movimientos rituales de unas figuras totalmente cubiertas, y se oyen los lamentos de un himno fúnebre medio apagado por el sonido de las olas. Cerca de nosotros, sobre una lápida que se ha caído, está sentado un hombre de expresión pensativa, charlando con dos amigos y abrazando contra su pecho a un niño pequeño que parece un saltamontes envuelto en su caftán verde. Un poco más allá, un filósofo solitario, con los ojos clavados en la puesta de sol, está recostado sobre otra tumba, fumando su larga pipa de kif.

Hay una tristeza infinita en esta escena, bajo un cielo que empieza a oscurecerse, junto al frío y farragoso Atlántico. No parece que estuviéramos en la verdadera África, sino en la África con que soñaban los cruzados del norte en sus castillos nevados, junto a las costas mucho más frías de este mismo océano. Así debían imaginar confusamente el Magreb en la Edad Media, o los caballeros normandos que ardían en deseos de recuperar los lugares sagrados, o los mercaderes de la Liga Hanseática que soñaban, en sus casas de techos escalonados, con Berbería y con largas caravanas que llegaban con monos y oro en polvo desde el sur.



Rabat: vista general desde la alcazaba de los udaya.

Dentro de la alcazaba, nos encontramos con otro terreno baldío y con otras murallas; todas las ciudades marroquíes consisten en muros concéntricos llenos de almenas. Entonces, inesperadamente, una puerta en uno de los muros interiores nos conduce a un patio de azulejos en un claustro decorado con tracería y poblado de naranjos que se levantan sobre una alfombra de rosas. Este lugar tranquilo y bien ordenado es el interior de la medersa (la universidad) de los udaya. Marruecos está lleno de estas universidades o, más bien, residencias para los estudiantes que van a las mezquitas. Toda la educación mahometana se imparte en las mezquitas, y solamente el trabajo preparatorio se hace en la universidad. La más bella de las medersas data de los primeros años de la larga dinastía de los meriníes (1248-1548), una etapa en la que el arte marroquí, liberado de las influencias españolas y árabes, demasiado marcadas, comenzó a desarrollar una delicada gracia propia, alejada de las extravagancias de la ornamentación española y de la herencia de los motivos romano-bizantinos que la primera invasión musulmana había importado de Siria y Mesopotamia.



Rabat — Patio interior de la medersa de los Udayas.

Estos exquisitos colegios universitarios, aunque todavía se usan si están cerca de una mezquita conocida, se hallan en muy mal estado. El árabe de Marruecos, a pesar de que continúa edificando —y afortunadamente lo hace siguiendo la antigua tradición, que nunca se ha perdido—, siente, como todos los orientales, un rechazo absoluto por las reparaciones y las restauraciones, por lo que, una tras otra, las frágiles y desprotegidas estructuras árabes, con sus espacios abiertos y sus techos con terrazas mal construidas, se están

desmoronando. Felizmente, al fin se ha pedido al gobierno francés que intervenga, y a lo largo y ancho de Marruecos se están reparando las medersas con gran habilidad y buen criterio. La de los udaya ya está completamente restaurada, y como hace mucho tiempo que ha caído en desuso, el Ministerio de Bellas Artes la ha convertido en un museo de arte marroquí.

El diseño de las medersas es siempre muy parecido: el clásico diseño de las casas árabes, que se construyen en torno a uno o más patios rodeados de soportales, con habitaciones largas y estrechas alrededor en la planta baja; las plantas superiores, a las que se accede subiendo por unas estrechas escaleras, con frecuencia se abren en galerías de cedro elegantemente tallado. La principal diferencia entre las medersas y las casas particulares, e incluso la *fondak*^[5], estriba en el uso que se hace de las habitaciones. En las medersas, uno de los apartamentos de la planta baja siempre se emplea como capilla, y se separa del patio cerrándolo con unas puertas de cedro tallado que todavía hoy llevan un toque de dorado y bermellón. Siempre hay unos cuantos estudiantes orando en la capilla, mientras otros se sientan junto a las puertas de las habitaciones de las plantas superiores, con los libros apoyados sobre las rodillas, o se asoman desde las galerías talladas para conversar con los compañeros que están lavándose los pies en la fuente de mármol del patio, preparándose para entrar en la capilla.

En la medersa de los udaya, estas actividades cotidianas han sido reemplazadas por el silencio de los museos. Las habitaciones están rebosantes de antiguas alfombras, piezas de alfarería y de latón, esos curiosos colgantes bordados que cubren las tiendas de los jefes y otras muestras de arte árabe. Una de ellas reproduce la peluquería de un bazar; sus bancos están cubiertos con elegantes esteras, el espejo que hay colgado tiene incrustaciones de madreperla, los mangos de las navajas las tienen de *niello* hecho con plata. Los arcos de herradura de la galería exterior miran a las flores de azahar, a las rosas y al mar. Todo es hermoso, tranquilo y lleno de armonía. Si uno siente la tentación de lamentar la falta de vida y de color local, lo único que tiene que hacer es visitar una medersa abandonada y encontrará lo que busca, pero si no fuera por la intervención de los franceses, las encantadoras columnatas y las salas de cedro de la Universidad de los udaya no serían en la actualidad más que un montón de basura, puesto que el yeso y los escombros no hacen «bonitos cadáveres» como las firmes piedras de Roma.

5. La «Salé» de Robinson Crusoe

Antes de que Marruecos pasara a ser administrada por el gran gobernador que tiene actualmente, los colonos europeos acabaron rápidamente con la belleza y la intimidad de las antiguas ciudades árabes en las que se establecieron.

En la costa oeste, especialmente, donde los pueblos mediterráneos, desde los fenicios hasta los portugueses, tenían puestos comerciales desde hacía más de dos mil años, el deterioro causado a algunas ciudades del litoral, como Tánger, Rabat y Casablanca, es difícil de estimar. Parece ser que los modernos colonos europeos se imaginaron que instalar sus almacenes, sus cafés y sus salas de cine en el interior de las murallas que durante tanto tiempo los habían rechazado con tanta fiereza era la forma más impresionante de proclamar su dominio.

Bajo el gobierno del general Lyautey, dichas políticas ya no se toleran. El respeto a las costumbres, las creencias y la arquitectura de los nativos es el primer principio que se inculca a los funcionarios civiles que forman parte de su administración. No sólo se les exige que las ciudades se mantengan intactas y que no se construya ningún edificio occidental en su interior; un sentido estético del que pocos gobernadores coloniales pueden hacer gala ha hecho que el general Lyautey situara los edificios de la administración extramuros, y tan alejados del centro que la colonia moderna que se concentra alrededor de ellos es completamente distinta de la ciudad vieja, en lugar de brotar de ella como una desagradable excrescencia.

El barrio árabe de Rabat ya estaba irreparablemente desfigurado cuando el general Lyautey llegó a Marruecos, pero la antigua y fiera Salé, contaduría fenicia y cuna de los piratas de Berbería, fue salvada de la profanación por su fanatismo musulmán. Pocos cristianos habían hollado el interior de sus murallas, además de los prisioneros que, como Robinson Crusoe, eran esclavos en las misteriosas casas de los ricos mercaderes, construidas en terrazas. Hasta hace dos o tres años la ciudad no se terminó de pacificar por completo, y cuando abrió sus puertas a los infieles todavía era, como sigue siendo hoy en día, un modelo de la ciudad marroquí intacta; con la luz del sol iluminando sus muros de color crema y las cúpulas blanco-azuladas que se yerguen sobre ellos, parece descansar sobre una alfombra de exuberantes jardines de árboles frutales como una curiosa muestra de arte árabe sobre una cinta de antiguo terciopelo oriental.

Una vez dentro de las murallas, la magia persiste, cosa que no siempre sucede cuando uno penetra en las ciudades de la África árabe, que son como espejismos. Salé tiene el encanto de ser extremadamente compacta. Apiñada entre la desembocadura del río y el mar, sus casas de color blanco y azul pálido casi se rozan por encima de las estrechas calles, y los bazares de techos de caña parecen versiones reducidas de los enormes laberintos comerciales de Túnez o Fez.

Todo lo que esperan encontrar los lectores de *Las 1001 noches* está aquí: los nichos encalados donde pálidos jóvenes tejen las hermosas esteras que le han dado fama a la ciudad; los callejones con forma de túnel donde se ven indolentes mercaderes con los pies descalzos, de cuclillas en sus pequeñas casetas en que cuelgan armas y arreos lujosamente ornamentados o pantuflas de cuero color limón pálido y babuchas con brillantes bordados; los tenderetes de frutas, aceitunas, atún, extrañas golosinas almibaradas, velas para llevar a las tumbas de los santos, guirnaldas de pimientos rojos y verdes que parecen salidas de un cuadro de Mantegna, tortitas que crepitan en cacerolas al rojo vivo, y todas las múltiples mercancías y pasteles y condimentos que la dama del cuento de «Los tres almanaques» salió a comprar, aquella mañana memorable, en el mercado de Bagdad.



Salé — Entrada a la medersa.

La diferencia es que en Salé todo es a pequeña escala: no hay mucho de cada producto, salvo las exquisitas esteras. El comercio está un poco de capa caída en esta ciudad que fue intratable antiguamente, y sentimos, al observar a los apáticos compradores en los bazares pequeños y lánguidos, que la vieja animosidad contra los intrusos ha terminado por destruir su propia vida.

Esta sensación se acrecienta cuando salimos del bazar por las calles vecinas; sobre estas casas casi en ruinas, pero cuyas puertas están fuertemente clavadas, se cierne un inquietante silencio, mucho más profundo incluso que el habitual en los barrios más acomodados de todas las ciudades árabes. En una elevada plaza desierta, una de esas puertas abre sus paneles de cedro plateado sobre el patio de la más endeble y fantasmal de las medersas, que no

es más que el armazón, tallado y pintado, de una escuela muerta. Líneas infinitas entretejidas místicamente, pacientes motivos repetidos de forma interminable en madera y en piedra y en arcilla, todos están aquí, desde el patio recubierto de mosaico hasta los dibujos de nido de abeja que hay en el techo de madera de cedro, a través de los que aparecen franjas de cielo como si aquí y allá se hubieran insertado tejas de color turquesa.

Esta hermosa ruina ahora está segura bajo la protección de la sección de Bellas Artes de la administración francesa, y pronto los talladores de madera y los especialistas en estucado de Fez habrán hecho renacer sus antiguas perfecciones, pero ya nunca será nada más que una medersa de exhibición, vacía y en desuso, junto a la mezquita tras cuyas puertas con guardianes, tras cuyos altos muros, suponemos que el antiguo fanatismo religioso de Salé está desapareciendo del mismo modo que han desaparecido su sabiduría y su comercio.



Salé — Mercado en las afueras de la ciudad.

La verdad es que la única vida que encontramos en ella se centra en el mercado que hay extramuros, donde Rabat, enorme y en constante expansión, acude a aprovisionarse ciertos días de la semana. El mercado de Salé, aunque es el típico mercado marroquí, tiene una animación y una vida muy particular. Sus filas de tiendas blancas montadas en una plaza polvorienta entre las murallas exteriores y los jardines de árboles frutales dan la impresión de que una tribu hostil se hubiera instalado ahí para sitiar la ciudad. Pero este ejército es un ejército de mercachifles, de granjeros procedentes de las ricas tierras negras que bordean el río, de nómadas de piel morena y de mujeres con

polainas de cuero que han bajado de las colinas, de esclavos y sirvientes y comerciantes de Rabat y Salé; una muchedumbre ataviada con velos y turbantes, cubierta de la cabeza a los pies, que chilla, regatea, agita los puños, invoca a Alá para que sea testigo de los monstruosos crímenes de los bellacos malnacidos con quienes están comerciando. Para completar el cuadro, atacados por la misteriosa apatía oriental, hundiéndose en lánguidos grupos de musulmanes entre los higos negros, las cebollas moradas y los melones rosáceos, las gallinas revolotean, las cabras tiran de sus correajes y los potros relinchan, encerrados en un círculo de camellos sentados y de mulas dormidas bajo sus sillines de un carmesí descolorido.

6. Chella y la gran mezquita

Los sultanes de Rabat de la dinastía de los meriníes tenían un problema con el barrio terriblemente conflictivo que había al otro lado del Bou-Regreg, y construyeron Chella para poder vigilar a los piratas de Salé. Pero Chella se desmoronó como una ciudad babilonia derrotada por los profetas, mientras Salé, astuta, feroz e indomable, siguió hasta bien entrado el siglo XIX, siendo la cuna de piratas y fanáticos.

Las ruinas de Chella descansan en el lado más lejano de la meseta que se alza sobre la parte nativa de la ciudad de Rabat. Las poderosas murallas que las rodean dan a los muros de Rabat, contemplándolos a través de una de esas llanuras estériles, rojizas y polvorientas, que parecen, en este extraño país, desiertos mortales que trabajan constante y sigilosamente para aplastar las insignificantes obras humanas.

Surcan esta extensión rojiza incontables recuas de burros que traen agua desde las fuentes de Chella, largas caravanas de mulas y camellos y los siempre activos vehículos de la administración francesa; pero a pesar de todo, emana de él una impresión de soledad y decadencia que ni siquiera el prosaico tintineo de los tranvías que salen traqueteantes de la parte europea de la ciudad para dirigirse a los terrenos que se exhiben sobre el mar consigue disipar durante mucho tiempo.

Constantemente, incluso en el nuevo y floreciente Marruecos, el contorno de una ruina o el encuentro con unos ojos hacen que toda la escena se modifique, se rasgue el delgado velo de la fantasía europea y nos hallemos frente a frente con la antigua y gris realidad musulmana. Al pasar bajo la

puerta de Chella, con sus ménsulas suntuosamente talladas y sus altaneras torres almenadas, sentimos como si el pasado nos absorbiera por completo.

Debajo de la puerta, la tierra comienza a descender, ardiente y desprovista de vegetación, hasta una hondonada donde un pequeño minarete azul verdoso brilla entre las higueras; también se ven trozos de arcos y de bóvedas que revelan la presencia de una mezquita en ruinas.

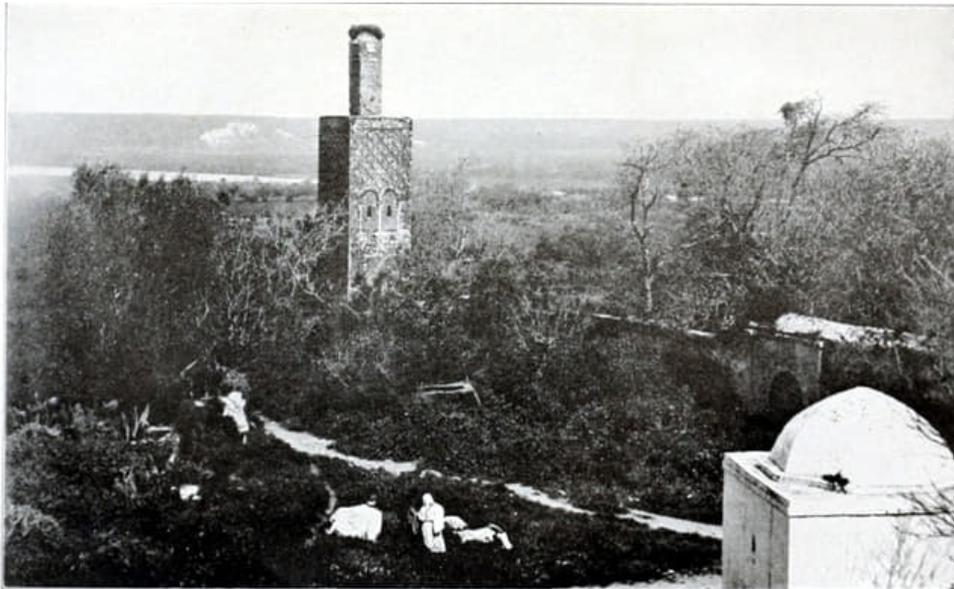
¿Cuándo se ha visto una sombra de un color tan negro azulado y tan deliciosa como la del alcornoque que hay junto al manantial donde se están llenando las regaderas de los burros? Debajo de sus ramas, un hombre negro con una camisa azul yace profundamente dormido sobre el polvo. Muy cerca, las mujeres y los niños salpican y parlotean alrededor del manantial, y la cúpula de la tumba de un santo brilla entre las hojas sin lustre. El hombre negro, los burros, las mujeres y los niños y la cúpula del santo forman parte de esas inimitables escenas orientales en que la inercia y la agitación se combinan de forma tan curiosa y una capa de sonidos agudos titila por encima de un silencio de una profundidad insondable.

Las ruinas de Chella pertenecen al periodo más puro del arte marroquí. La tracería de los arcos quebrados está toda tallada en piedra o en azulejos con cristales turquesa, y los trozos de muros y de bóvedas presentan la sólida elegancia de las ruinas clásicas. Pero ni siquiera su belleza sería nada sin el frondoso marco en que se sitúan. La «inconcebible huella del tiempo» le da a Chella su peculiar encanto: la vieja higuera, sujeta con abrazaderas a los maltrechos azulejos, que lanza sus brazos hinchados, gotosos, entre los arcos; las guirnaldas de parra que cuelgan entre columna y columna; la alberca secreta a la que se trae a las mujeres sin hijos para que se bañen, donde del árbol que brota de una hendidura que hay entre los escalones cuelgan siempre brillantes trozos de paño que son los exvotos de África.

La sombra, el sonido de los manantiales, los jardines de naranjos dispuestos en terrazas con irisados capullos a lo largo de canales de agua que no deja de fluir, todo este fresco verdor en la hondonada de una salvaje colina rojiza hace que Chella parezca, para el viajero recién llegado a África, la mismísima encarnación de sus antiguos contrastes entre el calor y la frescura, entre la fogosidad y la languidez. Es como el sueño de alguien que atraviesa el desierto durante sus últimas fiebres.

Yacub al-Mansur fue el cuarto de los grandes sultanes almohades que, en el siglo XII, expulsaron a los decadentes almorávides; sus victoriosos ejércitos se expandieron desde Marrakech hasta Túnez y desde Tánger hasta Madrid. Su abuelo, Abd al-Mumin, se había dedicado a conquistar nuevos

territorios y a organizar una administración civil. De su gobierno se decía que «se apoderó del norte de África para hacer prevalecer el orden» y, de hecho, en una zona en que había un montón de tribus salvajes combatiendo entre sí confusamente y practicando el pillaje, diseñó un imperio firmemente asentado y seguro, donde las caravanas viajaban desde el Atlas hasta el Estrecho sin miedo a sufrir ningún ataque y «un soldado paseando por el campo no se habría atrevido a arrancar ni una espiga de trigo».



Chella — Ruinas de la mezquita.

Su nieto, el gran al-Mansur, también fue un conquistador; derrotó a Alarcos, el soldado que había sometido el norte de España. Pero en las tierras que conquistó plantó la inmortal semilla de la belleza, y el gran sueño que soñaba tenía dimensiones artísticas. Su ambición era obsequiar a sus tres capitales, Sevilla, Rabat y Marrakech, con las tres torres más hermosas del mundo; y si se hubiera terminado la torre de Rabat, y la de Sevilla no se hubiera estropeado con los adornos españoles, habría hecho realidad su sueño.

La «Torre de Hassan», como se llama la torre del sultán, se alza en la meseta sobre la parte vieja de Rabat, contemplando desde lo alto el abrupto precipicio que cae sobre los últimos meandros del Bou-Regreg. Truncada a la mitad de su altura, se halla al borde del precipicio, como un remoto faro para los viajeros que llegan por tierra y por mar. Es uno de los monumentos más notables del mundo, tan sobrado de fuerza y majestad que hasta que hemos visto a su par, la torre de la mezquita Kutubia, en Marrakech, nos preguntamos si el constructor habría sido capaz de mantener el perfecto

equilibrio entre los macizos muros y las aberturas de tracería hasta completar la obra.

Cerca de la torre, los muros y los inmensos pilares de color marrón rojizo de la mezquita construida al mismo tiempo se estiran, alineados, sin techar, bajo el cielo. Esta mezquita, antes de ser destruida, debe de haber sido uno de los más bellos monumentos de la arquitectura almohade de Marruecos. Aun hoy, con sus rojos trozos de mampostería desmoronados y sus grandes tanques de agua de los que sobresalen grupos de aloes de color azul, sus ruinas tienen una grandiosidad semejante a las romanas.

La mezquita, la torre, la alcazaba de los udaya y las poderosas murallas y torres de Chella forman un grupo arquitectónico tan noble y completo como el de una ciudad medieval de la Toscana. Lo único que haría falta para que la comparación fuera perfecta es que se hubieran edificado formando un grupo compacto sobre una colina escarpada en lugar de estar diseminadas en esa amplia extensión que hay entre el promontorio de los udaya y la ladera de la colina de Chella.

El fundador de Rabat, el gran Yacub al-Mansur, llamó a esta extensión, en recuerdo de la batalla de Alarcos, «El Campo de la Victoria» (*Ribat el Path*), y los monumentos que edificó ahí justifican el nombre en otro sentido: le aportan la belleza que perdura cuando las batallas ya se han olvidado.

II

Volubilis, Mulay Idriss y Meknes

1. Volubilis

Un día, antes de que saliera el sol, partimos de Rabat en dirección a las ruinas de la antigua ciudad romana de Volubilis.

Desde el *ferry* que atraviesa el Bou-Regreg echamos una última mirada atrás para distinguir las murallas anaranjadas bajo un cielo azul nocturno salpicado de estrellas. Hacia delante, por encima de unos jardines todavía sumidos en profundas sombras, los muros de Salé cambiaban de color, del gris al melocotón, a medida que el día se asomaba resplandeciendo por el este. En África, el amanecer es el momento más romántico del día. La suciedad y el deterioro desaparecen bajo una neblina nacarada y una brisa procedente del mar se lleva el recuerdo de los mercados malolientes y de las sórdidas aglomeraciones de gente. A esa hora, las antiguas ciudades marroquíes se asemejan a las ciudadelas de marfil de una miniatura persa, y los tenderos gordos que se dirigen a sus huertos sobre sus monturas podrían ser príncipes que emprenden la aventura de rescatar doncellas cautivas.

Avanzamos por la carretera de Rabat al moderno puerto de Kenitra, muy próximo a las ruinas de la colonia fenicia de Mehdiya. Un poco al norte de Kenitra dimos con un pequeño sendero que salía hacia el este en dirección a una ciudad europea, junto a la vía del ferrocarril Rabat-Fez. Más allá de los cobertizos para los guardagujas y de algunas tiendas de techos planos, comenzaba el desierto, que se extendía por un terreno despejado hasta las colinas del Rharb^[6], sobre las que empezaba a asomar el sol.

Estas colinas translúcidas se elevaban ante nosotros, sierra tras sierra; alrededor, la soledad era absoluta. Las aldeas, incluso los campamentos de tiendas, se organizan naturalmente en la ribera de un río o junto a un manantial, pero el yermo que estábamos atravesando consistía en arena seca unida por esporádicos brotes de plantas del desierto. Solamente un pozo

abandonado, de vez en cuando, proyectaba una sombra azul sobre el *bled* amarillento, o la tumba de un santo que colgaba como una burbuja entre el cielo y la arena. La luz tenía la pureza preternatural que anticipa un espejismo: se trataba de esa luz en que la magia se convierte en realidad, y que nos ayuda a entender que, para la gente que habita en esa atmósfera, los límites entre los hechos y los sueños están fluctuando constantemente.

La arena estaba marcada con innumerables huellas y surcos, ya que el camino que une Rabat y Fez no sólo es transitado por los vehículos del gobierno francés sino también por las caravanas locales y por montones de peregrinos que viajaban o volvían de Mulay Idriss, el fundador de la dinastía de los idrises, cuya tumba se encuentra en el Zerhoun, la cadena de montañas que hay junto a Volubilis. Si uno no está acostumbrado a observar esos rastros, es imposible distinguir cuál es el que hay que seguir, por lo que nos sorprendió que repentinamente el coche se detuviera mientras sus ruedas giraban en vano sobre la arena.

Tampoco se sorprendieron el conductor militar ni el capitán de M., el funcionario francés que nos acompañaba.

—Esto suele suceder en este lugar —dijeron, aceptando filosóficamente la situación—. Cuando el general viaja a Meknes, siempre lo siguen unos cuantos vehículos, de modo que si el suyo se queda atascado, puede continuar en otro.

Era interesante enterarse de esto, aunque no sirviera de gran ayuda, ya que el general y sus coches no viajarían en nuestra dirección aquella mañana. Ni nadie más, por lo que parecía. Es curioso lo rápido que el *bled*, se vacía hasta el horizonte si uno tiene un accidente, pero nosotros habíamos aprendido la lección entre Tánger y Rabat y ya sabíamos imitar bastante bien la sonrisa fatalista que se usaba en el país en tales circunstancias.

El funcionario comentó alegremente que tal vez apareciera alguien, y todos nos sentamos en el *bled*.

Una mujer bereber apareció de la nada, se acercó y se sentó a nuestro lado. Tenía el rostro fino y bronceado, tan típico entre los suyos, unos ojos brillantes con un toque de *khol*, las mejillas altas y ese labio superior extremadamente corto que le da un encanto especial a la sonrisa de las jóvenes nómadas. Llevaba el habitual vestido de algodón descolorido, sujeto por los hombros con unos broches de latón o de plata (las antiguas *fibulae*) y cubierto con un fino paño en cuyos pliegues se retorció un bebé moreno.

El frescor del amanecer había desaparecido y el sol brillaba con violencia en un cielo feroz. El pueblo que había junto a la vía del tren estaba demasiado

lejos para llegar a pie, y probablemente allí no habría mulas que nos pudieran prestar. Y tampoco había ninguna posibilidad de recibir ayuda más cerca: no se veían las vallas de ninguna granja, ni siquiera un grupo de tiendas de nómadas dispuestas en círculo. Era el auténtico desierto, y lo único que podíamos hacer era esperar.

Pero no fue en vano, ya que tras una o dos horas, desde muy lejos, en dirección a las colinas, apareció un ejército con estandartes. Nos quedamos mirándolo fija, incrédulamente. ¡Claro, se trataba de un espejismo! Éramos demasiado sofisticados como para dudarlo; las historias de viajeros aturdidos por el sol y burlados por tales visiones se actualizaron en nuestras bien surtidas memorias.

El conductor pensaba otra cosa:

—¡Bien! Son peregrinos que vienen de las montañas. Van a Salé a rezar junto a la tumba del *marabout*^[7], hoy es su festividad.

Así era. Y mientras esperábamos a que se acercaran especulando sobre las posibilidades que teníamos de que nos ayudaran, tuve tiempo para reparar en la belleza de ese gran grupo que avanzaba hacia nosotros bajo sus estandartes multicolores. Había algo celestial, casi transparente, en los cientos de figuras ataviadas con turbantes y vestimentas blancas que marchaban lentamente a través del cálido e incoloro resplandor, sobre la arena cálida e incolora.

La mayor parte de ellos iban a pie, o a horcajadas sobre pequeños burros, pero un majestuoso caíd^[8] montaba, solo y en el último lugar de la fila, en un caballo con una montura de terciopelo carmesí. A él se dirigió nuestro funcionario.

El caíd reaccionó cortésmente y ordenó a veinte o treinta peregrinos que se pusieran a tirar del coche y lo llevaran de nuevo al sendero, mientras el resto de la procesión continuaba avanzando de forma hierática.

Sentí escrúpulos por hacer que una parte de esta piadosa compañía se desviara de su camino; pero ellos se pusieron manos a la obra con una buena disposición casi divina, y antes de que pasara mucho tiempo, el vehículo había vuelto al sendero. Después llegó el momento de retribuirles por su esfuerzo, e instantáneamente aquellos santos hombres fueron arrastrados por las pasiones más oscuras. Incluso en esta tierra de fuertes contrastes, la transición entre la serenidad más piadosa y la más codiciosa furia pocas veces habrá sido tan rápida. Los devotos del *marabout* lucharon, gritaron, se desgarraron las ropas y cayeron rodando unos sobre otros haciendo gestos sanguinarios para disputarse nuestras pesetas^[9]; después, al darse cuenta de nuestra indiferencia, recordaron de repente sus obligaciones religiosas, se

pusieron en pie, se arreglaron las vestiduras, que se agitaban al viento, y se marcharon a toda prisa en pos de la procesión.

Atravesando una neblina dorada y cálida, comenzamos la trabajosa ascensión a las colinas. En este país, las tierras se cultivan en barbecho, y en buena parte son demasiado arenosas para cultivar nada, pero de vez en cuando nos topábamos con uno de los profundos ríos marroquíes, con su curso rojizo-amarillento que pasa entre bancos perpendiculares de tierra roja y su fina línea de verdor que, allá donde ha surgido una aldea, se extiende hasta convertirse en un jardín de árboles frutales. Pasamos por varias de estas aldeas «sedentarias»^[10], *nourwals* de casas de arcilla con techos cónicos de paja rodeadas de jardines llenos de higueras, albaricoques y granados, jardines que deben convertirse en múltiples paraísos rosas y blancos después de las lluvias invernales.

Una de estas aldeas estaba habitada aparentemente sólo por negros, grandes y amables criaturas que salían a contarnos por qué sendero debíamos ir para llegar al puente sobre el *oued*^[11] amarillo. En el río, las mujeres lavaban los coloridos harapos de toda la familia. Eran de una belleza azul bronce e iban desnudas hasta la cintura. Llevaban el pelo con unos tirantes rizos de astracán. Sus piernas y sus tobillos estaban firmemente esculpidos. Y a su alrededor, como un enjambre de mosquitos, revoloteaba una cantidad incontable de niños muy alegres, desnudos como lagartos, con las piernas largas y flacas y las panzas infladas características de los niños que sólo se alimentan de cereales.

Medio aterrorizados pero completamente interesados, los niños se amontonaron en torno al vehículo cuando nos detuvimos a fotografiarlos; y mientras observábamos sus monerías, nos preguntamos si serían los descendientes de los pequeños niños sudaneses que el fundador de Meknes, el terrible sultán Mulay Ismail, tenía la costumbre de traer desde más allá del Atlas hasta sus campamentos militares para que formaran el núcleo de la Guardia Negra que defendía sus fronteras. Nos encontrábamos de viaje entre Meknes y el mar, y no parecía improbable que estos *nourwals* fueran los únicos restos que quedaban de los puestos avanzados de los legionarios de Mulay Ismail.

Pasado cierto tiempo, dejamos atrás *oueds* y aldeas y nos encontramos en las montañas del Rharb, avanzando penosamente a través de un arenoso altiplano. A lo lejos, una franja de vegetación prometía sombra y agua y, por fin, contra un pálido grupo de olivos, nos enfrentamos a una visión que, en

cualquier rincón del mundo, siempre produce la misma sensación de asombro: las ruinas de una ciudad romana.

Volubilis (llamada por los árabes el «Castillo de los Faraones») es la única colonia romana de tamaño considerable que se ha descubierto, hasta la fecha, en Marruecos. Se alza sobre un saliente, al extremo del altiplano, dando la espalda a las montañas del Zerhoun. Al pie de la meseta, el terreno desciende de manera abrupta hasta un estrecho y verdoso valle, surcado por un río, donde abundan los huertos y los jardines. En la parte más angosta del valle, donde las colinas vuelven a juntarse, la ciudad blanca y cónica de Mulay Idriss, ciudad santa de Marruecos, se eleva contrastando poderosamente con un fondo boscoso.

Los dos dominios, por lo tanto, se miran cara a cara por encima del valle: por un lado, las ruinas romanas, sin vida, que representan un sistema, un orden y una concepción de lo social que todavía atraviesan nuestras instituciones modernas; por otro, la ciudad musulmana, intacta, más muerta y absorta en un pasado incomprensible que cualquier arquitecra roto de una edificación griega o romana.

Volubilis parece haber tenido el tamaño y la riqueza de una gran guarnición militar, como la de Timgad, en Argelia, pero en el siglo XVII fue casi destruida por Mulay Ismail, el sultán de la Guardia Negra, que se fue llevando poco a poco sus monumentos para construir su nueva capital, Meknes, que llegaría a ser una de las maravillas de su tiempo.

Por lo tanto, poco queda de Volubilis en lo relativo a monumentos importantes; solamente algunos fragmentos de la basílica de Antonino Pío, parte de un arco de triunfo erigido en honor de Caracalla y las columnas y arquitecra caídos que son las huellas de Roma a lo largo y ancho del mundo. Pero su ubicación es magnífica, y puesto que las excavaciones en las ruinas fueron interrumpidas debido a la guerra, es posible que ulteriores investigaciones permitan hallar otros tesoros comparables con el hermoso *sloughi* (perro de caza africano) de bronce, que por el momento es su bien máspreciado.

Después de siete horas de viaje bajo el sol de África, resultó delicioso sentarse en la terraza sombreada donde el conservador de Volubilis, *Monsieur Louis Châtelain*, recibe a sus visitantes. El Ministerio francés de Bellas Artes ha construido una casa encantadora, con jardines y pérgolas, para el conservador de las ruinas, y ha encontrado en *Monsieur Châtelain* a un arqueólogo tan concienzudo con su trabajo que, en cuanto las circunstancias

lo permitan, en el terreno donde estuvo esta ciudad no quedará ni un solo centímetro que no revele todos los secretos que pueda guardar.

2. Mulay Idriss

Permanecemos bajo las pérgolas de Volubilis hasta que el calor se volvió menos insoportable, y después nuestros guías sugirieron que fuéramos a visitar Mulay Idriss.



Volubilis: el pórtico occidental de la basílica de Antonino Pío.

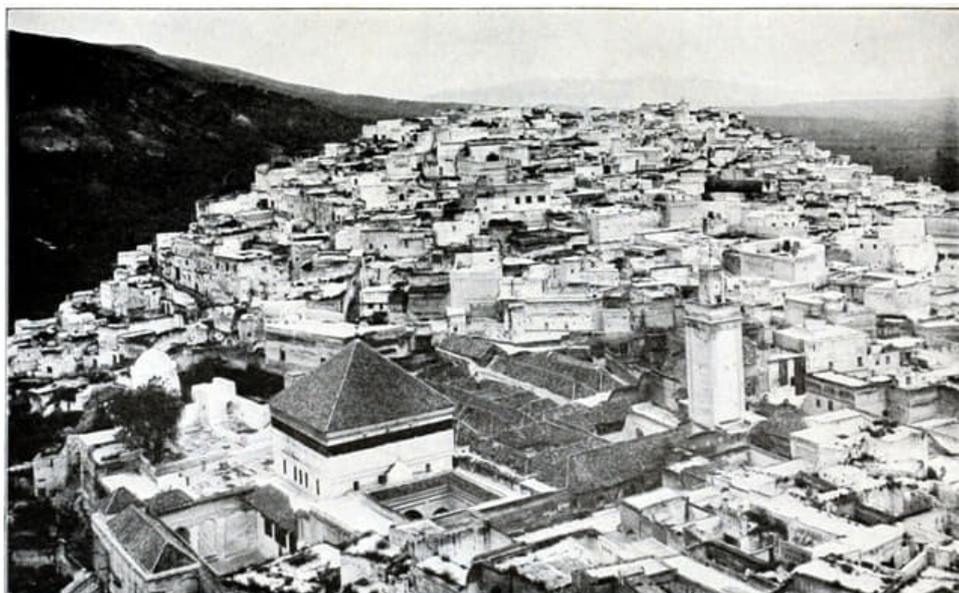
Esa posibilidad no se nos había ocurrido, e incluso el capitán de M. pareció dudar de si sería recomendable la visita. Se decía que Mulay Idriss todavía estaba resentida por las intromisiones cristianas; sólo había pasado un año desde que entraran los primeros funcionarios franceses.

Pero *Monsieur* Châtelain confiaba en que no encontraríamos ninguna clase de oposición, y contemplar desde el otro lado del valle cómo las terrazas y las torres amontonadas de la ciudad santa iban adquiriendo tonos dorados bajo la luz vespertina hacía imposible resistirse a la visita.

Montamos en el vehículo y bajamos atravesando un bosque de olivos tan antiguo como los de Mitilene y Corfú, y después avanzamos por el valle, que se iba estrechando, y pasamos entre jardines que estaban exuberantes incluso en el reseco otoño marroquí. Pronto el coche comenzó a subir por el empinado camino que conducía a la ciudad, y al llegar a una gran puerta nos bajamos y nos recibió el jefe de la policía local. Inmediatamente, en las altas ventanas de las casas llenas de misterio distinguimos unas cabezas cubiertas con velos, y unos ojos que, mirándonos de soslayo, nos inspeccionaban con cautela. Pero el barrio estaba desierto y seguimos caminando, sin cruzarnos con nadie, hasta la calle de los Tejedores, un estrecho y silencioso pasadizo que discurre entre unos nichos encalados de poca altura que se parecen a los cubículos de un convento. En cada nicho había sentado un joven con aire muy grave y ataviado con una túnica blanca, haciendo con paja prietamente trenzada un enorme cesto con forma de ánfora para meter cereales. Las hojas de parra y los zarcillos colgaban del techo de caña que había sobre sus cabezas, y las clásicas sombras de los racimos de uva caían a nuestros pies. Era como caminar por una vasija etrusca de color blanco adornada con guirnaldas de vides negras.

El silencio y el vacío del lugar empezó a hacernos mella; no se veía ninguna señal de las multitudes orientales que habitualmente salen hasta de debajo de las piedras cuando se acercan los forasteros. Pero de repente oímos, muy cerca, el lamento del *rekka* (una especie de pífano largo) acompañado por el salvaje *tum-tum* de los tambores de barro y el curioso canto, muy excitado, de voces masculinas. Yo había oído esa clase de canto antes, en la otra punta de África del Norte, en Kairuán, otro de los grandes santuarios del islam, donde la secta aisaua celebra sus sanguinarios ritos en la *Zaiiya*^[12] de su hermandad. Pese a todo, parecía increíble que si los aisaua de Mulay Idriss estaban realizando sus ceremonias aquel día, el jefe de la policía estuviera todo plácido guiándonos por las calles, y precisamente hacia el lugar del que provenía el canto. El marroquí, aunque no desea tener problemas con los

cristianos, prefiere que lo dejen tranquilo cuando celebra sus festividades, especialmente en un baluarte de su fe como es Mulay Idriss.



Mulay-Idriss (9000 habitantes).

Pero «*Geschehen ist geschehen*»^[13] sirve como resumen de la filosofía oriental. Durante siglos, Mulay Idriss mantuvo con firmeza su carácter sagrado; pero de pronto, en 1916, sus jefes se dieron cuenta de que la partida ya había terminado y se rindieron sin mayor resistencia. Ahora todo había terminado, las nuevas condiciones habían sido aceptadas y el jefe de la policía nos aseguró que, con el uniforme francés a nuestro lado, estábamos a salvo en cualquier parte.

—¿Los aisaua? No —nos explicó—, ésta es otra secta, la de los hamadcha, que están realizando su danza ritual por ser hoy la festividad de su patrono, el *marabout* Hamadch, cuya tumba se encuentra en el Zerhoun. La fiesta se celebra públicamente en la plaza del mercado de Mulay Idriss.

Mientras hablaba, desembocamos en la plaza del mercado, y entonces comprendimos por qué no nos habíamos encontrado con nadie en la puerta de entrada a la ciudad. Toda la población se hallaba en la plaza y sobre los tejados que se elevan sobre ella, escalonadamente, contra la boscosa ladera de la colina. Mulay Idriss tenía mejores cosas que hacer, aquel día, que quedarse boquiabierto ante la llegada de unos cuantos turistas ataviados con sus guardapolvos.

Aparte de Sfax y de otras ciudades costeras de la zona este de Túnez, seguramente no hay ninguna ciudad en África del Norte tan blanca como Mulay Idriss. Algunas son de color azul pálido y amarillo rosáceo, como la

kasba de Tánger, o de un azul cremoso, como Salé; pero Tánger y Salé, que durante siglos han estado sometidas a las influencias europeas, probablemente hayan tomado sus colores de Génova y la Riviera italiana. En el interior del continente, y especialmente en Marruecos, donde la paleta cromática es mucho más sobria que en Argelia y Túnez, el color de las casas nativas es siempre de tonalidades sombrías, que evocan una prisión, entre el barro y la ceniza.

Pero Mulay Idriss, aquella tarde, estaba tan blanca como si su plaza con todos sus soportales hubiera sido excavada en un inmenso queso para untar. Los últimos rayos del sol caían como hojas de oro sobre uno de los lados de la plaza, y el otro se hallaba en una sombra de purísimo azul. Por encima de ella, los tejados abarrotados y las terrazas y los balcones llenos de mujeres con vestidos de colores parecían un campo de flores junto a una cantera de mármol.



Mulay-Idriss: Plaza del mercado.

El color de los vestidos era una visión tan poco habitual como la de los muros blancos, ya que en general, las multitudes marroquíes son del color de sus casas. Pero se trataba de una ocasión especial; estas fiestas de los hamadcha sólo tienen lugar un par de veces por año, en primavera y en otoño, y gracias a que las danzas rituales son al aire libre, en lugar de en el interior del edificio de la hermandad, la población femenina aprovecha la oportunidad para convertirse en flores sobre las casas.

En Marruecos es extraño ver mujeres en las calles o en los bazares, salvo las de las clases más humildes: esclavas domésticas, sirvientas, campesinas o esposas de los pequeños comerciantes. E incluso ellas (con la excepción de las mujeres bereberes, que no usan el velo) van tapadas con las mortajas

prescriptivas. Las *filles de joie* y las bailarinas cuyos brillantes vestidos alegran ciertas calles de las ciudades argelinas y tunecinas son invisibles, o al menos es imposible notar sus presencias, en Marruecos, donde la vida, en conjunto, parece mucho menos feliz, menos colorida; y las mujeres de las familias más favorecidas, comerciantes o aristócratas, nunca abandonan sus harenes salvo para casarse o para que las entierren. Solamente puede verse en público a un grupo de mujeres vestidas con colores claros, por lo tanto, cuando algún festival callejero las hace aflorar a los tejados. E incluso entonces es probable que el grupo esté formado principalmente por esclavas, sirvientas domésticas y mujeres de la baja *bourgeoisie*. Pero debido a que todas van de malva y rosa y verde pálido, y llevan largos pendientes y cintas para el pelo enjoradas que brillan a través de sus velos abiertos, la ilusión, desde cierta distancia, es tan total como si se tratara de las damas de honor de la reina de Saba. Aquella tarde resplandeciente en Mulay Idriss, por encima de la plaza engalanada con parras, y contra un fondo de terrazas apiladas, esos grupos rebosantes de vitalidad contrastaban de tal forma con las muchedumbres grises que habitualmente encontramos en el Oriente que la escena parecía sacada del extravagante decorado de un *ballet*.

Por el mismo motivo, el espectáculo que se desarrollaba ante nosotros adoptó un dichoso aire de irrealidad. Cualquier persona normal que haya presenciado una danza de los aisaua y los haya visto tragarse espinas y trozos de carbón caliente, rajarse con cuchillos y rodar por el suelo en ataques de epilepsia, seguro que ha deseado íntimamente, una vez pasada la excitación inicial, escapar de esa escena repugnante. Los hamadcha son mucho más salvajes que los aisaua, y llevan mucho más lejos su muestra de anestesia cataléptica; yo lo sabía, por lo que me había preguntado cuánto tiempo sería capaz de soportar la visión de lo que estaba sucediendo bajo nuestra terraza, pero la belleza del entorno redimía la horrorosa bestialidad. En aquella luz dorada e irreal, la escena se volvía un mero símbolo: era semejante a una de esas extrañas máscaras de animales que la Edad Media heredó de la antigüedad a través de las comedias satíricas griegas, con las que los protagonistas medio humanos todavía hacen muecas y se contorsionan entre los símbolos cristianos de las catedrales góticas.



Mulay-Idriss: Plaza del mercado en el día de la Danza Ritual de los Hamadcha.

En uno de los extremos de la plaza estaban los músicos, sobre una plataforma de piedra, por encima de los bailarines. Como los músicos de un bajo relieve, se hallaban aplastados, uno al lado de otro, contra una pared; los que tocaban el pífano tenían los brazos en alto y las mejillas infladas, los percusionistas aporreaban frenéticamente unos largos tambores de arcilla que parecían inmensos relojes de arena y estaban decorados con unos dibujos primitivos, y por debajo de ellos, a lo largo de toda la plaza del mercado, la danza se desarrollaba con un orden frenético que habría hecho palidecer de envidia a cualquier empresario teatral de París o Londres.

En el centro, una criatura con aspecto de iluminado se desplazaba girando sobre su eje. Sus largos rizos negros dibujaban espirales que serpenteaban alrededor de su rostro ojeroso y demacrado; las mejillas le temblaban convulsivamente. A su alrededor, pero a bastante distancia, los bailarines se estremecían y daban vueltas soltando estridentes aullidos dominados por la atronadora y sollozante música. Y en el espacio entre los bailarines y el santo varón, bajo el sol, dos o tres pequeños picaruelos se meneaban con la mirada perdida y una mueca de cómico frenesí, parodiando solemnemente sus contorsiones.

Mientras tanto, un personaje alto y serio con una gorra como de dux sobre la cabeza, la única figura que había entre el tumulto que parecía estar en calma, iba de un lado a otro con gravedad, regulando la danza, fomentando el frenesí o tranquilizando a algún devoto que hubiera roto filas y estuviera agitándose y echando espuma por la boca sobre las piedras del suelo. Había algo mucho más siniestro en esta figura desapasionada, que tenía las claves

para desencadenar aquellas fuerzas enloquecidas, que en el pobre molinete que ocupaba el centro de la escena y que se limitaba a establecer el ritmo de las convulsiones.

Todos los bailarines iban vestidos con caftanes blancos o con camisas azules de la peor calidad. Bajo la luz del sol, algo que parecía pintura roja y fresca refulgía en sus cráneos afeitados, negros o amarillos, y les hacía manchones en la ropa. Al principio estas rayas y manchas sólo sugería unos chillones ornamentos para un ritual, semejantes a los dibujos de los tambores; pero después uno se daba cuenta de que aquella pintura, o lo que fuera, goteaba sin cesar desde los caftanes en movimiento y formaba unos charcos frescos entre las piedras, de que a medida que unos charcos se secaban, se iban formando otros, más rojos y brillantes que los primeros, y de que el líquido que llenaba estos charcos provenía de los tajos que los bailarines se hacían en sus propias cabezas y pechos con hachas y piedras afiladas. La danza era un rito sangriento, un gran símbolo propiciatorio en el que la sangre corría tan abundantemente que salpicaba a los pies de todos mientras bailaban.

De forma gradual, sin embargo, se hizo evidente que muchos de los bailarines se limitaban a moverse y a aullar, pero no se cortaban, y que la mayor parte de los cráneos y los pechos ensangrentados eran de los negros. De vez en cuando el círculo se ampliaba para dejar que entrara alguna otra figura, negra o amarilla, la figura de algún humilde espectador de camisa azul que, repentinamente, había «encontrado el camino» y se apresuraba a hacerse con un arma y a bautizarse a sí mismo con su propia sangre. Y cada vez que un nuevo recluta se unía a los bailarines, la música chillaba más fuerte y los devotos aullaban de una forma más voraz. Todo el tiempo, en el centro, el loco *marabout* seguía girando, y los niños se meneaban y lo imitaban y hacían girar sus ojos diamantinos.

Así es la danza de los hamadcha, de la hermandad del *marabout* Hamadch, un poderoso santo del siglo XVII cuya tumba se encuentra en las montañas del Zerhoun, dominando Mulay Idriss. Hamadch, por lo que parece, tenía un fiel esclavo que, a la muerte de su amo, se suicidó, presa de la desesperación; las heridas autoinfligidas de los miembros de la hermandad se supone que simbolizan el suicidio de aquel esclavo, aunque sin ninguna duda el origen de esta ceremonia podría rastrearse hasta las profundidades del bosquecillo ensangrentado donde el señor Frazer arrancó la rama dorada.^[14]

La interpretación más ingenua, sin embargo, tiene sus ventajas, puesto que permite a los devotos dividir sus obligaciones rituales en dos clases: las

devociones de los hombres libres se dirigen al santo que falleció en su cama, mientras que las de los esclavos son para su esclavo, y es por ello por lo que deben simular su horrible final. Éste es el motivo por el cual la mayor parte de los caftanes blancos simplemente se mueven y contorsionan, mientras las más humildes camisas azules no dejan de gotear sangre.



Mulay-Idriss: Plaza del mercado. Procesión de la confraternidad de los Hamadcha.

El sol se estaba poniendo cuando descendimos de nuestra terraza, desde la que contemplábamos la plaza del mercado. Para encontrar un lugar en el que alojarnos aquella noche tuvimos que continuar viaje hasta Meknes, donde nos esperaban en el puesto militar; por eso nos vimos obligados a rechazar una invitación para tomar el té con el caíd, cuya casa, desde lo alto, domina todos los blancos anfiteatros de la ciudad. Fue decepcionante tener que abandonar Mulay Idriss mientras los hamadcha aullaban más enloquecidos que nunca y quedando tantas otras cosas por ver, pero mientras nos alejábamos en el coche bajo las largas sombras de los olivos, nos dimos cuenta de que éramos afortunados por haber podido entrar en la ciudad santa, y más aún por haber estado allí el día de la danza que, hasta hacía un año, a ningún extranjero le había sido permitido observar.

Una buena carretera francesa une Mulay Idriss con Meknes, y sobre ella volamos al anochecer entre colinas boscosas y trechos abiertos sobre los que las hogueras de los campamentos de los nómadas arrojan unas salpicaduras naranjas en la oscuridad. Después salió la luna, y a su luz vimos un valle que se volvía cada vez más amplio, y jardines y huertos que se extendían hasta una gran ciudad amurallada perfilada contra las estrellas.

3. Meknes

Pasamos toda aquella tarde sentados en el jardín de la Subdivisión Militar situado en la colina de enfrente, contemplando los oscuros grupos de árboles y los muros, iluminados por la luz de la luna, de Meknes, y escuchando su fantástica historia.

Meknes fue construida por el sultán Mulay Ismail en torno al núcleo de una ciudad pequeña cuyo emplazamiento resultaba de su agrado; justo en esa época, Luis XIV creaba Versalles. El hecho de que dos autócratas contemporáneos coincidan en la construcción de ciudades a partir de la nada ha sido la causa de que algunas personas a quienes interesan las analogías hayan descrito Meknes como el Versalles de Marruecos: un epíteto que es tan instructivo como sería decir de Fidias que era el Benvenuto Cellini de Grecia.

Sin embargo, la comparación se puede apoyar en el hecho de que ambos soberanos sintieron un vivo interés por los asuntos del otro. Mulay Ismail envió varias embajadas para tratar con Luis XIV la eterna cuestión de la piratería y el rescate de los cristianos cautivos, y ambos gobernantes intercambiaban constantemente regalos y alabanzas.

El gobernador de Tetuán fue enviado a París en 1680 y le llevó al rey francés un león, una leona, una tigresa y cuatro avestruces; Luis XIV, poco después, despachó a *Monsieur* de Saint-Amand a Marruecos con dos docenas de relojes, doce brocados de oro, un cañón de casi dos metros de largo y otras armas de fuego. Desde entonces, la relación entre las dos cortes fueron cordiales hasta 1693, cuando se tensaron debido a la negativa de Francia de liberar a unos árabes que habían capturado y enviado a las galeras del rey, donde probablemente eran tan necesarios como los esclavos cristianos que empleaba el sultán para construir sus palacios moriscos.



Meknez: Puerta de Bab-Mansour.

Seis años más tarde, el sultán despachó a Abdalla ben Aisha a Francia para reanudar las negociaciones. Al embajador se lo recibió con tanta pompa y se lo atendió con tanto entusiasmo como a un hombre de Estado moderno en un viaje oficial, y su admiración, cándidamente expresada, por los encantos personales de la princesa de Conti, una de los hijos legitimados del monarca francés, parece que se interpretó erróneamente, en la corte, como una propuesta de matrimonio del emperador de Berbería. En cualquier caso, regresó sin haber suscrito ningún tratado.

Mulay Ismail, cuyo largo reinado (de 1673 a 1727) y extraordinarias proezas ya lo han convertido en un personaje legendario, sentía, desde el principio de su carrera, una gran pasión por Meknes, y a lo largo de todos los turbulentos años que estuvo en el poder, durante los que se alternaron brutales guerras y negociaciones de gran alcance, intrigas palaciegas, enloquecidos derramamientos de sangre y grandes reformas administrativas, su corazón volvía una y otra vez a las arboladas pendientes donde soñaba con construir una ciudad más espléndida que Fez y que Marrakech.

«El sultán, —escribe su cronista Abul Kasim ibn Ahmad, conocido como Ezziani—, amaba Meknes, cuyo clima lo había encantado, y hubiera querido no abandonarlo nunca.» Pero de hecho lo abandonaba con frecuencia, constantemente, para combatir las sublevaciones de las tribus del Atlas, para derrotar una y otra vez a los ejércitos bereberes, para transportar su armamento a través del Alto Atlas hasta el Souss^[15], para adornar Fez con la cabezas de setecientos jefes a quienes había vencido, para sofocar las rebeliones de sus tres hermanos, para limpiar todas las ciudades de su imperio

de negros y transportarlos a Meknes («de forma que ni un solo negro, fuera hombre, mujer o niño, esclavo o libre, quedara en ningún lugar del país»), para combatir y derrotar a los cristianos (1683), para tomar Tánger, para llevar a cabo una campaña sobre el Muluya^[16], para encabezar la guerra santa contra los españoles (1689), para conquistar Larache, el centro comercial de los españoles en la costa occidental (lo que proporcionó mil ochocientos prisioneros que fueron trasladados a Meknes), para sitiar Ceuta, conducir una campaña contra los turcos de Argel, reprimir el pillaje que practicaba su propio ejército, someter a más tribus y construir fuertes para sus Legionarios Negros desde Ujda hasta el río Noun. Pero las anotaciones de casi todos los años concluyen con la plácida frase: «Y después, el sultán regresó a Meknes».

En 1701, escribe Ezziani, el indómito anciano «privó a sus rebeldes hijos de sus principados; después de esa fecha, se dedicó exclusivamente a la edificación de sus palacios y a plantar en sus jardines. Y en 1720 (¡diecinueve años más tarde, todavía durante su largo reinado!) ordenó que se destruyera el mausoleo de Mulay Idriss con el objetivo de ampliarlo. Y, para conseguir el espacio que necesitaba, compró todas las tierras adyacentes, y los obreros no abandonaron estas nuevas ocupaciones hasta que no estuvieron totalmente concluidas».

En aquel mismo año se fijó en Fez un impuesto nuevo que era tan alto que los habitantes de la ciudad se vieron obligados a abandonarla. A pesar de todo, de este terrible monarca, que devastó distritos enteros y sacrificó miles y miles de vidas despiadadamente y por placer, se ha escrito que «el país disfrutó de una seguridad absoluta. Un judío o una mujer podían viajar desde Ujda hasta el río Noun sin que nadie les preguntara nada. La abundancia se expandió por todo el territorio: el grano, la comida y el ganado se podían comprar a muy bajo precio. En todo Marruecos no se encontraba un salteador de caminos ni un ladrón».

Y lo más probable es que ambas versiones de la historia sean ciertas.

¿Cuál era, entonces, la maravilla que atravesaba el valle, cuáles eran las «señoriales casas de placer» para cuya creación y ampliación regresaba Mulay Ismail una y otra vez, en medio de los trances y las violencias de una vida casi centenaria?

El cronista prosigue: «El sultán mandó demoler todas las casas de los alrededores de la kasba y *obligó a los habitantes a que se llevaran las ruinas de sus moradas*. El extremo oriental de la ciudad también fue destruido, y se

reconstruyeron las murallas. También construyó la gran mezquita cerca del palacio de Nasr (...). Se dedicó personalmente a la construcción de sus palacios, y antes de que se terminara uno ya hacía que se empezara a edificar otro. Construyó la mezquita de Elakhdar. En las murallas de la ciudad nueva se abrieron veinte puertas fortificadas que se coronaron con unas plataformas donde se instalaron cañones. Intramuros se construyó un gran lago artificial donde se podía remar en bote. También había un granero con unas inmensas reservas subterráneas de agua, y un establo *de cinco kilómetros* de largo para los caballos y las mulas del sultán, en el que cabían mil doscientos animales. Debajo del suelo había unos sótanos en los que se almacenaba el alimento para los caballos (...). También construyó el palacio de Almansur, con sus veinte cúpulas. Desde lo alto de cada una de ellas se podía contemplar la llanura y las montañas que rodean Meknes. Junto a los establos se plantaron árboles de toda clase. Intramuros había cincuenta palacios, cada uno con su propia mezquita y sus baños. Nunca se había visto nada semejante en ningún país, árabe o extranjero, pagano o musulmán. La protección de las puertas de estos palacios se confió a mil doscientos eunucos negros».

Éstas eran las maravillas por las que los viajeros del siglo XVII atravesaban penosamente el desierto, y que hacían que regresaran deslumbrados y casi incrédulos, como si en cierto modo sospecharan que el genio de alguna lámpara los había engañado, haciéndolos creer que habían tenido una visión de una ciudad fantástica. Por el contrario, según los textos europeos más sobrios, y a partir de las propias ruinas (ya que toda la ciudad nueva de Meknes es una ruina), uno podría inclinarse a considerar que las afirmaciones de Ezziani son más bien una fábula oriental. Pero un vistazo fugaz al Meknes de Mulay Ismail hace que cuanto su cronista relata resulte fácil de creer, incluso lo de los establos de cinco kilómetros de largo.

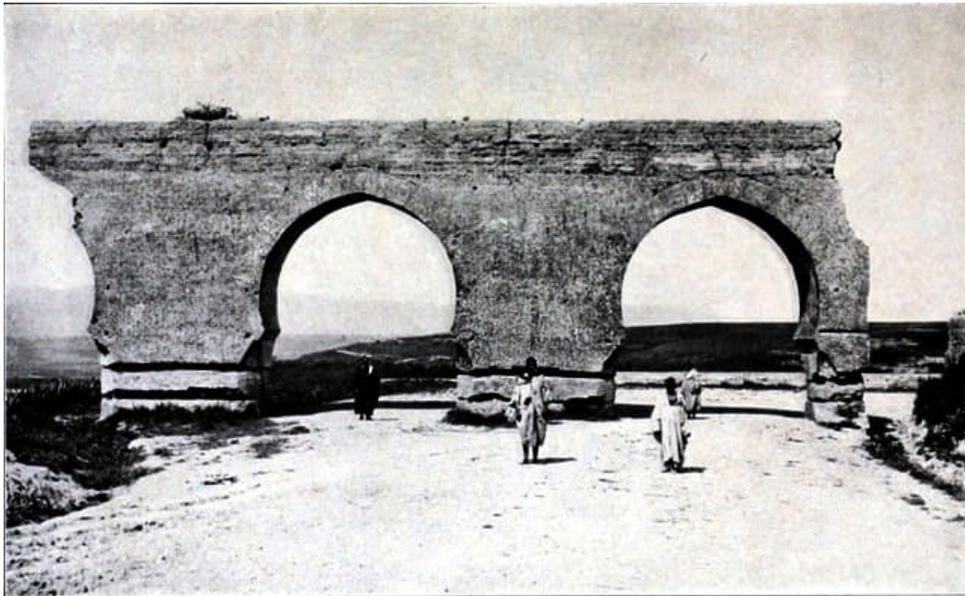
A la mañana siguiente atravesamos el valle en coche y, bordeando la colina sobre la que se situaba la ciudad vieja, entramos por una de las veinte puertas de Mulay Ismail y avanzamos por una larga calle vacía a cuyos lados se veían unos soportales medio en ruinas. Más adelante había otra calle de tierra batida roja bordeada por unos altos muros del mismo color salpicados de manchas grises y malva. Frente a nosotros, esta calle se extendía de manera interminable (Meknes, antes de Washington, era la «ciudad de las espléndidas distancias»), y sólo se veía pasar por ella a una o dos figuras cubiertas, como sombras de camino al Reino de las Sombras. Estaba claro que los vivos ya no tenían mucho que ver con el Meknes de Mulay Ismail.

Y, por fin, ahí estaba. Tras cruzar otra gran puerta, pasando bajo un arco enjoyado y resplandeciente, de color azul turquesa y verde, llegamos a otro espacio vacío rodeado de murallas de arcilla roja. Una tercera puerta llevaba a una vacuidad aún más vasta, al fondo de la cual se elevaba una colosal ruina roja, algo parecido a los niveles más bajos de un anfiteatro romano que se extendiera infinitamente en lugar de formar un círculo, o a una serie de acueductos romanos contruidos cada uno al lado del otro y conectados en una única estructura. Bajo esta ruina indescriptible, la árida tierra bajaba en una pendiente hasta un lago artificial que sin duda era el que el sultán había hecho construir para dar sus paseos en barca. Y más allá de él, la tierra roja seguía extendiéndose hacia más murallas y puertas, que dejaban entrever palacios abandonados y enormes torres de ángulo a punto de desmoronarse.

La inmensidad, el silencio y la catastrófica desolación del lugar eran más impresionantes debido a que los edificios se habían construido en fechas relativamente recientes. Del mismo modo en que Mulay Ismail había tratado a Volubilis, el paso del tiempo había tratado a su Meknes. Y la destrucción infligida sobre las sólidas murallas de la ciudad romana, para la que se había necesitado a miles de esclavos controlados por el látigo, aquí la habían llevado a cabo rápidamente el olvido y el abandono. Y aunque la arcilla cocida al sol con la que el impaciente sultán había construido sus casas de placer no aguante la comparación con las firmes piedras de Roma, el «alto estilo romano» es perceptible en la forma y el diseño de estas ruinas. Pero de qué son, eso nadie lo sabe. A pesar del texto de Ezziani (escrito cuando el lugar ya estaba parcialmente destruido), los arqueólogos no se ponen de acuerdo con respecto a la función de la cripta de arcilla entre el rosa y el rojo cuyas veinte filas de gigantescos arcos se asemejan tanto a un grupo de acueductos romanos alineados. ¿Serían éstos los graneros abovedados, o los depósitos subterráneos que había bajo los cinco kilómetros de establos que alojaban a los mil doscientos caballos? Los establos, en cualquier caso, estaban sin duda cerca de este punto, ya que el lago linda con las ruinas, como en la descripción del cronista. Y entre él y el antiguo Meknes, detrás de las murallas que hay dentro de las murallas, yace todo lo que queda de los cincuenta palacios con sus cúpulas, jardines, mezquitas y baños.

Esta zona interior no está tan en ruinas como la misteriosa estructura abovedada, y uno de los palacios, que se reserva para el uso del sultán actual, no se puede visitar; pero estuvimos vagabundeando, sin que nadie nos pusiera ninguna objeción, por patios desiertos, por jardines de cipreses y olivos donde las fuentes secas y los cenadores pintados poco a poco se van convirtiendo en

polvo, por espacios yermos enclaustrados por largas fachadas vacías. Se trataba de la obra de un anciano ansioso y dominante que, para llevar a cabo su sueño lo antes posible, había ordenado construir con materiales perecederos. Pero el diseño, las dimensiones y toda la concepción demuestran que no solamente había oído hablar de Versalles sino que además había contemplado Volubilis con sus propios ojos.



Meknez: las ruinas del palacio de Mulay-Ismaïl.

Para poder construir a tal escala y terminar la obra durante una vida, incluso aunque los materiales sean maleables y la vida sea larga, es necesario un dominio del trabajo humano que aquel otro sultán de Versalles debe haberle envidiado. La imposición del *corvé*^[17], por supuesto, era más fácil en Marruecos que en Francia, ya que el material humano del que se podía disponer era ilimitado si uno era capaz de ejercer su poder sobre él; y para conseguirlo, Ismail contaba con su Guardia Negra, los ciento cincuenta mil disciplinados legionarios que le permitieron reforzar su gobierno sobre toda la zona salvaje que se extendía desde Argel hasta Agadir.

Vale la pena recordar los métodos que se emplearon para formar este ejército y para hacerlo cada vez más numeroso, en palabras de Ezziani: «Un *taleb*^[18] de Marrakech le mostró al sultán un registro donde estaban los nombres de los negros que habían formado parte del ejército de al-Mansur, y Mulay Ismail ordenó a sus agentes que fueran en busca de los descendientes que quedaran de esa tribu de negros (...). También envió a sus hombres a las tribus de Beni-Hasen y a las montañas, para que trajeran a todos los negros

que encontraran allí. De este modo se reunió a todos los que había en el Magreb, de las ciudades y del campo, esclavos y libres.

»Se proporcionó armas y ropa a estos negros, y se los envió a Mechra Erremel (al norte de Meknes), donde se les ordenó que construyeran casas, plantaran jardines y permanecieran allí hasta que sus hijos cumplieran diez años. Después, el sultán hizo que llevaran a todos los niños ante él, tanto los chicos como las chicas. Los chicos se dedicaron a ser aprendices de albañiles, carpinteros y otros oficios; otros se emplearon para hacer argamasa. Al año siguiente, se les enseñó a conducir mulas, y al tercero a hacer adobe para levantar edificaciones. Durante el cuarto año, aprendieron a montar a caballo a pelo, y durante el quinto, a montar sobre una silla mientras usaban armas de fuego. A los dieciséis años, estos chicos se convirtieron en soldados. Entonces se casaron con las jóvenes negras a las que, mientras tanto, se había enseñado a cocinar y a limpiar en los palacios del sultán, salvo a las que eran hermosas, que recibieron una formación musical, tras lo cual se dio a cada una un vestido de bodas y un certificado matrimonial y se las entregó a sus maridos.

»Todos los niños que nacieron de estas parejas se destinaron, en su debido momento, a la Guardia Negra o al servicio doméstico en los palacios. Año tras año el sultán iba al campamento de Mechra Erremel y se llevaba consigo a los niños. La Guardia Negra consistía en ciento cincuenta mil hombres, de los cuales una parte estaba en Erremel, una parte en Meknes y el resto en los setenta y seis fuertes que el sultán había construido a tal fin a lo largo y ancho de sus dominios. ¡Que el Señor sea misericordioso con su memoria!».

Con este ejército, Ismail reforzó la imposición del *corvée* a sus indisciplinadas tribus. Varios miles de vidas se dedicaron a la construcción de la imperial Meknes, pero sus súbditos difícilmente habrían bastado para llevar a cabo este trabajo si el sultán no hubiera podido añadir la ayuda de veinticinco mil cautivos cristianos.

Monsieur Augustin Bernard, en su admirable libro sobre Marruecos, dice que el siglo XVII fue «la edad dorada de la piratería» en este país, y no hay ninguna duda de que el gran Ismail fue uno de sus principales promotores. Se comprende su falta de interés por llegar a un acuerdo con su gran amigo y rival, Luis XIV, sobre el espinoso tema del rescate de los cristianos cautivos, al leer los textos en que el admirado Ezziani afirma que se necesitaron cincuenta y cinco mil prisioneros y cautivos para ejecutar sus proyectos arquitectónicos.

«Estos prisioneros, durante el día, se ocupaban en diversas tareas, y por la noche quedaban encerrados en mazmorras subterráneas. A todos los

prisioneros que murieran mientras trabajaban *se los metía en el muro que estuvieran construyendo*». (Esta afirmación está confirmada por John Windus, el viajero inglés que visitó la corte de Mulay Ismail durante la vejez del sultán.) Muchos europeos deben haber fallecido en poco tiempo debido al calor y al látigo, ya que los que se dedicaban a construir muros tenían la obligación de trabajar acompasadamente con sus vecinos, y eran azotados sin piedad si rompían el ritmo. Y no cabe duda de que la capacidad de trabajo de los expertos artesanos franceses, italianos y españoles le resultaba más estimable al viejo loco de la arquitectura que la amistad del déspota constructor de palacios que reinaba al otro lado del mar.

La crónica de Ezziani data de la primera parte del siglo XIX, y es un anodino panegírico que un árabe hace de un gran gobernante también árabe. Pero John Windus, el inglés que acompañó al comodoro Stewart en su embajada a Meknes en 1721, vio los palacios imperiales y a su constructor con sus propios ojos y los describió con la vivacidad de un extranjero impactado por cada uno de los contrastes que encontraba.

Mulay Ismail contaba entonces alrededor de ochenta y siete años, y era «un hombre de estatura media, con un rostro que se veía que había sido agraciado, sin ningún rasgo negro aunque su madre era de color. Tiene la nariz alta, bastante larga, descendiendo desde las cejas, y fina. Ha perdido todos sus dientes y respira con dificultad, como si tuviera problemas en los pulmones, tose y escupe muy a menudo, y sus escupidas nunca llegan hasta el suelo, ya que siempre hay hombres preparados para recibirlas con pañuelos. Tiene una barba fina y muy blanca, sus ojos dan la impresión de haber sido chispeantes, pero su vigor decayó con la edad, y sus mejillas están muy hundidas».

Éste era el aspecto de este hombre extraordinario, que engañó, torturó, traicionó, asesinó, aterrorizó y se burló de sus esclavos, de sus súbditos, de sus mujeres y niños y de sus ministros como cualquier otro déspota árabe medio salvaje, pero que a pesar de todo consiguió, durante todo su largo reinado, conservar un imperio bárbaro, vigilar el desierto y, al menos, dar una apariencia de prosperidad y seguridad donde anteriormente todo era caos.

Los emisarios ingleses parecen haberse quedado muy impresionados por la magnificencia de sus palacios, que entonces estaban recién construidos y en todo su esplendor, y relucían con los mármoles traídos desde Volubilis y Salé. Windus encomia en particular los jardines de cipreses, granados y naranjos, que se construían bajo el nivel del suelo, en algunos casos más de doscientos metros por debajo del suelo de los patios de los palacios; los exquisitos

calados de yeso; los kilómetros de muros y pavimentos teselados con el mosaico de delicados patrones que se hacía en Fez; y los largos caminos en terrazas emparradas con «vides y otras plantas» que conducían desde el palacio a los famosos establos, sobre los que el sultán tenía la costumbre de pasearse en un carruaje tirado por mujeres y eunucos.

Mulay Ismail recibió al embajador inglés con todas las muestras posibles de pompa y amistad, e inmediatamente «le dio un regalo» que consistió en un puñado de jóvenes ingleses cautivos. Pero justo cuando las negociaciones estaban a punto de concluir, el comodoro Stewart recibió en privado la información de que el sultán no tenía ninguna intención de permitir que el resto de los ingleses recobrara la libertad a cambio de un rescate. Afortunadamente, una diplomática carta que le escribió el enviado inglés a una de las esposas favoritas del sultán logró que Ismail cambiara de idea, y los cautivos, al final, fueron puestos en libertad y pudieron partir junto a sus rescatadores. Al encontrarse bajo ese sol abrasador, entre las monstruosas ruinas de aquellos trágicos muros, uno se imagina al resto de los cautivos cristianos deteniendo durante un segundo, aun a riesgo de morir, el pulso rítmico de su trabajo para contemplar el pequeño cortejo de sus compañeros que se alejaba, a través del desierto, rumbo a la libertad.

En el camino de vuelta por las largas calles que llevan hasta las ruinas vimos, junto a la carretera, columnas estriadas, bloques de mármol, capiteles romanos: fragmentos del abundante botín de Salé y Volubilis. Preguntamos cómo habían llegado hasta allí y nos explicaron que, según una leyenda que todavía se cree en el país, cuando los prisioneros y cautivos que llevaban los materiales de construcción se enteraron de que el viejo sultán había muerto, dejaron caer su carga de común acuerdo y huyeron. En ese mismo momento, todos los que estaban trabajando en los muros soltaron sus paletas y sus capachos, todos los esclavos de los palacios dejaron de moler y de fregar y de sacar agua de los pozos y de cargar con sus haces de leña y de sacar brillo a los kilómetros de suelos teselados, de manera que en el instante en que el corazón del tirano dejó de latir, la vida se detuvo en la inmensa casa que había construido, que se convirtió en un ataúd para su cadáver.

III

Fez

1. La primera imagen

Fez, la de las muchas murallas, se elevó ante nosotros desde la llanura al final del día.

Los muros y las torres que vimos eran los de la ciudad alta, Fez Al Yedid (la Nueva), que está junto al límite de la meseta y oculta a la Vieja Fez, que cae por debajo de ella hasta el barranco del río Fez. Al aproximarse a ella de esta manera, la ciudad sólo ofrece a la vista una larga línea de murallas y fortificaciones que se confunden con la planicie de color pardo rojizo y se enmarcan entre unas áridas montañas. No se ve ni una sola casa extramuros, excepto, a una imponente distancia, las pocas y discretas edificaciones de la colonia europea; y no hay ni una sola aldea que rompa la desolación del paisaje.

A medida que nos acercábamos, los muros nos parecían cada vez más altos. Bordeándolos, llegamos a un espacio descubierto junto a una gran puerta de herradura, y nos encontramos repentinamente en el primer plano de un cuadro de Carpaccio o de Gentile Bellini. ¿En qué otra parte se podrían ver esas filas de figuras, con la cabeza cubierta con turbantes blancos, de cuclillas en el polvo bajo unas altivas murallas, con sus rostros pálidos de rizadas barbas vueltos hacia el contador de historias que se encontraba en el centro del grupo? Convirtamos a este narrador en un embelesado joven veneciano y obtendremos el público y el protagonista de *La predicación de San Esteban* de Carpaccio, con unos camellos que estiran el cuello con curiosidad por encima de los turbantes. A cada paso, en el norte de África se corroboran las detalladas observaciones de los antiguos viajeros, tanto pintores como narradores, y se demuestra que nada ha cambiado del estilo de vida oriental que pintaran los venecianos y que León el Africano y Windus y Charles Cochelet describieran.

Tuvimos tiempo, antes de que se pusiera el sol, para subir a la colina desde la cual las tumbas en ruinas de los sultanes de la dinastía de los meriníes contemplan, hacia abajo, la ciudad que hicieron gloriosa. Después de la salvaje masacre de residentes extranjeros de 1912, los franceses rodearon las cumbres desde las que se domina Fez con una de sus carreteras militares de admirable ingeniería, por lo que en unos pocos minutos nuestro vehículo había llegado hasta el punto desde el cual la gran dinastía de artistas y sultanes soñaba con contemplar, eternamente, su capital.

Nada perdura en el mundo islámico excepto lo que la inercia de los hombres deja en pie y es suficientemente sólido como para mantenerse a salvo de los elementos. O, mejor dicho, nada permanece intacto, y nada desaparece por completo, y la arquitectura, como todo lo demás, se conserva medio en ruinas y medio inmutable. Las tumbas de los meriníes, sin embargo, no son más que cáscaras huecas y muros derruidos que han pasado a formar parte de la parda colina a la que están aferrados. Nadie los tiene en cuenta más que como un toque pintoresco añadido en un lugar en que todo es pintoresco: son sólo el mejor lugar desde el que se puede contemplar Fez.

Ahí está, extendida en una luz dorada, con sus tejados, sus terrazas y sus torres deslizándose hacia el extremo de la llanura en una carga a la que se oponen, aquí y allá, barreras de cipreses y acebos, pero que se vuelve más violenta cuando el barranco del Fez se estrecha, hacia abajo, con la caída del río. Es como si un poderoso mago, tras ordenar que la ciudad se arrojara a las profundidades, se hubiera conmovido por su belleza y, con un movimiento de su varita mágica, la mantuviera suspendida en el aire, por encima del precipicio que supondría su destrucción.

Al principio, la mirada solamente capta esta impresión: la de una gran ciudad sobre un abismo verdoso. Después, la complejidad de la escena comienza a manifestarse. Alrededor, por todas partes, están las líneas externas de las murallas, muros detrás de muros, con sus almenas que ascienden hacia las alturas y sus fuertes de ángulo dominando los precipicios. Casi al mismo nivel que nosotros está la ciudad alta, la aristocrática Fez Al Yedid de los palacios pintados y los jardines. Más allá, las casas se amontonan y descienden de una manera más abrupta, y las terrazas, los minaretes, las cúpulas y los largos tejados hechos de cañas y paja de los bazares se reúnen alrededor de la tumba de Mulay Idriss, de azulejos verdes, y de la torre de la mezquita almohade de Qarauíín, que están una junto a la otra, en lo más profundo de Fez, y forman su santuario central.

Desde la colina de los meriníes habíamos visto una gran fachada que surgía entre los cipreses y los árboles frutales de Al Yedid. Se trataba de Bou-Jeloud, el antiguo palacio veraniego del harén del sultán, que en la actualidad es el domicilio del general residente. Allí nos íbamos a alojar.

La carretera volvía a descender, cruzando el río Fez por uno de los hermosos puentes de un solo arco que ponen de relieve la proximidad que, en materia de arquitectura, hay entre Marruecos y España. Bordeamos altos muros, charcas que había junto al camino y ruedas de molino empapadas. Después, una de las puertas de la ciudad nos engulló, y ya estábamos en los espacios baldíos de la Fez de intramuros, que en el pasado habían servido como líneas de defensa de una ciudad rica y constantemente amenazada y ahora se usaban sobre todo como vertederos, mercados al aire libre y lugares de ensoñación para todos los lázaros que yacen en fila en el polvo, amortajados.

Tras cruzar otra puerta y otras murallas, llegamos a un arco que estaba en la línea interior de defensa. Al otro lado, nuestro vehículo se detuvo ante una puerta verde, donde un cadí^[19] salió a recibirnos vestido con un caftán de seda. Atravesando plazas llenas de naranjos y divididas por agua corriente, nos condujeron hasta una estancia llena de arcos, de cuyas paredes colgaban bordados marroquíes, y donde abundaban unos amplios divanes: la sala de recepción del general residente. Pasando por debajo de sus arcos se accedía a otros pasillos revestidos de azulejos, fuentes, arcadas; más allá, de un verde aún más profundo, se veían los brillantes brotes de un jardín floral. Ésa fue nuestra primera impresión de Bou-Jeloud, que en otro tiempo había sido el palacio de verano de las esposas de Mulay Hafid.

En el piso de arriba, desde una habitación cuyas paredes y cuyo techo estaban recubiertas de madera de cedro, y para cuya decoración se había recurrido a los bordados de Salé, de un rosa vivísimo, y a los de Fez, antiguos e intrincados, contemplé, por encima de la ciudad alta, las montañas de color malva y pardo rojizo.

Justo debajo de la ventana, los techos planos de un grupo de casitas descendían como los escalones de una escalera irregular. Entre ellos surgían unos cuantos cipreses y un minarete verde; desde el patio de una de las casas, una vieja higuera extendía sus ramas retorcidas. El sol ya se había puesto y, una tras otra, diversas figuras brillantes comenzaron a aparecer sobre los techos. Primero fueron los niños, con amuletos plateados y cuentas de ámbar; los siguieron algunas mujeres negras que llevaban turbantes a rayas y que iban y venían afanosamente, ocupadas con alfombras y esteras; de un modo

más indolente llegaron después las madres, liberadas de sus cenicientos embozos y mostrando, por debajo de sus ligeros velos, unos largos pendientes procedentes de la *Mellah*^[20] y caftanes de color verde pálido o melocotón.

Las casas eran humildes, como las que suelen surgir en las rendijas de los barrios acomodados, y sus habitantes, indudablemente, eran de clase baja; pero en el encantado crepúsculo africano, las terrazas florecían como jardines, y cuando salió la luna y el muecín hizo la llamada desde el minarete, las riñas domésticas y los estridentes gritos de techo a techo pasaron a formar parte de una historia que sucedió en Bagdad y que, hace mil años, oyó por casualidad ese archidetective llamado Harún Al Raschid.

2. Fez Al Yedid

Suele decirse que Fez es muy antigua, y parece justificado cuando uno se acuerda de que el palacio de Bou-Jeloud se ubica en el lugar donde estaba una kasba almorávide del siglo XI, y que cuando se erigió dicha kasba, Fez Al Bali ya existía desde hacía trescientos años, y que Al Qaraiín es contemporáneo de San Ambrosio de Milán, y que la mezquita original de Mulay Idriss II fue construida sobre su tumba, en el siglo VIII.

Fez, de hecho, es la ciudad más antigua de Marruecos sin un pasado romano o fenicio, y ha conservado más huellas que ninguna otra de la época de su florecimiento arquitectónico; en cualquier caso, sería más cierto decir de ella, como de cualquier ciudad marroquí, que no tiene edad, ya que su forma aparentemente inmutable está desmoronándose todo el tiempo y todo el tiempo renovándose a partir de su antiguo trazado.

Al día siguiente, cuando salimos de viaje para visitar algunos de los palacios de Al Yedid, nuestras mulas, de monturas de color rosa, nos transportaron de repente fuera de los límites temporales. ¿Cómo se pueden asociar algo tan preciso y occidental como los años o los siglos con estas imágenes de precario esplendor vistas a través de cipreses y rosas? Los cadíes, envueltos en múltiples muselinas, nos recibían en entradas secretas y nos llevaban por diversos callejones y pasadizos hasta procurarnos el maravilloso y súbito encuentro con un jardín o una fuente; las negras, con sus pendientes brillantes, nos escudriñaban desde los balcones pintados; los peregrinos y los compradores dormitaban al sol apoyados contra los muros calientes; las salas desiertas con estucos de yeso y pechinas doradas en nichos

revestidos de azulejos; los candelabros venecianos y las camas de relumbrón estilo rococó; las terrazas sobre las cuales las palomas se arremolinaban formando una nube blanca mientras nosotros caminábamos por una alfombra hecha de sus plumas; ¿eran todas estas cosas los fantasmas de un pasado desaparecido, o el escenario de la vida de un rico mercader actual con «contactos y negocios» en Liverpool y Lyon, o de algún funcionario del gobierno que en ese mismo momento se dirigía a Meknes o Casablanca en su vehículo a noventa kilómetros por hora?



Fez Al Yedig (La ciudad alta).

Visitamos palacios antiguos y nuevos, habitados y abandonados, y sobre todos ellos se había ido depositando la fina pátina del olvido, semejante al moho plateado de una fruta demasiado madura. El exceso de madurez es, de hecho, lo que caracteriza a esta rica y estancada civilización. Las edificaciones, la gente, las costumbres, todo parece a punto de desmoronarse y caer por su propio peso: el presente es un pasado prolongado a perpetuidad. Tocar el pasado con las propias manos es algo que sólo se lleva a cabo en los sueños; y en Marruecos, la sensación de sueño lo envuelve a uno a cada paso. Uno teme continuamente que la «persona de Porlock»^[21] aparezca en cualquier momento.

Sin duda, está en camino, pero todavía no había llegado a Fez cuando salimos de viaje aquella mañana. Fez Al Yedig, «Fez la Nueva», de palacios y edificios gubernamentales, fue fundada en el siglo XIV por los príncipes meriníes, y probablemente se parezca mucho a lo que era entonces. Los palacios, con sus exuberantes jardines donde abundan los enrejados de color

verde pálido que separan los arriates de rosas de los senderos revestidos de azulejos azules y blancos, con sus fuentes de pilones estriados de mármol italiano, tenían todos el mismo somnoliento encanto, aunque los más antiguos fueron construidos hace no más de un siglo o dos, y otros durante los últimos cincuenta años. Y en Marrakech, más avanzado nuestro viaje, visitaríamos una suntuosa vivienda en la que algunos yeseros y ceramistas de Fez estaban haciendo una réplica, con una habilidad y una espontaneidad asombrosas, de la antigua ornamentación cuyas raíces se hunden en las culturas de Roma y Damasco.

Por lo que respecta a las viviendas, palacios y residencias de gente rica, en Marruecos hay sorprendentemente pocas que sean antiguas y privadas. Es difícil calcular la antigüedad de algunas de las casas sin ningún rasgo distintivo que se sostienen apoyándose una contra la otra en la vieja Fez o en la vieja Salé; pero la gente suficientemente adinerada como para reconstruir sus propiedades siempre lo ha hecho, y la pasión por la edificación parece aliarse, en este país incoherente, con la indiferencia supina que permite que las construcciones ya existentes se desmoronen hasta convertirse en polvo. «Polvo eres y en polvo te convertirás»; éste debería de haber sido el lema de los constructores de palacios marroquíes.

Fez cuenta con un antiguo edificio secular, una bella *fondak* del siglo XV; pero en Marruecos, como norma general, solamente las mezquitas y las tumbas de los santos se protegen y conservan —y sin demasiado interés— e incluso los sólidos edificios de piedra de los almohades han sido descuidados y están en un estado ruinoso, como en Chella y en Rabat. Esta indiferencia hacia el objeto terminado —que es como una especie de exageración colectiva de la indiferencia del artista hacia su obra cuando ya la ha concluido— ha tenido como resultado la desaparición total del mobiliario y de las obras de arte que deben haber llenado los hermosos edificios del periodo meriní. No han sobrevivido ni cerámicas ni bronces ni esmaltes ni tapices; no hay nada en Marruecos equivalente a los tejidos de Siria, ni a la alfarería de Persia ni a los marfiles y esmaltes bizantinos. Se ha dicho que el marroquí siempre es un nómada, que vive en su casa como si viviera en una tienda; pero esta explicación no resulta satisfactoria a nadie que conozca la pasión del marroquí moderno por los muebles europeos. Cuando uno lee la lista de tesoros que contenían los palacios de los sultanes medievales de Egipto, tiene la seguridad de que, si en Marruecos faltaban artistas, los príncipes y mercaderes que traían a través del desierto a los habilidosos artesanos que construían sus ciudades también deben haber importado tesoros para

adornarlas. Y sin embargo, por lo que se sabe, la famosa araña de luces de bronce de Tetuán, del siglo XIV, y los elegantes muebles rituales que, según se dice, contienen algunas mezquitas, son las únicas obras de arte que hay en Marruecos de fecha posterior al *sloughi* romano de Volubilis.

3. Fez Al Bali

Las distancias en Fez son tan grandes, y las calles tan estrechas, y en determinados barrios están tan atestadas de gente, que todo el mundo, salvo los santos o la gente de clase más humilde, va a lomos de mula.

Por la tarde, por consiguiente, las mulas rosadas aparecieron de nuevo, y nos pusimos en marcha hacia la larga calle, semejante a un túnel, que baja la colina y conduce hasta Fez Al Bali.

«¡Atención! ¡Cuidado con la cabeza!», nos gritaba nuestro guía a cada giro, mientras avanzábamos por un oscuro pasadizo que discurría bajo una casa que estaba sobre la calle, o una caravana de burros cargados con montones de cañas o de ramas de dátil impedía el paso a los viandantes, que tenían que pegarse a las paredes.

A ambos lados de la calle, las casas se cernían sobre nosotros como fortalezas, reclinadas sobre la estrecha franja azul; de todas ellas salían vigas y contrafuertes que se apoyaban en el edificio de enfrente. No había ventanas en los pisos bajos; solamente se veía, aquí y allá, alguna rendija protegida con barrotes de hierro y llena de trapos y de una roña inmemorial, de la cual de repente salía de un salto un gato flaco que se escabullía bajo un pasadizo abovedado, dando la sensación de que pertenecía a alguna bruja.



Fez: una calle con cubierta de caña.

Algunas de esas calles que bajaban estaban repletas de gente y otras desiertas como un cementerio; y era raro pasar de las multitudinarias, que llevaban a los bazares, al profundo y secreto silencio de los barrios de residencias para gente acomodada, donde sólo unas pocas mujeres, cubiertas con velos y atendidas por esclavos negros, se desplazaban sin hacer ruido sobre los limpios adoquines, y el sonido de las fuentes y los arroyuelos llegaba desde patios escondidos por encima de los muros de los jardines.

Este ruido del agua es tan característico de Fez como de Damasco. El río Fez atraviesa el centro de la ciudad; pasa por debajo de puentes, alimenta canales, se ha construido encima de él, y una y otra vez surge en tumultuosas caídas y en estanques ensombrecidos por el follaje. La arteria central de la

ciudad no es una calle sino una cascada, y se cuentan historias sobre los oscuros usos que, incluso hoy en día, hacen de las corrientes subterráneas algunos ciudadanos, detrás de los lisos muros y los fragantes jardines de esas calles tan respetables.

El pueblo, en las ciudades orientales, está formado por elementos muy variados. En Marruecos, los turcos, los judíos y los infieles, los bereberes de las montañas, los fanáticos de las confraternidades, los negros sudaneses y los demacrados hombres azules del Souss se mezclan con los mercaderes y los dirigentes del gobierno con esa democrática familiaridad que, en esta tierra de constantes contradicciones, camina de la mano del servilismo más abyecto. Pero Fez es, ante todo, la ciudad de la riqueza y la sabiduría, de las universidades y las contadurías, y los mercaderes y los *ulama*^[22] —los sedentarios y los lujuriosos— son quienes predominan.

El evasivo mercader de Fez, envuelto en muselinas blancas y sentado, muy seguro, sobre una gran montura de terciopelo sujeta en el lomo de una gran mula, es tan distinto del jinete árabe del desierto como el señor Tracy Tupman^[23] lo era de los mosqueteros de Dumas. La tranquilidad, la música, ganar dinero, los asuntos de su harén y la educación de los hijos son sus principales intereses, y con su rostro regordete y pálido, sus ojos de color avellana con largas pestañas, su barba rizada y sus gordezuelas manos femeninas, recuerda a los corpulentos potentados de las miniaturas hindúes, soñando entre huríes junto a estanques cubiertos de lotos.

Estos personajes, cuando salen de viaje, van precedidos por un lacayo de piel oscura que lleva la bordada brida cogida de la mano. Los dirigentes del gobierno y los dignatarios del *Makhzen*^[24] suelen ir escoltados por varios funcionarios de su ministerio, todos montados y con un sirviente que lleva de la brida a cada mula. El ruido de los caballos hace que la multitud se disperse, e incluso los burros con sus alforjas y los siempre estupefactos camellos se las apañan para convertirse en bidimensionales cuando la blanca procesión pasa a su lado.

Después, la muchedumbre se junta de nuevo de un modo tan rápido y denso que parece imposible que alguna vez se haya podido pasar a través de ella, y los aguadores negros, las mujeres cubiertas, los pordioseros con llagas purulentas, los «santos» enérgicos y grasientos, los hechiceros sudaneses con sus amuletos hechos de latas de sardinas y patas de conejo, jóvenes *chelha*^[25], de largas pestañas, vestidos con limpios caftanes bordados, judíos con túnicas blancas y solideos, estudiantes universitarios cargados con sus esteras para rezar, mujeres negras llenas de brazaletes y lentejuelas, niños escrofulosos

con ojos de gacela y el cráneo sarnoso y ciegos que bailotean con los brazos entrelazados aullando versos del Corán, todos aparecen juntos formando una multitud atraída por una succión irresistible hacia el punto donde los bazares convergen alrededor de las mezquitas de Mulay Idriss y Al Qarauíin.

Visto desde una terraza de la ciudad alta, el largo tejado de paja de Al Attarine, el bazar central de Fez, promete unas revelaciones fantásticas sobre la vida local; pero las masas de color parduzco que se desplazan por su penumbra que deja ver un diseño a cuadros, la falta de fachadas talladas en las tiendas y de cafés con alegres adornos y la ausencia de los cofres pintados y de las coloridas florituras de Túnez nos recuerdan que Marruecos es un país melancólico, y Fez una profundamente melancólica ciudad.

«Polvo y cenizas, polvo y cenizas», repiten las paredes grisáceas, los tejados de paja en descomposición de los *souks*, la larga y deplorable cantinela de los pordioseros ciegos que se sientan en fila bajo las patas de los camellos y asnos. No hay jóvenes que paseen por el bazar con brillantes caftanes, con rosas y jazmines detrás de las orejas, no hay mercachifles que ofrezcan limonada ni dulces ni buñuelos dorados, no hay vendedores de flores que nos persigan con apretados ramos de flores de azahar y pequeñas rosas rojas. Los más pudientes pasan sobre sus monturas, vestidos de blanco, y todos los demás, abrumados por el dolor, van de color tierra.

Pero gradualmente uno va cayendo en un encantamiento causado por otra cosa: la influencia del Atlas y del desierto. El África desconocida parece estar mucho más cerca de Marruecos que de las ciudades blancas de Túnez y de los sonrientes oasis del sur de Argelia. Uno siente la proximidad de Marrakech en Fez, y en Marrakech la de Tombuctú.

Fez es sombría, y los bazares apiñados en torno a sus santuarios más sagrados forman el más sombrío de sus barrios. Allí anochece temprano, y las lámparas de aceite titilan en los nichos de los mercaderes mientras la clara luz del día africano todavía cae sobre los jardines de la zona más alta de Fez. Este crepúsculo se suma al misterio de los *souks*, convirtiéndolos, a pesar de los ruidos profanos y de la muchedumbre y la suciedad, en una impactante aproximación a los lugares santos.

Hasta hace un año o dos, los recintos de Mulay Idriss y Al Qarauíin eran *horm*, es decir, que los no creyentes tenían restringido el paso. Unas pesadas vigas de madera marcaban el final de cada *souk*, clausurando los santuarios, de manera que los cristianos sólo podían hacer conjeturas sobre lo que había más allá de aquellos barrotes. Pero ahora, al menos en parte, ya lo sabe, debido a que, aunque las vigas no se han quitado, todos los visitantes pueden

pasar por debajo de ellas y llegar a las calles que rodean las mezquitas, e incluso detenerse por un instante delante de sus entradas abiertas. Más allá no se puede ir, ya que los santuarios marroquíes todavía están cerrados para los infieles, pero cualquiera que conozca Córdoba, o que haya estado bajo los arcos de la gran mezquita de Kairuán, puede imaginarse algunas de las bellezas ocultas de su homónima, la «Kairuán» de África occidental.

Una vez que pasamos por debajo de las barras, la riqueza de la vieja y mora Fez nos impacta con una belleza inesperada. Aquí se halla la graciosa fuente de azulejos de Nejjarin, brillando con los inalcanzables azules y verdes de sus mosaicos de cerámica. Cerca de ella, el patio de la Fondak Nejjarin, la más antigua y majestuosa de todas las posadas de Marruecos, con sus triples galerías de cedro esculpido que se elevan sobre arcadas de piedra. Un poco más allá, las luces y el incienso nos atraen hacia un umbral en que no conviene quedarse demasiado tiempo. Bajo un profundo pasadizo, entre unos puestos donde se venden alegres velas votivas, el brillo de unas lámparas colgantes cae sobre los dorados y los mosaicos, y sobre mujeres que, con el rostro cubierto con un velo, se postran ante una capilla invisible, ya que éste es el vestíbulo de la mezquita de Mulay Idriss, donde, determinados días de la semana, se admite que las mujeres vayan a rezar.

Mulay Idriss no se construyó sobre la tumba del profeta fatimita, el primero de la dinastía, cuyo huesos reposan en el Zerhoun, sobre la ciudad sagrada. La mezquita de Fez creció alrededor de la tumba de su hijo póstumo, Mulay Idriss II, que, bajando de las colinas, cayó sobre un campamento de bereberes junto a un afluente del Sebú, y ahí puso los cimientos de Fez y del Imperio de Marruecos.



Fez: Plaza Nejjarin con su fuente.

Se dice que queda muy poco del monumento original. La *zawiya*^[26] en que está datada del reinado de Mulay Ismail, el sultán de Meknes del siglo XVII, y la propia mezquita y el minarete verde que se eleva justo desde el centro de la vieja Fez, no fueron construidos hasta 1820. Pero una rica capa de tiempo ya se ha depositado sobre todas estas disparejas edificaciones, y los exageradamente maravillosos detalles de las capillas y las fuentes que hay en la parte externa de sus muros se combinan de un modo armónico con la ayuda del humo del incienso y de la grasa de los infinitos labios y manos que han acudido a venerarlos.

Los muros sin ningún rasgo distintivo de las casas humildes vuelven a juntarse tras doblar la siguiente esquina, pero unos pasos más adelante, otro

pasadizo nos revela una nueva escena secreta. Se trata, en esta ocasión, de un ángulo del celosamente protegido patio de las abluciones de la gran mezquita de Al Qarauín, con sus dos pabellones de techos verdes que tanto se parecen a los de la Alhambra.

Quienes hayan caminado alrededor de los muros exteriores de la mezquita de la otra Kairuán, y se acuerden de las sucesivas puertas que dan al patio delantero y a la propia mezquita, serán capaces de imaginarse el plano de la de Fez. El gran santuario almohade de Túnez carece por completo de edificios anejos, y se puede llegar a él con tanta facilidad como al de Córdoba, pero las zonas de acceso de Al Qarauín están tan urbanizadas que uno nunca sabe en qué recodo del laberinto va a poder volver a contemplar su patio lleno de fuentes, o echar un vistazo a las interminables columnatas de las que los árabes dicen: «Quien intente contar las columnas de Al Qarauín se volverá loco».

Los suelos de mármol, los pesados pilares cubiertos de cal, las figuras postradas en la penumbra, las filas de babuchas amarillas en el exterior, bajo la luz del sol; a partir de todas estas imágenes, debemos reconstruir una visión de los largos panoramas de arcos, de los azules y los dorados del *mirhab*^[27], del lustre de las arañas de luces hechas de bronce y de las incrustaciones de marfil que hay en el *minbar*^[28] de madera de ébano y sándalo, que data del siglo XII.

Ningún pie cristiano ha profanado El Qarauín hasta el momento, pero los estudiosos del arte marroquí han recopilado un montón de información sobre su diseño. Sus «incontables» columnas han sido contadas, y se sabe que, a la derecha del *mirhab*, unas puertas de cedro tallado conducen a una capilla mortuoria llamada «la mezquita de los muertos». En esta capilla, los viernes, también se organiza una subasta en la que se venden libros antiguos y manuscritos preciosos.

Esta peculiar variedad de usos nos recuerda el hecho de que Al Qarauín no es sólo una iglesia sino también una biblioteca: es la Universidad de Fez además de su catedral. Las hermosas medersas con que los meriníes adornaron la ciudad son simplemente las casas de alojamiento para los estudiantes; todas las clases se imparten en los patios y en las galerías colindantes con la mezquita.

Al Qarauín era originalmente un oratorio. Lo construyó, en el siglo IX, Fatmah, cuyo padre había emigrado de Kairuán a Fez. Más adelante fue ampliado, y su cúpula fue coronada con unos talismanes que protegen las edificaciones sagradas de las ratas, los escorpiones y las serpientes. Sin

embargo, a pesar de estas precauciones, no se logró exorcizar toda la vida animal de su interior. En el siglo XII, cuando se estaba construyendo la gran puerta Ech Chemaín, se descubrió un pozo debajo de sus cimientos. La boca del pozo estaba obstruida por una gigantesca tortuga, y cuando los obreros intentaron sacarla, ella les dijo: «Quemadme, pero no me saquéis de aquí». Respetaron su deseo y la emplearon como parte de los cimientos, y desde entonces, las mujeres que sufren dolores de espalda sólo tienen que ir a sentarse en el banco que hay sobre el pozo para curarse.

Se dice que la mezquita propiamente dicha o «sala de oraciones» está formada por un rectángulo o doble cubo de 90 por 45 metros; este vasto espacio se divide en partes iguales por medio de unas filas de arcos de herradura que se apoyan sobre unos pilares encalados, cuyas partes inferiores están envueltas en unas esteras de Salé de espléndidos diseños. Quince monumentales entradas conducen al interior de la mezquita. Sus puertas son de cedro; tienen pesados barrotes y están adornadas con hierro forjado, y una de ellas lleva el nombre del artesano que las construyó, y la fecha 531 de la hégira (primera mitad del siglo XII). La mezquita también contiene las dos salas de audiencias del cadí. Una de ellas tiene una graciosa fachada exterior con luces de a dos bajo arcos de herradura. En su interior están la biblioteca, cuyos 20 000 volúmenes, según se dice, han ido desapareciendo hasta quedarse en unos mil; la capilla donde los maestros del Corán recitan el texto sagrado cumpliendo con sus piadosas obligaciones; el «museo», en la parte superior del minarete, donde se supone que se ha preservado una notable colección de antiguos instrumentos astronómico; y la *mestonda*, o sala levantada por encima del patio, donde las mujeres acuden a rezar.

Pero lo más valioso de Al Qaraiín es el patio de abluciones de los meriníes. Esta maravilla inaccesible está junto a la medersa Attarine, uno de los edificios colegiados más antiguos y más hermosos de Fez. Gracias a la amabilidad del director de Bellas Artes, que estaba con nosotros, nos llevaron hasta el techo de la medersa y pudimos contemplar, desde lo alto, el interior del recinto.

Está tan celosamente protegido desde abajo que, en nuestra posición estratégica y secreta, teníamos la sensación de estar mirando algo prohibido. Espacioso y sereno, el gran claustro cubierto de azulejos se extendía por debajo de nosotros. El agua salpicaba desde el pilón de mármol de una fuente que había en el centro, con un sonido fresco al que otras fuentes menores respondían desde abajo de los tejados verdes y piramidales de los pabellones gemelos. Se acercaba la hora de la oración, y los adoradores se congregaban

para entrar, quitándose los zapatos y las chilabas, lavándose el rostro en las fuentes y los pies en la cisterna central, o estirándose a la sombra de las arcadas circundantes.

Éste, pues, era el famoso patio «tan fresco en medio de los grandes calores que sentado junto a tu hermoso chorro de agua, siento una felicidad absoluta», como le cantó el erudito doctor Abu Abdallah el Maghili. Es el patio en el que los estudiantes se reúnen, procedentes de las salas contiguas, tras haber memorizado los principios de la gramática en prosa y en verso, la «ciencia de la lectura del Corán», la invención, exposición y ornamentos del estilo, el derecho, la medicina, la teología, la metafísica y la astronomía, así como los números talismán y el arte de determinar, por medio del cálculo, la influencia de los ángeles, los espíritus y los cuerpos celestes, «los nombres del vencedor y del derrotado, y del objeto deseado y el de la persona que lo desea».

Ése es el currículum que ofrece la Universidad de Fez en el siglo XX. La repetición es la norma en la educación árabe, como lo es en la ornamentación árabe. Las enseñanzas de la universidad se basan por completo en el principio medieval de la mnemotécnica. Y como no hay exámenes, ni calificaciones ni límites a la duración de un determinado curso, y no se considera problemática la lentitud a la hora de aprender, no es nada sorprendente que muchos estudiantes, que comienzan a estudiar en su juventud, permanezcan junto a la fuente de Al Qarauín hasta que les salen canas. Un conocido *ulama* ha terminado sus estudios hace poco tras pasar veintisiete años en la universidad, y está orgulloso, con razón, de todo el tiempo que ha pasado allí. La vida es fácil para los alumnos, el camino de la sabiduría es largo y es exquisito el contraste entre las nauseabundas calles y los ruidosos bazares del exterior y este fresco paraíso educativo. No es de extrañar que los estudiantes de Al Qarauín digan, con la tortuga: «Quemadme, pero no me saquéis de aquí».

4. La mezquita de los andalusíes y el campo del alfarero

Fuera de los recintos sagrados de Mulay Idriss y Al Qarauín, al otro lado del río Fez, se encuentra la mezquita que los moros andalusíes construyeron cuando se instalaron en Fez en el siglo IX.

Está separada de los bazares, en un terreno más elevado, y aunque no es *horm*, nos resultó más difícil verla que a las mezquitas más famosas, ya que los cristianos que merodean por allí pasan menos inadvertidos. Los habitantes

de Fez todavía no están acostumbrados a ver infieles cerca de sus lugares sagrados. Sólo en el tumulto y la confusión de los *souks* puede uno instalarse al borde de los misterios más íntimos sin comenzar a ser el blanco de un montón de miradas hurañas. Mi única impresión de la mezquita de los andalusíes es la que me causó la magnífica puerta almohade; también me queda el recuerdo borroso pero delicioso de su interior, donde no hubo tiempo para reparar en los detalles.

Alejándonos de su prohibido e intimidante umbral, avanzamos a través de un barrio pobre que conduce a la gran puerta de Bab F'touh. Más allá de esta puerta comienza una pendiente polvorienta y rocosa que se extiende hasta las murallas externas: es uno de esos lúgubres desiertos de intramuros que circundan Fez de un modo desolador. Éste está lleno de lápidas, sin una cerca alrededor; como ocurre en la mayor parte de los cementerios marroquíes, simplemente brotan como ortigas, entre las piedras, del polvo llameante. Aquí y allá, entre las losas, aparecen el borde de un aljibe o una *koubba*^[29] destartalada. Una palmera solitaria se alza junto a uno de los santuarios. Y entre las apelmazadas tumbas, el sendero de las caravanas cruza desde la puerta exterior hacia la interior, y una constante procesión de camellos y burros empuja a los muertos y los hunde un poco más en la tierra polvorienta.

Este cementerio de Bab F'touh es también una especie de *fondak*. Las caravanas pobres acampan allí, al pie de las murallas, sobre un fango lleno de despojos y plumas de pollo y ramas de dátiles arrancadas, en torno a las cuales merodean unos perros hambrientos y sobre las que zumban gordas moscas azules. Los camelleros se sientan en cuclillas junto a las teteras de hierro que han puesto sobre montones de ascuas, los hechiceros del Sahara ofrecen sus amuletos a las negras, los vendedores ambulantes llevan de un lado a otro sus puestos de madera con unas grasicntas tartas que parecen estar hechas con la basura de las caravanas, y entre los muertos desconocidos y los santos que duermen circula la vida, sórdida e indiferente, de los miserables.

Una calle, junto a un muro, desciende desde Bab F'touh hasta una ladera más baja, donde los alfareros de Fez tienen sus hornos. Bajo una serie de terrazas cubiertas de hierba y llenas de olivos, vimos los hornos arcaicos y las ruedas empapadas con que se producen las vajillas de barro cocido que se venden en los *souks*. Se trata de una mercancía primitiva y casera, pero elegante en la forma, aunque su color es apagado y sus diseños son monótonos. Apilados en la tierra rojiza que hay bajo los olivos, las filas de jarras y tazas, en un estadio todavía sin vidriar ni pintar, muestran su ascendencia clásica con más claridad que después de haber sido decoradas.

Esta hondonada verde y silenciosa en la que algunos personajes con la cabeza cubierta por turbantes se desplazaban atentamente entre los hornos primitivos, tan cerca de las moscas y la basura del lugar que acabábamos de abandonar, despertó una antigua frase en nuestra memoria, y mientras nuestras mulas regresaban, tropezando con las tumbas de Bab F'touh, comprendimos el deprimente sentido de las palabras: «Lo llevaron fuera y lo enterraron en el campo del alfarero».^[30]

5. Medersas, bazares y un oasis

Fez, durante más de dos siglos, fue en un doble sentido la capital de Marruecos: su centro comercial además de cultural.

La cultura, de hecho, llegó al noroeste de África sobre todo gracias a los príncipes meriníes. Los almohades habían erigido magníficos monumentos desde Rabat a Marrakech, y habían fortificado Fez. Pero su «poderoso y despilfarrador imperio» se desmoronó como el de aquellos que lo habían precedido. La estabilidad tenía que llegar del oeste, y hasta que los árabes la heredaron de los moros, en Marruecos no surgió una dinastía suficientemente fuerte e ilustrada como para llevar a cabo el sueño de sus fundadores.

Independientemente del punto de vista que se adopte con respecto a la prioridad de las influencias orientales u occidentales en el arte de Marruecos —si procede de Siria, y después se llevó a España, o si se originó en España y más adelante se modificó gracias a la imaginación marroquí—, no hay ninguna duda de que lo mejor del arte y de la cultura de Fez son, al menos en parte, un reflejo de la civilización europea.

Algunos fugitivos salidos de España llegaron a la ciudad cuando Mulay Idriss acababa de fundarla, y se les destinó una parte de ella. El río dividía el Al Bali de los almohades en dos barrios, Al Qaraiín y el andalusí, que todavía conservan sus antiguos nombres. Pero el pleno florecimiento intelectual y artístico de Fez no llegaría hasta los siglos XIII y XIV. Parece como si las semillas de la nueva primavera del arte, tras cruzar el mar desde la Europa renacentista, hubieran al fin dado a las farragosas tribus del desierto la fuerza necesaria para crear su propia clase de belleza.

En Fez brotaron nueve medersas; seis de ellas fueron construidas por los príncipes que también estaban construyendo los exquisitos edificios colegiados de Salé, Rabat y la vieja Meknes, y los encantadores mezquita y

minarete de Chella. El poder de estos gobernantes también variaba constantemente; siempre estaban en guerra contra los sultanes de Tlemcen, contra los cristianos de España y contra los príncipes del norte de Argelia y Túnez. Pero durante el siglo XIV lograron establecer un gobierno firme sobre un territorio amplio, y ambas cosas fueron suficientes para posibilitar la gran explosión de arte y sabiduría que condujo a la creación de las medersas de Fez.

Hasta hace un año o dos, estos edificios colegiados eran tan inaccesibles como las mezquitas, pero ahora que el gobierno francés ha emprendido la labor de restaurarlos, los forasteros pueden realizar visitas guiadas organizadas por el ministerio de Bellas Artes.

Todas se construyeron según un mismo plano, el plano de Salé y Rabat, que (como ha señalado *Monsieur* Tranchant de Lunel)^[31] se convirtió, con ligeras modificaciones, en el de las casas particulares de las familias adineradas marroquíes. Pero por muy interesantes que sean su plano y la forma en que se ornamentan, su principal belleza reside en los detalles: la combinación del yeso cincelado con el delicado trabajo en los mosaicos de los nichos y los revestimientos; los arabescos con forma de red de las paredes superiores y la llamativa escultura, casi gótica, de los arquivoltas y las ménsulas de cedro que los sostienen. Y cuando se terminan de enumerar todos estos detalles, así como los desgastados paneles de cedro, las puertas de bronce con sus magníficos tiradores semejantes a escudos y los laberintos y rizados de los techos dorados, todavía queda una sensación general de desintegración seca, como si todo estuviera pereciendo debido a unas fiebres del desierto; eso, y la maravilla final de ver ante uno, en un marco como éste, la prolongación del mismo modo de vida que existía allí cuando se pusieron los azulejos y el oro de los techos era nuevo.

Y es que estas tambaleantes medersas, que ya están al cuidado de los restauradores, siguen habitadas. Mientras las escaleras se mantengan en pie y el balcón no se caiga de sus ménsulas, los estudiantes de la universidad no ven ningún motivo para abandonar estos alojamientos situados sobre la fresca fuente y la casa de oraciones. Los extraños hombres que dan órdenes incomprensibles para llevar a cabo unas reparaciones innecesarias no perturban sus meditaciones; y cuando los martillazos alcanzan un volumen demasiado alto, los *ulamas* no tienen más que atravesar el mercado de seda o el *souk* de los bordadores hasta llegar a la mezquita de Al Qarauín, y continuar tejiendo los patrones de sus sueños junto a la fuente de la felicidad absoluta.

Sobre los bazares de Fez, suele leerse que han sido el mercado central del país durante siglos. Aquí se encuentran no sólo las sedas y la cerámica, las obras de los orfebres judíos, las armas y las guarniciones bordadas que se producen en la misma ciudad, sino también tafilete de Marrakech, alfombras, tapices y esteras de Rabat y Salé, cestas de hilo de Mulay Idriss, dagas del Souss y todo tipo de mercancías europeas que se venden en los mercados locales. Al mirar, sobre el mapa de Fez, el espacio que ocupan los bazares, al entrar en contacto con los enjambres de gente que los atraviesan desde el amanecer hasta el crepúsculo, uno se queda perplejo y decepcionado. Son menos «orientales» de lo que uno se había esperado, si «oriental» significa colorido y alegre.

A veces, en ocasiones especiales, sí significa eso: como, por ejemplo, cuando pasa una procesión que trae los regalos para una boda judía. La multitud gris le abre paso a un grupo de músicos que llevan caftanes brillantes, y detrás de ellos viene una larga fila de mujeres con el rostro descubierto y el cuello enjoyado que transportan en equilibrio sobre la cabeza los platos que los invitados han enviado al banquete: cuscús, cremas y siropes dulces, «cuernos de gacela» de azúcar y almendra, todo en cestas delicadamente tejidas, cada una cubierta con varios pañuelos cuadrados de brillantes gasas y rematados en oro en los bordes. Entonces, uno se acuerda de la dama de «Los tres calendarios», y Fez vuelve a convertirse en la Bagdad de Al Raschid.



Fez: los bazares. Una vista del Souk El Attarine y la Quaisarya (mercado de la seda).

Pero cuando no hay ningún acontecimiento excepcional, ninguna procesión, ninguna ceremonia ni nada parecido que ilumine el submundo de los *souks*, su aspecto es de una uniforme melancolía. Los alegres bazares, las casas pintadas de colores alegres, las flores y los sonidos de las flautas de África del Norte se encuentran en los puertos mediterráneos, donde llega la influencia de Europa. Pero cuanto más se extiende hacia el oeste, África se vuelve más introvertida, más sombría, más libre de influencias; lúgubre y fanática da la espalda a los muros del Atlántico y del Atlas. El colorido y la risa se hallan, sobre todo, a lo largo de las rutas comerciales, por las que los pueblos del mundo van y vienen movidos por la curiosidad y la rivalidad. Esta multitud cenicienta que zumba oscuramente a través de los túneles en penumbra representa al verdadero Magreb, próximo a las tribus salvajes del interior y a los adustos fuertes feudales del Atlas. Para ver hasta qué punto llega esa proximidad basta con ir a Sefrú un día de mercado.

Sefrú es un puesto de avanzada militar situado en un oasis, al pie del Atlas, a unos sesenta kilómetros al sur de Fez. Para la mayor parte de la gente, la palabra «oasis» evoca palmeras y arena, pero aunque en Marruecos hay muchos oasis, no tienen arena pura y las palmeras son escasas. Recuerdo que cuando descubrí una desde mi alta ventana, en Bou-Jeloud, me pareció un acontecimiento notable.

El *bled* está compuesto por una gran variedad de cosas procedentes del océano de arena que es el Sahara. La luz realiza algunos trucos con él. Su monotonía es más agotadora que impresionante, y el hecho de que casi siempre se puede ver alguna forma de vegetación enana hace que la transición sea menos sorprendente cuando al fin se llega al verde aluvial. Siempre lo habíamos medio esperado, por lo que no surge como un genio de una lámpara maravillosa.

Pero esto tiene sus compensaciones. Los oasis marroquíes se diferencian entre sí mucho más que los del sur de Argelia o Túnez. Algunos no tienen palmeras, otros apenas unas cuantas, en otros abundan las palmeras, aunque ni siquiera en el sur (al menos a este lado del gran Atlas) hay oasis que desplieguen un techo denso y uniforme de hojas de color azul metálico como los oasis de dátiles que se encuentran en Biskra o en Tozeur. En cuanto a Sefrú, que Foucauld consideraba el oasis más hermoso de Marruecos, no es más que un valle extremadamente fértil con viñedos y huertos que se extienden sobre un precioso fondo de montañas. Pero el hecho de que esté justo al pie del Atlas lo convierte en un importante mercado y punto de encuentro de caravanas.

Aunque se encuentre tan cerca de Fez, está casi sobre la conflictiva frontera que separa las tribus leales y las «insumisas», las que son *Blad-Makhzen* (del gobierno del sultán) y las que están contra él. Hasta hace poco, por lo tanto, ha sido un lugar inaccesible para los visitantes, e incluso ahora un puesto francés, muy fortificado, domina la ciudad desde la altura. Mirando hacia abajo desde el fuerte se puede distinguir, a través de diversos tonos de verde, un suburbio de casas árabes con jardín, y más abajo, junto al río, la Sefrú propiamente dicha, una firme y pequeña ciudad amurallada con torres de ángulo que se levantan, desafiantes, hacia el Atlas. Justo al salir de estas murallas es donde se instala el mercado.

El día que estuvimos allí estaba atestado de gente de las montañas, y era extraño el contraste entre la multitud que vimos, que se hallaba en el interior de un círculo de caballos amarrados, y los *cockneys* de Rabat, con sus túnicas blancas, que llenaban el mercado de Salé. Aquí, por fin, estábamos en contacto con el Marruecos no árabe, con los bereberes del *bled* y de las montañas, cuyas mujeres no conocen el velo ni viven aisladas, y que, bajo una fina capa superficial de mahometanismo, conservan sus antiguos cultos a las piedras y a los animales y todas esas burdas creencias fetichistas de las que Mahoma pretendía liberar África.

Los hombres eran flacos y se los veía castigados por el clima. Algunos tenían los labios negroides, otros la nariz picuda y los pómulos descarnados; todos eran musculosos y de aspecto feroz. Algunos iban cubiertos con las capas negras que llevan los hombres azules del Sahara^[32], con un gran sol naranja bordado en la espalda; otros iban vestidos como los *fellah*^[33] de Egipto, envueltos en una rugosa prenda a rayas adornada con plumas brillantes y borlas de lana. Los hombres del Rif llevaban un mechón de pelo en una trenza que les caía sobre el hombro; los del Atlas lucían un pendiente en cada oreja y unas bufandas marrones de lana les tapaban las sienes, dejando su coronilla afeitada al descubierto.

Las mujeres, en cuclillas entre sus hijos y sus pollos y sus quesos, nos miraban con unos ojos brillantes, pintados con henna, y sonreían levantando los pequeños labios superiores maliciosamente. Tenían la cara muy fina y pintada con rayas y diseños de color índigo. Unas gargantillas de plata les cubrían la garganta, unos largos pendientes oscilaban bajo las pañoletas bordadas de lana que llevaban atadas alrededor de las sienes con una vuelta de pelo de camello, y bajo los vestidos sueltos de algodón que se ajustaban por los hombros con unos broches de plata, se veían las piernas desnudas hasta las

rodillas, o cubiertas con unas mallas de cuero para protegerse del espinoso *bled*.

Daba la sensación de que ellas eran más hábiles regateando que los hombres, y el juego de las expresiones de sus rostros dramáticos e intensamente femeninos mientras camelaban a un salvaje hombre de las montañas para que les bajara el precio de un ternero, o mientras regateaban por un puñado de dátiles que un judío de grasicntos tirabuzones intentaba llevarse para emplear en su destilería secreta, mostraba que eran conscientes de su superioridad y la disfrutaban.

Los judíos abundaban en el mercado y también en la ciudad. Sefrú tiene una gran colonia israelita, y después de vagabundear subiendo calles empinadas, cruzando por encima de cascadas sobre puentes españoles «de lomo de asno» y atravesando un *souk* con el tejado de paja que olía fuertemente a camellos y al desierto, el comisionado francés (el único europeo que había en Sefrú) nos sugirió que tal vez nos interesara visitar la *Mellah*.

Fue nuestra primera imagen de un típico barrio judío de África. La *Mellah* de Fez fue casi totalmente destruida durante las masacres de 1912 (entre las que, por cierto, hubo un pogromo), y su carácter distintivo, por suerte para sus habitantes, ha desaparecido en la reconstrucción. A los judíos de África del Norte todavía se los obliga a vivir en guetos, que se cierran con llave durante la noche, como sucedía en Francia y en Alemania durante la Edad Media; y hasta hace muy poco, los hombres tenían que respetar la prohibición de llevar armas, y se veían forzados a vestirse con gabardinas negras y pantuflas negras, a descalzarse cuando pasaban cerca de una mezquita o de la tumba de algún santo, y a manifestar su sometimiento a la raza gobernante de varias otras formas. En ningún lado viven en unas condiciones de promiscuidad tan desmoralizante como en algunas de las ciudades de Marruecos. Han sido objeto de una extorsión ilimitada por parte de los musulmanes durante tanto tiempo que incluso los judíos acomodados (que son numerosos) han sucumbido y han acabado adoptando las costumbres y el aspecto de los más pobres; y Sefrú, que ha empezado a estar controlada por los franceses en una fecha tan reciente, ofrecerá un interesante espécimen de *Mellah* hasta que las condiciones de salubridad impuestas por los extranjeros ilumine sus puntos más oscuros.

Y bien oscuros son. Después de vagabundear un rato por unas calles estrechas y malolientes, y de resbalar con los desperdicios de los *souks*, de repente pasamos por debajo de un arco en el que debería haber estado escrito

«abandonad toda luz», y que hizo que cuanto habíamos visto con anterioridad nos pareciera limpio y brillante y aireado.

El caritativo sol africano seca y purifica la inmemorial suciedad de África. Donde llega el sol, no existe el aire viciado producto de la humedad. Pero a la *Mellah* de Sefrú no llega nunca, ya que las calles forman una especie de madriguera subterránea bajo una sólida aglomeración de casas altas, una ciudad enterrada que se ilumina, incluso a mediodía, con las lámparas de aceite que cuelgan en las tiendas de los orfebres y bajo los pasadizos de las escaleras renegridas y hediondas.

Aquel día era una festividad judía. Los tenderetes hebreos de los *souks* estaban cerrados, y toda la población de la *Mellah* abarrotaba sus túneles vestida con trajes de fiesta. A nuestro lado pasaron, a toda prisa, unas mujeres jóvenes de rostros regordetes y pálidos y hermosos ojos, con la cabeza cubierta por turbantes de brillantes gasas, con paños de una sucia muselina de cortinas por encima de unos caftanes con brocados de relumbrón. Sus hijos, aun más pálidos, se apiñaban alrededor de ellas: niñas pequeñas con largos pendientes semejantes a muñecas de cera vestidas con retazos de lo que en otra época habrían sido las mejores galas de alguien, niños pequeños que llevaban caftanes hechos jirones, con ojos de larguísimas pestañas y sonrisas astutas. Y, caminando con torpeza por detrás de todos, sus poco flexibles abuelas, inmensos bultos de carne sebosa que, probablemente, todavía no habían cumplido los cuarenta años.

Con ellas iban los hombres de la familia, con gabardinas negras y solideos: mozuelos amarillentos, antepasados de edades incalculables, maridos con prominentes panzas y padres que iban chocándose con todo como globos negros; todos se apresuraban hacia los bajos pasadizos con las lámparas y las guirnaldas de papel tras las cuales se desplegaría el banquete.

Nos dicen que en las ciudades como Fez y Marrakech, los barrios hebreos esconden patios floridos y doradas habitaciones donde abundan los pesados muebles europeos que hacen las delicias de los judíos ricos. Tal vez incluso en la *Mellah* de Sefrú, entre los harapientos personajes que arrastran los pies a nuestro alrededor, hubiera unos pocos con bolsas de oro ocultas en las paredes de sus casas y ricos objetos escondidos en cofres de colores; pero no parecía haber lugar para los patios y las flores y la luz del día en la oscura *bolgia*^[34] en que viven. No es extraño que los bebés de los guetos marroquíes se alimenten con *brandy* de dáttil, ni que sus mayores se adormezcan hasta la muerte bajo sus consoladores efectos.

6. *La última visión*

Está bien despedirse de Fez por la noche, y si se puede elegir, en una noche con luz de luna.

Después, tras cenar en la posada árabe de Fez Al Yedid, donde quizá sea poco práctico alojarse, pero es muy agradable comer cuscús bajo el emparrado en un patio revestido de azulejos y con una fuente, habiendo concluido estos placeres, se puede uno poner en marcha a pie y perderse por las callejuelas en dirección a Fez Al Bali.

No hace mucho tiempo que las puertas que hay entre los diferentes barrios de la ciudad se cerraban todas las noches a las nueve en punto, y si un mercader iba a cenar a otra parte de la ciudad, tenía que pasar la noche en la casa de su anfitrión. Ahora esta costumbre ha desaparecido, y se puede pasear sin ningún problema por todos los barrios antiguos, que se han vuelto silenciosos como tumbas al interrumpirse, con la llegada de la noche, la intensa vida de los bazares.

No hay nadie en las calles. Vagabundeando de un fantasmal pasadizo a otro, los únicos pasos que se oyen son los del vigilante, que lleva un bastón y un farol. De repente, aparece, en la lejanía, una luz como la de una luciérnaga que volara bajo; a medida que se aproxima, descubrimos que procede de la lámpara de latón enrejado de la *Mellah*, que un sirviente lleva por delante de dos mercaderes que vuelven a casa desde Al Bali. Los mercaderes son hombres serios: se desplazan suave y lentamente, unas gruesas babuchas les cubren los pies y se detienen de vez en cuando charlando de un modo confidencial. Al final se paran ante el muro de una casa con una puerta baja de color azul protegida con unos pesados barrotes y con un picaporte de hierro. El sirviente levanta la lámpara y llama. Se produce una larga espera. Después, con una precaución infinita, la puerta se abre unos centímetros y otra luz levantada ilumina débilmente unas relucientes paredes cubiertas de azulejos, y la cara de una esclava que se tapa de prisa con un velo. Evidentemente, su amo es un hombre que goza de una buena posición económica, y la casa está bien protegida. Los dos mercaderes se tocan en el hombro derecho, uno de ellos entra y su amigo sigue camino bajo la luz de la luna, con el farol que lleva su sirviente bailando delante de él.

Pero aquí estamos en un espacio abierto, contemplando, hacia abajo, una de las pendientes que descienden hacia Al Attarine. Un resplandor neblinoso ilumina las casas altas, los muros de los jardines, los pasadizos; ni siquiera la luz de la luna blanquea Fez, sólo convierte su gris en un color plata falto de

lustre. Por encima de nuestras cabezas, en la ventana de una torre, titila una luz solitaria. Unas voces femeninas se elevan y caen sobre los tejados. En la puerta de la casa de un rico duermen unos esclavos, acurrucados sobre los azulejos. Un gallo cacarea en algún estercolero. Un perro esquelético merodea en busca de basura.

En todas partes se oye el agua, sea en forma de torrente ruidoso o de suave canto, y por encima de todos los muros llega el perfume de los jazmines y las rosas. A lo lejos, desde el purgatorio rojo y amurallado, suena el salvaje tum-tum de la bacanal de los negros; aquí todo es paz y fragancia. Un minarete se levanta entre los tejados como una palmera, y desde su balcón, una figura pequeña y blanca se inclina y deja caer una bendición sobre toda la belleza y toda la miseria.

IV

Marrakech

1. El camino hasta allí

Hay incontables relatos árabes de genios malignos que adoptan la forma de tormentas de arena y vientos ardientes para arrollar a los viajeros agotados.

A pesar de la nueva carretera francesa que une Rabat y Marrakech, la memoria de dichos relatos aparece insistentemente a cada paso en la tierra roja y plana, en los desolados y pétreos tramos del *bled*. Cuando la carretera permite contemplar las grandes olas del Atlántico, éstas aportan frescura y vida al paisaje; pero cuando se mete hacia el interior y se extiende a través del desierto, uno tiene una percepción de la inmensidad y la inmovilidad de África que le cae encima y le provoca una opresión insoportable.

La carretera no pasa por ningún pueblo, y en los inmensos tramos de tierra cultivable ni siquiera se ve un círculo de tiendas de nómadas a la distancia. A intervalos poco frecuentes, nuestro vehículo pasaba junto a una recua de mulas de carga, o junto a un grupo de campesinos que estaban al lado de un pozo, y en algunos momentos, muy lejos, se perfilaban contra el cielo las macizas torres de ángulo de una granja fortificada, o una *koubba* blanca flotaba, como si fuera un espejismo, por encima de la maleza; pero estos poco comunes signos de vida intensificaban la soledad de los largos kilómetros que había entre ellos.

A mediodía nos alivió la visión del pequeño oasis que rodea el puesto militar de Settat. Almorzamos allí con el funcionario superior, en una fresca casa árabe construida alrededor de un patio donde abundaban las flores; pero una vez concluyó ese breve intervalo, el abrasador llano comenzó de nuevo. Después de Settat, la carretera avanza durante kilómetros a través del yermo hasta el cañón del río Ouem; y al otro lado del río, sube hasta otra planicie cuya aridez calcinada es tan extrema que los espinosos matorrales del desierto que acabábamos de abandonar nos parecían semejantes a la vegetación de un

oasis. A lo largo de cincuenta kilómetros, la tierra bajo nuestras ruedas estuvo hecha de una especie de escoria roja y brillante cubierta por guijarros y piedras. Ni una sola de las escasas y resistentes plantas que crecían en las rocas tenía ni una hoja que saliera de su dorada superficie; ni un solo pozo ni una sola oscura oquedad en las rocas señalaba la presencia de un hilo de agua. Todo lo que había a nuestro alrededor relucía con la misma despiadada sequedad.

Muy a lo lejos se iba acercando el perfil de los Jebilets, las montañas encantadas que protegen Marrakech por el norte. Cuando al fin llegamos a ellas, el perverso refulgir de sus flancos de color púrpura nos pareció un levantamiento volcánico en la planicie. Desde hacía cierto tiempo habíamos estado viendo las nubes que se congregaban encima de ellas, y cuando llegamos a la cima del desfiladero, la lluvia caía hacia el sur y tronaba con violencia. Después, las nubes se alejaron, y vimos a nuestros pies otra planicie roja con un islote de palmeras en el centro. Misteriosamente, desde el centro de las palmeras, se levantaba una torre, como si estuviera sola en medio del desierto; detrás de ella se hallaban las colinas del Atlas, golpeadas por el sol, y sus cumbres nevadas aparecían y desaparecían tras la tormenta.

A medida que nos íbamos acercando, la montaña se fue convirtiendo gradualmente en tierra roja con unas fisuras amarillas. Algunos puñados dispersos de palmeras enjutas y despeinadas se elevaban en torno a unos pozos donde la gente daba de beber a sus camellos y sus burros. Hacia el este, dominando el oasis, las colinas del Ghilis, con sus picos gemelos, montaban guardia sobre el invisible Marrakech; pero todavía, por encima de las palmeras, lo único que veíamos era aquella torre solitaria y triunfante.

Entonces cruzamos el río Tensif por encima de un viejo puente construido por ingenieros marroquíes. Al otro lado del río encontramos más palmeras, y después huertos de olivos, y después el impreciso esbozo del nuevo asentamiento europeo, con unas pocas tiendas y algunos cafés en avenidas que terminaban abruptamente en unos fosos de arcilla, y al fin Marrakech apareció ante nosotros, en la forma de una muralla roja que cruzaba un desierto rojo.

Atravesamos una puerta y nos topamos con otras murallas. Después nos adentramos en el extrarradio, un montón de calles rojas y polvorientas con unas casuchas de adobe a los lados dentro de las que algunas figuras totalmente cubiertas se escabullían como si fueran fantasmas. Luego, más murallas, más puertas, más calles que serpenteaban de una manera interminable, otra vez más puertas, más giros, un polvoriento espacio abierto

lleno de burros y camellos y negros; una muralla final, con una gran puerta bajo un arco majestuoso, y de repente nos hallábamos en el palacio de Bahía, entre flores y sombras y cascadas de agua.

2. El palacio de Bahía

Quien quiera comprender Marrakech, debe empezar por subir, a la puesta de sol, al tejado del palacio de Bahía. A sus pies se despliega la ciudad-oasis del sur, plana y vasta como el enorme campamento nómada que, en realidad, es. Sus techos bajos se extienden en todas las direcciones hacia un cinturón de palmeras azules tras las que se halla el desierto. Solamente dos o tres minaretes y unas pocas casas de nobles, entre jardines, rompen la monotonía de lo plano, pero apenas llaman la atención, de modo que la mirada es atraída de una forma irresistible por dos objetos dominantes: la pared blanca del Atlas y la torre roja de la Kutubia.

Cuadrada, de un grosor constante, la gran torre se alza con sus flancos de piedra rojiza. Sus grandes trozos de pared no ornamentada, sus tres niveles de aberturas agrupadas, que resplandecen al elevarse desde las luces rectangulares y adustas del primer piso hasta la graciosa arcada que hay debajo del parapeto, tienen la severa armonía de la arquitectura más noble. La Kutubia sería una obra magnífica estuviera donde estuviera; y en esta planicie desértica, es tan espléndida que puede medirse con el Atlas.

Los conquistadores almohades que construyeron la Kutubia y embellecieron Marrakech albergaban unos sueños de belleza que se extendían desde el Guadalquivir hasta el Sahara, y a sus dos extremos, situaron dos torres de vigilancia. La Giralda vigilaba a sus enemigos civilizados, en una tierra donde los antiguos romanos ya habían traído su cultura; la Kutubia estaba en el fin del mundo, enfrentándose a las hordas del desierto.

Los príncipes almorávides que fundaron Marrakech venían del desierto negro de Senegal; ellos mismos eran jefes de hordas salvajes. En la historia de África del Norte, el mismo ciclo se repite una y otra vez. Generación tras generación, los jefes llegan desde el desierto o las montañas, derrocan a sus predecesores, masacran, saquean, se enriquecen, construyen palacios de un día para otro y fomentan que sus sometidos hagan lo mismo; después, éstos caen sobre aquéllos y se hacen con sus riquezas y palacios. Habitualmente es alguna clase de furia religiosa, alguna ira ascética contra la autoindulgencia

de las ciudades, lo que motiva estos ataques; pero los resultados son de manera invariable como los de las invasiones bárbaras de los germanos que bajaron a Italia. Los conquistadores, contagiados de lujuria y enloquecidos por el poder, construyen palacios aun más grandes y planifican ciudades aun más espléndidas; pero los sultanes y los visires acampan en sus casas de oro como si estuvieran en ruta, y las chozas de barro de los miembros de sus tribus, en el interior de sus muros, son prácticamente como las tiendas de barro del *bled*.



Marrakech: el «Pequeño Jardín» (con puertas pintadas) en el fondo el Palacio de Bahía.

Esto ha sido especialmente el caso de Marrakech, que es una ciudad de bereberes y negros y el último puesto de avanzada contra el salvaje mundo

negro que hay al otro lado del Atlas, de donde procedían sus fundadores. Al contemplar su ubicación y tener en cuenta su historia, sólo podemos maravillarnos por el alto nivel de civilización que se ha logrado.

El palacio de Bahía, que ahora es el palacio del general residente, aunque fue construido hace menos de cien años, es un ejemplo típico de la megalomanía arquitectónica de los grandes jefes del sur. Lo construyó Ba-Ahmed, el todopoderoso visir negro del sultán Mulay al-Hassan^[35]. Ba-Ahmed era, evidentemente, artista y arqueólogo. Su ambición consistía en recrear un Palacio de la Belleza como el que los moros habían construido durante el apogeo de Arabart, y llevó a Marrakech a una serie de habilidosos artesanos procedentes de Fez, los últimos supervivientes entre los maestros del misterio del yeso cincelado, de los mosaicos de cerámica y de los laberínticos dorados de la madera de cedro. Éstos llegaron y construyeron el palacio de Bahía, que se mantiene como el más encantador y fantástico de todos los palacios de Marruecos.

Un patio dentro de otro patio, un jardín detrás de otro jardín, salas de recepción, aposentos privados, cuartos para los esclavos, soleadas habitaciones para los profetas en los tejados y baños en criptas abovedadas: el laberinto de pasadizos y estancias se extiende a lo largo de muchas hectáreas. Un largo patio al que circunda un enrejado de color verde pálido, donde las palomas se limpian las plumas alrededor de una gran cisterna y los azulejos empapados brillan con los reflejos de la luz del sol, conduce hasta la fresca penumbra de un jardín de cipreses, o permite pasar por debajo de unos túneles de jazmín bordeados por agua corriente; y éstos, a su vez, llegan a unas estancias con soportales llenos de azulejos y estucos donde, en un lánguido crepúsculo, las horas pasan con lentitud al ritmo de la incesante música de las fuentes.

La belleza de los palacios marroquíes proviene de unos detalles ornamentales y de unos refinamientos deliciosamente sensuales que son demasiado abundantes como para enumerarlos; pero, para hacerse una idea de su carácter, vale la pena cruzar el patio de los Cipreses del palacio de Bahía y seguir por una serie de pasadizos muy bajos que giran sobre sí mismos hasta alcanzar el centro del laberinto. Una vez ahí hay que pasar junto a una puerta, conocida como la «Puerta de la Tesorería del Visir», que está cerrada por su parte de abajo con un candado; esta puerta nos lleva a la cripta, y desde allí llegamos a un portal pintado que se abre a un santuario aun más secreto: los aposentos de la favorita del gran visir.



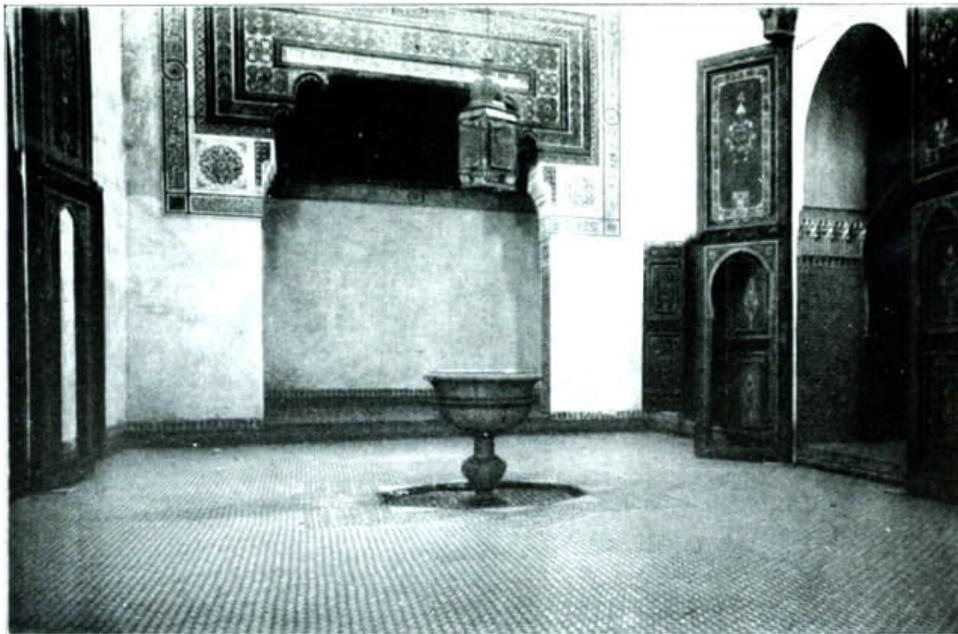
Marrakech: el Gran Palacio de Bahía.

Esta encantadora prisión, aislada de todas las imágenes y de todos los sonidos del mundo exterior, está construida alrededor de un atrio enlosado con discos de color turquesa y negro y blanco. El agua corre, formando hilillos, desde una *vasca* central de alabastro hasta un canal de mosaicos hexagonales que hay en el pavimento. Los muros, que miden por lo menos siete metros y medio de alto, están techados con unas vigas pintadas que descansan sobre paneles de estuco con tracería en los que se halla un triforio de cristal enjovado. A cada lado del atrio hay unas largas habitaciones empotradas que se cierran con unas puertas de color bermellón pintadas con arabescos dorados y jarrones llenos de flores primaverales. Y en el interior de estas umbrías habitaciones interiores, donde abundan las alfombras y los divanes y los almohadones blandos, no llega ninguna luz salvo cuando sus puertas se abren al atrio. En este lugar fabuloso tuve la suerte de estar alojada durante mi estancia en Marrakech.

En un clima en que, después de derretirse las nieves invernales en el Atlas, cada sopro de aire, durante largos meses, es una llamarada de fuego, estas habitaciones interiores que hay en el centro de los palacios son los únicos lugares donde se puede hallar refugio del calor. Incluso en octubre, la temperatura del apartamento de la favorita era deliciosamente revitalizadora después de pasar la mañana en los bazares o en las calles polvorientas, y nunca regresé a sus azulejos y a su permanente penumbra sin tener la sensación de que me sumergía en una piscina de agua salada.

Desde muy lejos, a través de los tortuosos pasillos, llegaba el aroma de los limoneros en flor y los jazmines, y a veces lo acompañaban el canto de un ave antes del amanecer o el lamento de una flauta antes de la puesta de sol, y siempre se oía la llamada nocturna del muecín; pero la luz del sol no llegaba a los aposentos salvo algún rayo remoto que entraba a través del triforio, y tampoco el aire, excepto el que pudiera penetrar por uno o dos cristales rotos.

A veces, tumbada sobre mi diván y mirando hacia fuera a través de las puertas bermellón, sorprendía a un par de golondrinas que se dejaban caer de su nido, en las vigas de madera de cedro, para arreglarse las plumas con el pico al borde de la fuente o en los canales del pavimento; y es que el techo estaba lleno de pájaros que entraban y salían a través de los cristales rotos del triforio. Solían ser las únicas que venían a visitarme, pero una mañana, justo al amanecer, me despertó el ruido de unos pasos descalzos, y entonces vi, perfilada contra las paredes de color crema, una procesión de ocho altos negros, vestidos con unas túnicas de lino, que desfilaban silenciosamente por el atrio semejantes a un friso de bronce en movimiento. En aquel fantástico marco, y en el silencio de la aurora, esa visión se parecía tanto a una imagen de una «Tragedia del Seraglio»^[36], a un fragmento de Delacroix o de Decamps emergiendo en mi mente adormilada, que casi me imaginé que había visto a los fantasmas de los ejecutores de Ba-Ahmed volviendo, daga y cuerda del arco en mano, a la escena de un crimen no vengado.



Marrakech: apartamento de la favorita del Gran Visir, Palacio de Bahía.

Una pandilla de machos que se esfumaban... y cuando cometí el error de preguntar qué habían estado haciendo en mi habitación a esa hora, me explicaron (como si fuera lo más natural del mundo) que eran los faroleros municipales de Marrakech y que su trabajo era rellenar, cada mañana, las doscientas lámparas de acetileno que hay en el palacio del general residente. Esta clase de cuestiones imprevisibles, en esta ciudad misteriosa, hace que hasta las tareas domésticas más ordinarias parezcan extrañas.

3. Los bazares

Al salir del círculo encantado del palacio de Bahía, es asombroso sumergirse en la vida local que encontramos alrededor de sus puertas.

Marrakech es el gran mercado del sur, y el sur no significa solamente el Atlas con sus jefes feudales y sus clanes salvajes, sino cuanto hay más allá, con sus altas temperaturas y su violencia: el Sahara de los tuaregs con sus velos, Dakka, Tombuctú, Senegal y Sudán. Aquí llegan las caravanas de camellos desde Demnat y Tameslouht, desde el Muluya y el Souss, así como las que vienen de los puertos del Atlántico y de los confines de Argelia. La población de esta antigua ciudad de la zona fronteriza del sur siempre ha sido más variada que la de las ciudades del norte de Marruecos. La forman los descendientes de todos los pueblos conquistados por un largo linaje de sultanes que traían sus cortejos de cautivos a través del mar, desde la España moruna, y a través del Sahara, desde Tombuctú. Incluso en la muy cultivada zona de las laderas más bajas del Atlas, hay grupos con un origen étnico muy diferente, que descienden de tribus que han sido arrancadas de sus regiones natales por gobernantes desaparecidos hace mucho tiempo y que todavía conservan muchas de sus características originales.

En los bazares, todos estos pueblos se encuentran y se mezclan: vendedores de ganado, cultivadores de olivos, pastores del Atlas, del Souss y del Draa, hombres azules del Sahara, negros de Senegal y de Sudán, que acuden a comerciar con los mercaderes de lana, los curtidores, los vendedores de cuero, los tejedores de seda, los armeros y los fabricantes de utensilios para las labores agrícolas.

Oscuros, feroces y fanáticos: así son estos estrechos *souks* de Marrakech. No son más que calles de barro con techos de juncos, como los del sur de Túnez y los de Tombuctú, y la muchedumbre que pulula por ellos es tan

densa que apenas es posible, a determinadas horas, acercarse a las minúsculas casetas donde los comerciantes están sentados como ídolos entre sus mercancías. En ocasiones sentimos que hay algo más que la idea de regatear —siendo ésta tan cara al espíritu africano— animando a estas multitudes que no cesan de moverse. Los *souks* de Marrakech parecen, más que los de ningún otro lugar, el principal órgano de la vida local, una vida que se extiende mucho más allá de las murallas de la ciudad, hasta secretas hendiduras en las montañas y distantes oasis donde se urden conspiraciones y se fomentan guerras santas; y más lejos aún, hasta desiertos amarillos de donde se trae a los negros, en secreto, atravesando el Atlas, para llevarlos a los más recónditos escondrijos del bazar, donde el antiguo tráfico de carne y sangre todavía continúa de manera subrepticia.

Todos estos hilos de la vida local, entrelazados con codicia y lujuria, con fetichismo y miedo y odio ciego hacia el extraño, forman, en los *souks*, una espesa red con la que uno a veces cree que va a tropezar literalmente. Los fanáticos vestidos con pieles de cordero mirando con el ceño fruncido desde los umbrales protegidos de las mezquitas, los feroces miembros de las tribus con armas llenas de incrustaciones en el cinturón y mechones de un pelo que parece alambre saliéndoseles de debajo de sus turbantes de pelo de camello, los negros locos, totalmente desnudos, de pie en los nichos de los muros y lanzando conjuros sudaneses sobre la muchedumbre fascinada, los judíos tísicos con los grandes ojos y los labios sonrientes rebosantes de patetismo y de astucia, las lujuriosas esclavas con botes de aceite hechos de barro apoyados en las bamboleantes caderas, niños con los ojos almendrados que guían a gordos mercaderes de la mano y mujeres bereberes con las piernas desnudas, tatuadas e insolentemente alegres, intercambiando sus mantas a rayas, sus bolsas de rosas y lirios secos, por azúcar, té o prendas de algodón de Manchester; de toda esta multitud de gente desconocida e incognoscible, que están unidos por afinidades secretas o intrigan unos contra otros con un odio sordo, emanaba una atmósfera de misterio y amenaza más opresiva que el olor de los camellos y las especias y los cuerpos de los negros y las frituras humeantes que se ciernen como una niebla bajo el techo cerrado de los *souks*.

Y de repente cambiamos la muchedumbre y el aire turbio por uno de esos rincones silenciosos que son como los depósitos de agua estancada de los bazares: una pequeña plaza en que una parra se extiende sobre la fachada de una tienda y deja ver unos maduros racimos de uvas a través de las cañas. Entre los dibujos que trazan las sombras de las uvas, un burro muy viejo, amarrado a un poste de piedra, dormita con la montura siempre puesta; y

cerca de él, en un huequito donde ha colocado su esterilla, está sentado un hombre muy viejo vestido de blanco. Se trata del jefe del Gremio de Trabajadores del Tafiote de Marrakech, que agrupa a los artesanos más habilidosos de Marruecos en la preparación y el trabajo con las pieles que dan nombre a la ciudad.^[37] Con estos tafiotes lacios y brillantes, de un color blanco cremoso o teñidos con cochinilla o con piel de pomelo, se hacen las lujosas bolsas de los chicos bailadores del Shleuh, las pantuflas bordadas de los harenes y los cinturones y las correas que tanto protagonismo tienen en el comercio marroquí; y con los mejores de ellos, en la antigüedad, se hacían las cubiertas de color rojo pomelo para los libros de los bibliófilos europeos.

Desde este tranquilo rincón se pasa al bárbaro esplendor de un *souk* donde cuelgan innumerables madejas de hilo de seda que parecen tener plumas, de color amarillo limón, carmesí, verde saltamontes y violeta puro. Ésta es la zona de los hilanderos de seda, y a continuación se halla la de los tintoreros, con sus grandes cubas hirvientes en las que se sumerge la seda sin tratar y sus cuerdas, tendidas sobre nuestras cabezas, donde las prendas forman un arco iris cuando se cuelgan a secar.

Un nuevo giro nos conduce hasta la calle de los trabajadores del metal y los armeros, donde la luz del sol que atraviesa los tejados de paja refulge sobre los flancos redondeados del cobre martilleado o da relieve a los tachones de plata de los ornamentados frascos para guardar la pólvora y a las pistolas. Y muy cerca está el *souk* de los fabricantes de rejas de arado, lleno de labriegos vestidos con sus ásperas capas del Shleuh que acuden a que les reparen sus viejos arados, y el de los herreros, en una calle exterior llena de cabañas de adobe donde los negros están sentados en cuclillas sobre el polvo y unas vigorosas figuras desnudas, con la ropa hecha jirones, se inclinan sobre unas brasas de carbón. Y aquí es donde termina el laberinto de los bazares.

4. El Agdal

Uno de los sultanes almohades, que durante sus cien años de imperio sembraron magníficas construcciones desde Sevilla hasta el Atlas, sintió que era necesario aportar algo de frescura a su capital del sur y diseñó los olivares del Agdal.

Hacia el sur de Marrakech, el Agdal se extiende muchas hectáreas entre las murallas exteriores de la ciudad y el comienzo del oasis de palmeras,

formando un cinturón continuo de follaje plateado atravesado por unos profundos caminos rojizos y que rodea a un amplio palacio de verano y a dos inmensos embalses cuyas paredes son de mampostería. La visión de esas serenas ondas de agua, en las que se refleja la quietud de los olivos y las palmeras, es una de las impresiones más poéticas que ofrece esta ciudad de recurrente poesía.

Al borde de uno de los embalses, un sultán sentimental construyó, durante el siglo pasado, una pequeña casa de placer llamada la Menara, que está compuesta por unas pocas habitaciones y tiene una galería de dos plantas que mira, por encima del agua, hacia el bosquecillo de palmeras. La rodea un jardín de cipreses y naranjos. La Menara, abandonada hace ya tiempo, suele estar deshabitada, pero el día que pasamos por el Agdal vimos, junto a la puerta, a un grupo de sirvientes muy bien vestidos que sujetaban unas mulas con monturas bordadas.

El funcionario francés que nos acompañaba le preguntó al porteador qué pasaba, y éste le contestó que el jefe del Gremio de Mercaderes de Lana había alquilado el pabellón durante una semana e invitado a algunos amigos a visitarlo. En aquel momento, añadió el porteador, estaban tomando el té en las arcadas que daban al lago, y el anfitrión, informado de nuestra presencia, nos rogaba que les hiciéramos a él y a sus amigos el honor de visitar el pabellón.

Respondiendo a esta amable invitación, cruzamos un salón vacío, con divanes junto a las paredes, y salimos a la galería, donde estaban sentados el mercader de lana y sus invitados. Evidentemente, eran gente importante: unos hombres grandes y corpulentos envueltos en frescas muselinas y reclinados, uno junto a otro, sobre divanes y almohadones cubiertos de muselinas. Unos esclavos negros habían colocado, ante ellos, unas bandejas de latón con teteras llenas de té a la menta, unos vasos con bases afiligranadas y unos platos de cuernos de gacela y confites de ciruela. Estaban sentados tomando tranquilamente estos refrescos y contemplando con grandes ojos serenos la superficie inmóvil del agua y los árboles que se reflejaban en ella.

Así, nos contaron, pasarían probablemente la mayor parte de sus vacaciones. Los cocineros del mercader habían tomado posesión de las cocinas y, hacia la puesta de sol, se serviría un suntuoso ágape de varios platos en el salón, en unas bandejas tapadas, y los invitados se agacharían a su alrededor, sobre unas alfombras de Rabat, partiendo con los dedos las tiernas alitas de pollo y las pequeñas alcachofas al aceite, hundiendo sus manos gordas y blancas hasta la muñeca en enormes montículos de azafrán y arroz y limpiándose los restos de cada plato en el lavamanos de latón, lleno de agua

perfumada, que una joven esclava negra con aros en las orejas y un pañuelo verde y oro sobre las caderas llevaba de un lado a otro.

Después llegarían desde Marrakech las cantantes, unas jóvenes rechonchas de rostros redondeados muy pintadas con *Vienna* y enjoyadas, acompañadas por unos músicos de aspecto adusto vestidos con brillantes caftanes. Durante horas, cantarían baladas sentimentales u obscenas con el persistente y enloquecedor acompañamiento de un violín, una flauta y un tambor. Mientras tanto, lo más probable es que un *brandy* abrasador o un champán dulce circulara entre los humeantes vasos de té a la menta que los esclavos estarían rellenando constantemente; o tal vez el aire sofocante, la pesada comida, el aroma del jardín y la vertiginosa repetición de la música fuera suficiente para hacer que estos personajes ilustres y sedentarios cayeran en el delicioso coma en que terminan todas las tardes festivas en Marruecos.

Pasarían el día siguiente del mismo modo, excepto que probablemente en lugar de las chicas cantantes vendrían unos chicos del Shleuh vestidos con limpios caftanes y mirando de soslayo, y entrelazarían los arabescos de sus bailes en vez de los misteriosos patrones del canto. Pero el resultado sería siempre el mismo: un prolongado estado de obeso éxtasis que culminaría en el desplome de esos enormes montones de muselina que roncan sobre los divanes que había contra la pared. Al final de la semana, el mercader de lana y sus amigos retornarían, subidos dignamente sobre sus monturas, al bazar.

5. *Sobre los tejados*

—¿Les gustaría ver bailar a los chicos del Shleuh? —preguntó alguien.

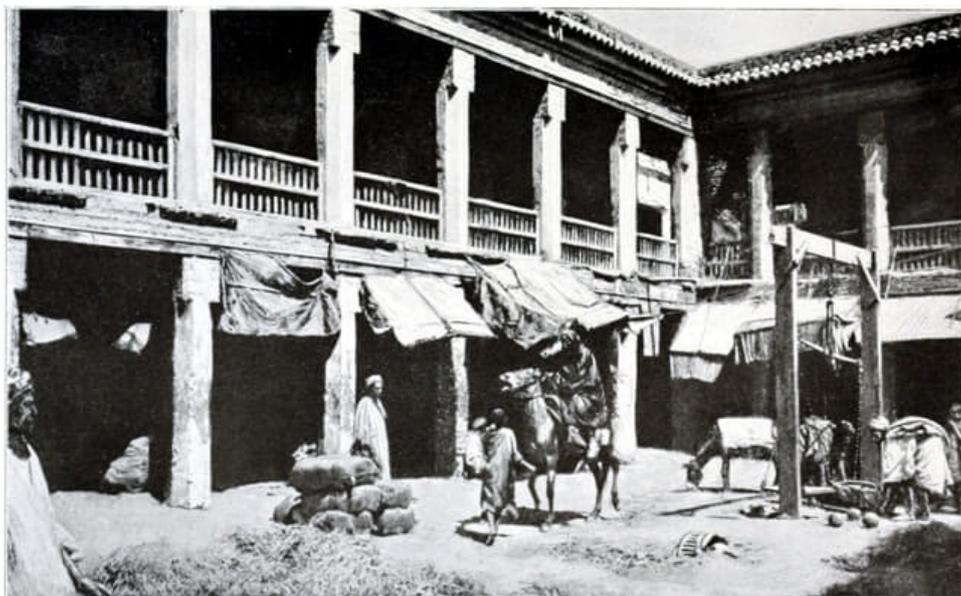
—Están ahí —añadió otro de nuestros acompañantes, señalando hacia un denso corro de espectadores que había en uno de los lados de la inmensa y polvorienta plaza, a la entrada de los *souks*, y que se llama la «plaza de los muertos» en memoria de las ejecuciones que solían tener lugar debajo de una de sus adustas puertas rojas.

Ahora es la plaza de los vivos, el centro de toda la vida, de todo el entretenimiento y de todos los chismorreos de Marrakech, y los espectadores se apiñan tanto alrededor de los narradores de historias, los encantadores de serpientes y los bailarines que la frecuentan que la única forma de saber qué está pasando dentro de cada círculo es escuchar el lastimero monólogo o el persistente pulso de un tambor que surge de él.

Ah, sí, desde luego que nos gustaría ver bailar a los chicos del Shleuh, ya que desde que estamos en Marruecos no hemos visto nada de danza, no hemos escuchado nada de canto, no hemos atisbado ni una pizca de alegría. Pero ¿cómo haremos para poder verlos?

A uno de los lados de la «plaza de los muertos» hay una gran casa, de construcción europea, pero modelada siguiendo esquemas orientales: se trata de la oficina del administrador municipal francés. El gobierno francés ya no permite que se construyan sus oficinas intramuros en las ciudades marroquíes, y esta casa se remonta al épico tiempo del caíd sir Harry Maclean, a quien se la regaló el fabuloso Abd el Aziz cuando el caíd era su compañía favorita además de su consejero en cuestiones militares.

Siguiendo las sugerencias de los funcionarios municipales, subimos las escaleras y pudimos ver la plaza atestada a nuestros pies. No puede haber una visión más oriental a este lado del Atlas y del Sahara. La plaza está rodeada por unas casitas de adobe bajas, *fondaks*, cafés y otros establecimientos similares. En una esquina, cerca de la arcada que conduce al interior de los *souks*, está el mercado de las frutas, donde las ramas rojizas y doradas de dátiles verdes^[38] que se emplean a fin de hacer forraje para los animales se apilan en grandes montones, y docenas de burros vienen y van con las alforjas cargadas de frutas y verduras que se colocan en el suelo formando espléndidas pirámides: berenjenas violeta, melones, pepinos, calabazas de un naranja brillante, cebollas de color malva y rosa y morado, pomelos de un carmesí oxidado y uvas doradas de Sefrú y Salé, todo mezclado con haces frescos y verdes de menta y de ajeno.



Marrakech: un fondak.

En medio de la plaza se sientan, con sus turbantes en la cabeza, quienes escuchan a los narradores de historias. Más allá se encuentran unos grupos más pequeños que se concentran alrededor de los encantadores de serpientes con sus salvajes tirabuzones, sus gestos epilépticos y sus conjuros, que pronuncian entre dientes, y detrás de estos, en el círculo más denso de todos, apenas podíamos discernir las cabezas rapadas y los brazos en movimiento de los chicos bailarines con sus sobrepellices. Bajo una galería cercana se hallaba un personaje importante, de muselina blanca, montado en una mula blanca y rodeado por los miembros de su séquito, de rostro muy inexpresivo, siguiendo los movimientos de los bailarines con los ojos entrecerrados.

De repente, mientras estábamos observando la extraordinaria animación de la escena, una luz rojiza brilló en lo alto. Entonces, uno de nuestros acompañantes exclamó: «Ah, una tormenta de polvo».

En ese mismo momento se situó sobre nosotros: una nube roja que cruzaba la plaza a gran velocidad, surgida de la nada, haciendo girar las ramas de dátiles sobre la cabeza de todos los que estaban sentados, derribando los montones de frutas y verduras, arrancando los toldos de lona que cubrían los puestos de los vendedores de limonada y que había delante de las puertas de los cafés, haciendo que los burros cegados se apiñaran al pie de las paredes de la *fondak* y desnudando hasta las caderas a las niñas negras esclavas que regresaban de los *souks* a sus casas.

Una ráfaga como aquella habría hecho inmediatamente que cualquier multitud de occidentales se dispersara, pero «el paciente oriente» permaneció imperturbable, se encogió de hombros ante la tormenta y continuó siguiendo atentamente los movimientos de los bailarines y las peripecias de los narradores. Mas al poco rato el vendaval empezó a azotar con demasiada furia y molestaban tanto a los espectadores las tiendas que se caían, los remolinos que formaban las ramas de dátiles y las mulas que iniciaban la desbandada que la plaza comenzó a vaciarse, con la excepción del público que había alrededor del más popular de los narradores, que continuó sentado, sin moverse. Y entonces, en el punto álgido de la tormenta, también ellos se dispersaron cuando una cabalgata cruzó la plaza a toda prisa. En primer lugar iba un hombre con hermosos ropajes que llevaba ante él, sobre su silla de montar cubierta, a un niño pequeño vestido con un caftán naranja con bordados de oro, frente al cual sujetaba un libro abierto. Los seguía una serie de hombres de blanco montados en mulas que tenían puestos unos arneses muy llamativos, y detrás unos músicos que llevaban brillantes vestidos. Se trataba sólo de una procesión de la circuncisión que iba de camino hacia la

mezquita, pero el jinete con el magnífico vestido cubierto de polvo que tenía firmemente aferrado contra su pecho al perplejo niño parecía un príncipe oriental que intentara escapar con su hijo de los abrazos violentos de las malignas vírgenes encantadas del desierto.

Tan rápidamente como se había levantado, la tormenta amainó, dejando el mercado de las frutas en ruinas bajo un cielo tan claro e inocente como la mirada de un niño. Los chicos del Shleuh habían desaparecido con los demás, como marionetas que un niño impaciente guarda en un cajón, pero enseguida, a la puesta de sol, nos dijeron que los veríamos por fin. Después, nuestros anfitriones nos condujeron al tejado de la casa del caíd.

La ciudad yacía ante nosotros, extendiéndose como una inmensa terraza rodeada de palmeras. El cielo estaba de un color azul puro, rayando en el verde turquesa donde el Atlas flotaba por encima de la niebla, y frente a las nieves celestiales se levantaba, roja, la Kutubia en el crepúsculo.

La gente estaba empezando a salir a los tejados: era la hora de la paz, de las abluciones, de la vida familiar encima de las casas. Grupos de mujeres, ataviadas con tonos pálidos y con velos flotantes, hablaban de terraza a terraza, por encima del parloteo de los niños y de los gritos guturales de las negras vestidas con colores chillones. Y al poco tiempo, sobre el tejado que había al lado del nuestro aparecieron los esbeltos chicos bailarines con sus caftanes blancos y los pies teñidos con henna.

Los tres músicos de tez morena que los acompañaban cruzaron las piernas enjutas sobre los azulejos e iniciaron sus pulsaciones y sus latidos y entonces, sobre una estrecha franja de la terraza, los jóvenes comenzaron con sus acompasados pasos.

Era un baile grave y estático, como el que David tal vez haya interpretado delante del Arca; libre de todo alborozo, de toda locura, como correspondía a una danza en esa tierra sombría, y con una magia que procedía de su circunspección. Incluso cuando el pulso se aceleraba, enfatizado por la música, los gestos seguían siendo contenidos, hieráticos; sólo cuando, uno por uno, los bailarines se apartaban del corro y se arrodillaban ante nosotros para recibir la peseta que es costumbre colocarles sobre la frente, uno se daba cuenta, debido al sudor que hacía que la moneda se quedara adherida, de lo rápidos y violentos que habían sido sus movimientos.

La actuación, como todas las cosas orientales, como la vida, los diseños, las historias, parecía no tener principio ni final: se limitaba a continuar de una forma monótona e infatigable hasta que el destino la interrumpió cuando nos llamaron para ir a cenar. Y de ese modo bajamos a las calles polvorientas

refrescados por aquella visión de unos jóvenes blancos que bailaban encima de las casas perfilados contra el oro de una puesta de sol que los hacía parecer —a pesar de las pulseras que llevaban en los tobillos y de lo pintados que tenían los ojos— casi tan cándidos y felices como el círculo de ángeles que hay sobre el tejado de la Natividad de Fra Angelico.

6. *Las tumbas saadíes*

Uno de los últimos días de nuestra estancia en Marrakech, nos dijeron, de un modo casi misterioso, que íbamos a recibir un permiso para visitar las tumbas de los sultanes saadíes.

Aunque Marrakech ha estado controlada por los franceses desde 1912, las autoridades ignoraron la existencia de estas tumbas hasta 1917. Entonces, el gobierno del sultán informó discretamente al general residente de que había un tesoro insospechado del arte marroquí en un estado ruinoso, y tras ciertas dudas se acordó que al general Lyautey y al director de Bellas Artes se les permitiera entrar en la mezquita donde estaban las tumbas, con la condición expresa de que el gobierno francés se encargara de su reparación. Cuando estábamos en Rabat, el general Lyautey nos había descrito su visita, y a petición suya el sultán nos había autorizado a ver la mezquita, donde hasta entonces no había sido admitido ningún viajero.

De una forma muy ceremoniosa, y tras los habituales *pourparlers* con el gran pachá que controla los asuntos locales de Marrakech, se fijó una hora para nuestra visita y, en nuestro vehículo, atravesamos largas calles llenas de cabañas de adobe hasta que entramos en un barrio perdido, cerca de las murallas. Finalmente, llegamos a una plaza desierta; en uno de sus lados está la mezquita Mansura, larga y baja, con su minarete verde-turquesa adornado con tracerías de terracota esculpida. Enfrente de la mezquita hay una puerta en un muro que se halla a punto de desmoronarse, y junto a esta puerta era donde el cadí del pachá se iba a reunir con nosotros con las llaves del mausoleo. Pero lo esperamos en vano. Las maniobras dilatorias orientales, o un secreto rechazo final a admitir a infieles en un lugar sagrado, hicieron que el cadí se olvidara de su cita, por lo que nos fuimos de allí muy decepcionados.

El retraso nos llevó a preguntarnos por aquellos misteriosos sultanes saadíes que, aunque habían aparecido tan tarde en los anales de Marruecos,

habían dejado al menos un monumento del que se decía que era comparable con los de la tradición meriní. Y vale la pena contar la historia de los saadíes.

Procedían de Arabia y llegaron al Draa (la fructífera región que hay al sur del Gran Atlas) a comienzos del siglo XV, cuando el Imperio meriní ya estaba al borde de la desintegración. Como todos los invasores anteriores, predicaron la doctrina de un islamismo puro a los politeístas e indiferentes bereberes, y fueron escuchados porque denunciaron los males de un imperio dividido, y también debido a que todo Marruecos estaba sublevado contra las colonias cristianas de España y Portugal, que habían cercado la costa, desde Ceuta hasta Agadir, con una serie de contadurías fortificadas. El objetivo de *bouter dehors*^[39] al infiel que acudía a enriquecerse encontró adeptos desde el Rif hasta el Sahara, y los jerifes^[40] saadíes consiguieron rápidamente el apoyo de todos. El islam, aunque nunca haya supuesto un credo para los bereberes, les proporcionó un grito de guerra que es tan potente en la actualidad como la primera vez que sonó en Berbería.

La historia de los saadíes es un resumen de la de todos sus predecesores. Derrocaron a los meriníes, amantes del arte y del lujo, y se volvieron amantes del arte y del lujo. Su principal sultán, Abu el Abbas, apodado *el Dorado*, después de derrotar a los meriníes y terminar con el gobierno de los cristianos en Marruecos con la aplastante victoria de Al Ksar (1578), consideró que le tocaba a él enriquecerse y embellecer su capital, y con este objetivo en vista dirigió su atención a los reinos negros del sur.

Senegal y Sudán, que habían sido mahometanos desde el siglo XI, lograron, en el siglo XVI, un alto nivel de riqueza comercial y de civilización artística. El sultanato de Tombuctú parece que en realidad fue un próspero imperio, y si Tombuctú no era como la imagen —que remite a Claudio— de los palacios cartagineses que se deriva de los relatos de los viajeros más imaginativos, aparentemente tenía algo de la magnificencia de Fez y de Marrakech.

El ejército saadí, después de una marcha de cuatro meses y medio a través del Sahara, conquistó toda la zona negra del sur. Senegal, Sudán y Bornu se rindieron a Abu el Abbas, el sultán de Tombuctú fue destronado y el célebre jurista negro Ahmed-Baba fue hecho prisionero y transportado a Marrakech, donde parece que su principal motivo de pesar fue la pérdida de su biblioteca de 1600 volúmenes, aunque declaró que, de todos los miembros de su numerosa familia, él era quien tenía la menor cantidad de libros.

Además de a este erudito bibliófilo, el sultán Abu el Abbas se llevó consigo un inmenso botín, consistente sobre todo en lingotes de oro; de ahí

surgió su apelativo de el Dorado. Como resultado de esta expedición, Marrakech se embelleció con mezquitas y palacios, para las que el sultán hizo traer mármol de Carrara, pagándolo con azúcar procedente de las plantaciones de caña que los saadíes cultivaban en el Souss.

A pesar de conocer unos comienzos tan brillantes, el gobierno de esta dinastía fue corto y no tuvo demasiado interés para la posteridad. Basado en un antagonismo fanático con respecto al extranjero, y alimentado por el odio, siempre vivo, de los moros hacia los españoles que los habían conquistado, hizo que las murallas chinas del exclusivismo, que los almohades y los meriníes, más ilustrados, habían intentado derribar, se levantaran aún más. De ahí en adelante, cada vez menos luz solar y aire fresco entrarían en los *souks* de Marruecos.

El día que siguió a nuestro intento fallido de ver las tumbas de estos efímeros gobernantes, recibimos otro mensaje que nos proponía otra hora para realizar la visita, y en esta ocasión, el representante del pachá estaba esperándonos junto al arco de entrada. Lo seguimos, bajo las miradas abiertamente desconfiadas de los árabes que pasaban el rato en la plaza, y tras avanzar por un sinuoso callejón que bordeaba los muros, salimos a un espacio inmundo, lleno de ortigas, contra las murallas. A intervalos de unos noventa metros, unas espléndidas torres cuadradas se elevaban desde los muros, y enfrente de una de ellas había un grupo de edificios, con aspecto de estar a punto de desmoronarse, disimulados detrás de otras ruinas.

Primero nos condujeron a una estrecha mezquita o capilla de oraciones, como las de las medersas, con un techo de cedro, trabajado con paneles hundidos, que se apoyaba sobre cuatro columnas de mármol, y paredes de tracería con unos diseños de una belleza poco habitual. De esta capilla pasamos a la sala donde estaban las tumbas, un espacio de unos ciento veinte metros cuadrados. Catorce columnas de mármol de colores sostienen un techo abovedado de cedro dorado, con un deambulatorio exterior bajo una bóveda con forma de túnel cuyo techo también era de cedro. Las paredes son, como de costumbre, de estuco tallado por encima de unos revestimientos de mosaicos de cerámica, y entre las columnas están los cenotafios de mármol blanco de los sultanes saadíes, cubiertos de inscripciones arábicas hechas en el más delicado bajorrelieve. Más allá de este mausoleo central, y equilibrando la capilla de oraciones, hay otra cámara larga y estrecha, cuyo techo también es dorado, y que contiene algunas tumbas.

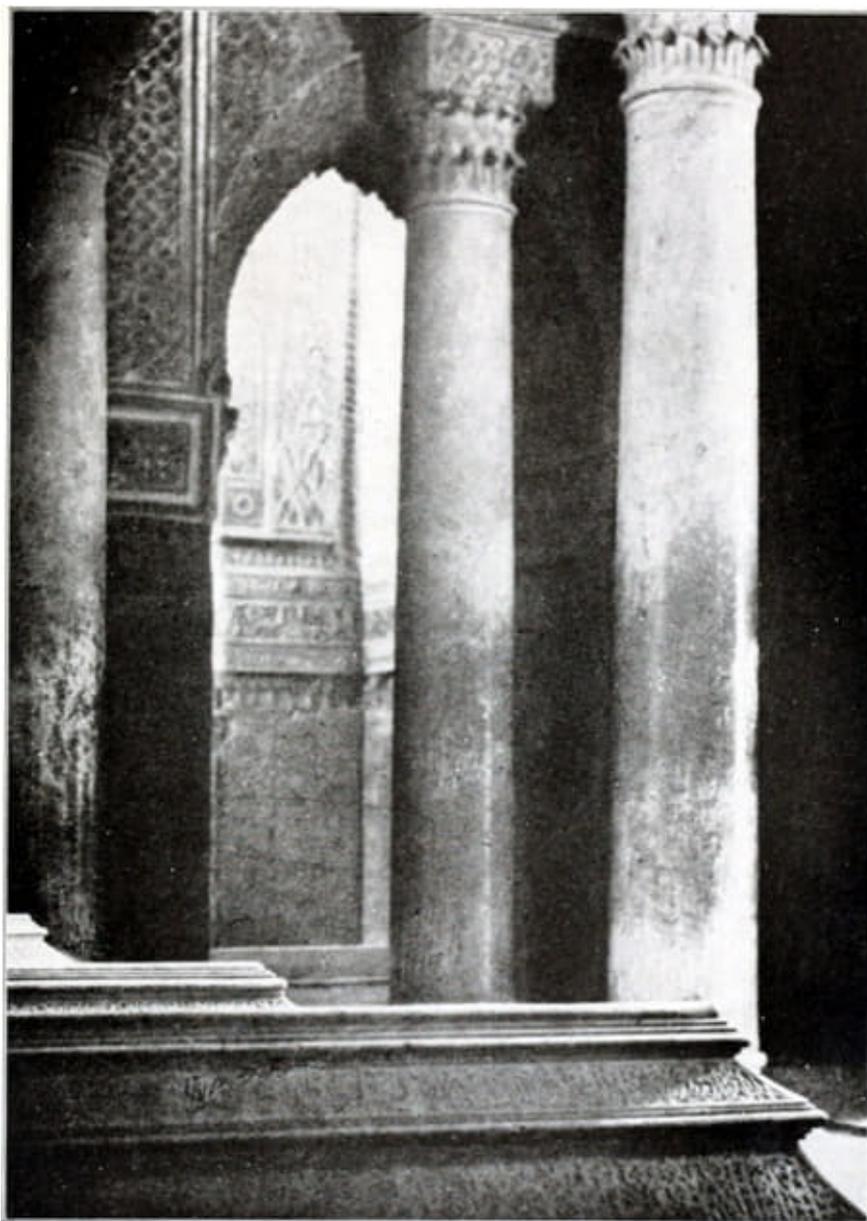
Al describir la arquitectura de Marruecos, es difícil evitar dar una sensación de monotonía. El plano de planta de las mezquitas y las medersas

siempre es prácticamente el mismo, y son los mismos elementos, escasos en número y repetidos de un modo interminable, los que constituyen los materiales y la forma de los adornos. El efecto sobre la mirada no es monótono, ya que se trata de un trabajo paciente que ha variado infinitamente las combinaciones de los diseños y las yuxtaposiciones de los colores. Por otra parte, la profundidad del trabajo en el estuco y el tratamiento de las puertas de bronce y las ménsulas de cedro tallado varían necesariamente según el periodo en que se hayan hecho.

Pero en el mausoleo saadí se ha introducido un nuevo elemento que hace que este pequeño monumento se distinga de todos los demás. Las columnas de mármol que sostienen el techo parecen ser únicas en la arquitectura marroquí, y forman parte de una nueva forma de entender la construcción de los tejados que sitúa a este edificio en la tradición de Venecia o de Bizancio, pasando por Kairuán y Córdoba.

La tardía fecha de la edificación de este monumento hace descartar cualquier idea de una tradición artística directa. La explicación más probable parece ser que el arquitecto del mausoleo conocía la arquitectura renacentista europea, y consideró que la belleza procedía de emplear los mármoles preciosos no solamente como adorno sino, igual que se hacía en la antigua Roma y en la Italia del Renacimiento, como un elemento estructural. Los paneles y las pilas de las fuentes son ornamentales, y los ornamentos no cambian nada esencial en la arquitectura; pero cuando, por ejemplo, se sustituyen unos pilares cuadrados y pesados por columnas independientes, el resultado es un estilo nuevo.

No es sólo lo novedoso de su plano lo que hace que el mausoleo saadí sea un monumento singular entre todos los de Marruecos. Los detalles ornamentales presentan el más complejo refinamiento: parece como si la elegancia del último arte meriní se hubiera concentrado, antes de expirar, en esta extraña flor. Y la forma en que la luz del sol cae sobre las relucientes columnas, las profundidades del oro antiguo, el polvoriento marfil de las paredes y el blanco puro de los cenotafios, tan clásicos en su falta de ornamentación y en la simplicidad de su diseño, esta sutil armonía de las formas y los colores le proporcionan a la oscura y opulenta capilla un aire de irrealidad onírica.



Marrakech — Mausoleo de los Sultanes saadianos (siglo XVI) que muestra las tumbas.

¿Y cómo no iba a parecer un sueño? ¿Quién puede haber concebido, en un salvaje campamento en mitad del Sahara, la serenidad y el equilibrio de este lugar oculto? ¿Y cómo puede haber sobrevivido esta frágil preciosidad, conservando, detrás de una pantalla de muros en ruinas, de ortigas y despojos y animales muertos, cada una de las curvas de sus tracerías y cada una de las pequeñas células de sus complejos diseños?

Esta clase de preguntas nos enfrenta inevitablemente con el enigma principal de la misteriosa civilización de África del Norte: el flujo perpetuo y la imperturbable estabilidad, las costumbres bárbaras y los sensuales refinamientos, la falta de originalidad artística y el don para combinar

motivos prestados, la paciente y exquisita factura del trabajo y el inmediato rechazo y la subsiguiente degradación del objeto que se acaba de construir.

Veneran a los muertos y acampan sobre sus tumbas, levantan monumentos deliciosos sólo para abandonarlos y profanarlos, veneran la erudición y la sabiduría y viven en la ignorancia y la ordinariez. Estas razas de gran talento, que siempre están luchando por alcanzar un nivel cultural más alto del que constantemente los baja una nueva ola de barbarie, todavía son sólo un pueblo en gestación.

Tal vez la estabilidad política que Francia les está ayudando a alcanzar por fin dé a sus más elevadas características el tiempo que necesitan para cristalizar; y cuando vemos el mausoleo de Marrakech y las medersas de Fez, sentimos que, aunque el experimento solamente se realizara en el terreno artístico, valdría la pena.

V

Harenes y ceremonias

1. La muchedumbre de la calle

Para los viajeros occidentales, la impresión más vívida producida por un primer contacto con Oriente Próximo es la sorpresa que se siente al encontrarse en una tierra donde el elemento humano aumenta el placer visual en lugar de disminuirlo.

Después de todo, la íntima armonía entre la naturaleza y la arquitectura y el cuerpo humano que se revela en el arte griego no se trata de un ideal imposible del artista sino de una interpretación sincera de la realidad: había, y todavía hay, escenas privilegiadas en que la caída de los ropajes de un verdulero o de la capa de un lechero o de los harapos de un mendigo son parte de la composición, una parte que se relaciona perfectamente con ella en sus líneas y colores, y en la que los gestos naturales y espontáneos del cuerpo humano se corresponden de un modo armónico, por muy monótona que sea la actividad en que esté involucrado. Este descubrimiento, para el viajero que regresa de Oriente, hace que las escenas más románticas de Europa occidental queden desposeídas de la mitad de su encanto: en la Piazza de San Marco, en el mercado de Siena, donde al menos las togas de los procuradores y las vestimentas alegres y ajustadas de los mozalbetes de Pinturicchio justificaban la presencia humana en sus obras, no se puede ver, al principio, nada más que el ultraje infligido a la belleza por los abundantes modelos que se pavonean en el mundo moderno.

Las muchedumbres, en Marruecos, son siempre una fiesta para la vista. El instinto para vestirse con habilidad y el sentido del color (atenuado por la costumbre, pero que brota en visiones fugaces y sutiles bajo los habituales tonos cenicientos) hacen del más modesto grupo de mozos de cuadra y aguadores una delicia visual en constante renovación. Pero es sólo en algunas ocasiones especiales y en las ceremonias cortesanas a las que tan pocos

extranjeros han tenido acceso cuando se revela la suntuosidad oculta de la vida local. Incluso entonces, el término *suntuosidad* puede parecer mal escogido, ya que la naturaleza nómada de la vida africana perdura a pesar de los palacios y los chambelanes y todos los elaborados rituales del *Makhzen*, y los ritos más pomposos terminan con frecuencia en polvorientas galopadas de los salvajes miembros de las tribus, y las procesiones más principescas se van mermando hasta convertirse en una fila de golfillos medio desnudos montando a pelo sobre unos burros.

Como en todos los países orientales, los contactos entre el príncipe y el mendigo, entre el visir y el siervo, son desconcertantemente abiertos y familiares, y hay que ver a los más altos dirigentes de la corte besando el dobladillo de la túnica del sultán, y escuchar historias reales de mercaderes que se regalan esclavos tras una tarde de alegre camaradería, para recordar que no hay ninguna sociedad con una apariencia tan democrática como aquella en que toda la estructura depende de los caprichos de un solo hombre.

2. Aid al-Kebir

En la veranda de la residencia de Rabat me quedé mirando entre los postes engalanados con campanillas de color azul genciana, cuando los primeros resplandores del día caían sobre los cipreses negros y las flores de tabaco blancas, y vi los dispersos tejados de la ciudad nueva y la planicie que se extendía hasta el palacio del sultán, que se levantaba frente al mar.

La noche anterior, a última hora, nos habían dicho que el sultán permitiría que Madame Lyautey y las tres damas que la acompañaban presenciaran el gran rito religioso del Aid al-Kebir (el sacrificio del cordero). Este honor no tenía precedentes, y probablemente no se había concedido hasta el último momento, ya que, como norma, no se admiten mujeres en esta clase de ceremonia. Era una oportunidad que no había que perderse, y yo había pasado toda aquella noche corta y sofocante despierta en la cama, preguntándome si estaría preparada suficientemente pronto. Y ahora los coches estaban arrancando y partíamos, con los funcionarios franceses, para encontrarnos con la esposa del gobernador.

El palacio del sultán, un gran edificio moderno con un diseño típicamente árabe, está en medio de un erial sin árboles ni jardines, rodeado por unos altos muros y dominando el Atlántico azul. Cruzamos las puertas en nuestros

vehículos, donde formaba filas la Guardia Negra del sultán, y salimos a la *msalla*^[41], una especie de zona común contigua a todas las residencias del sultán, en que se suelen llevar a cabo las ceremonias públicas. El sol ya estaba cayendo con fuerza sobre la gran planicie atestada de jinetes montados en sus caballos; la población de Rabat iba a lomo de mula o a pie. En un espacio que se abría en el centro de la multitud, una empalizada de lona pintada con unos vigorosos patrones negros rodeaba las tiendas del sultán. La Guardia Negra, vestida con túnicas de color escarlata y turbantes blancos y verdes, formaba filas en uno de los bordes del espacio abierto, manteniendo a los espectadores a cierta distancia; pero nosotros, conducidos por nuestros acompañantes, penetramos hasta el final de la muchedumbre.

La empalizada estaba abierta por uno de los lados, y en su interior pudimos ver, moviéndose entre los dirigentes de niveas vestimentas, a un grupo de hombres con unas togas rectas y estrechas de color gris almendra, flor de melocotón, lila y rosa. Se trataba de los músicos del sultán, cuyos llamativos ropajes siempre florecen notoriamente entre el blanco que visten todos los demás miembros del séquito.

En la tienda que se hallaba más cerca de la abertura, contra un fondo de tapices bordados, unos ancianos ataviados con majestuosos turbantes estaban plácidamente sentados en cuclillas, formando un círculo, sobre unas alfombras de Rabat. De repente, el círculo se rompió, comenzó un agitado ir y venir y alguien dijo: «El sultán ha ido a la tienda que hay al final del recinto para matar al cordero».

Una sensación de inminente solemnidad recorrió la multitud. El rumor misterioso que es la voz del bazar se elevó por encima de nosotros como el viento en un oasis de palmeras. La Guardia Negra disparó una salva desde una loma vecina. La nube de polvo rojo que levantaban los caballos, que no dejaban de dar vueltas sobre sí mismos, se hizo más espesa y después desapareció y un jinete vestido con una túnica blanca salió a toda velocidad de la tienda del sacrificio con algo rojo y empapado sobre la parte delantera de su montura, y se fue galopando en dirección a Rabat entre los gritos del gentío. Un pequeño escalofrío recorrió al grupo de espectadores occidentales, que sabían que esa cosa roja y empapada era un cordero que había sido degollado con tanta habilidad que, si los augurios eran favorables, se mantendría vivo durante el largo camino hasta Rabat y no cesaría de jadear de manera agonizante hasta que estuviera sobre los azulejos de la mezquita.

El sacrificio del cordero, uno de los cuatro grandes ritos musulmanes, es la ofrenda propiciatoria anual que hace cada mahometano cabeza de familia, y

como tal, por el sultán. No se basa en un mandamiento del Corán sino en la sunna, o textos de las «costumbres» y usos del Profeta, que constituye un precedente de autoridad en los rituales musulmanes. Hasta ese punto llega la exégesis musulmana. En realidad, por supuesto, el sacrificio de sangre musulmán procede, a través de los rituales semíticos, desde mucho más atrás y más lejos; y la creencia de que la prosperidad del sultán para el año siguiente depende de cuánto se prolongue la agonía del animal permite relacionar la ceremonia con la magia negra, que está profundamente enraizada en las misteriosas tribus que pueblan África del Norte desde mucho tiempo antes de que las primeras proas fenicias se aproximaran a sus costas.

Entre la Guardia Negra y las tiendas, unos vigorosos mozos de cuadra vestidos con níveos ropajes llevaban a cinco o seis caballos de un lado para otro. Eran unos animales hermosos, como suelen ser los caballos marroquíes, y cada uno tenía un color diferente; y sobre el zaino había una montura roja bordada de oro, sobre el picazo, una montura de color melocotón y plata, sobre el castaño, una verde hierba con incrustaciones de aljófár, sobre la yegua blanca, unas cajas violeta, y terciopelo naranja sobre la gris. La banda del sultán había empezado a tocar los tambores y a pulsar las cuerdas estridentemente, las salvas de la Guardia Negra continuaban produciéndose a intervalos, y los corceles cubiertos con sus gualdrapas comenzaron a encabritarse y a resoplar y a retroceder estimulados por los crueles frenos árabes con sus exquisitas incrustaciones de *niello*. Alguien susurró que ésos eran los caballos de su majestad, y que nunca se sabía, hasta que él llegaba, en cuál se iba a montar.

Enseguida, la multitud que rodeaba las tiendas se hizo más densa, y cuando se abrió de nuevo surgió de ella un caballo gris que llevaba una figura inmóvil envuelta en un blanco cegador. A las bridas del caballo marchaban unos mozos de cuadra enjutos y morenos vestidos con túnicas blancas que agitaban unas largas tiras de lino blanco para apartar las moscas de la presencia imperial; y al lado del jinete inmóvil, paralelo al flanco de su caballo, cabalgaba el porteador del parasol imperial, que sostenía, por encima de la cabeza del soberano, una gran sombrilla de terciopelo verde brillante. Lentamente, el caballo gris avanzó unos cuantos metros delante de la tienda; detrás cabalgaban los dignatarios de la corte, seguidos por los músicos, que se parecían, con sus relucientes y cortos caftanes, a los esbeltos ángeles músicos de un fresco florentino.

El sultán, haciendo una pausa debajo de su bóveda de terciopelo, esperó para recibir el homenaje de las tribus que estaban allí congregadas. Un

dirigente avanzó a caballo, tiró de las riendas de su montura y pronunció un nombre en voz alta. Cruzando la planicie a toda velocidad, de inmediato llegó una cabalgata salvaje de miembros de una tribu, con rifles colgados de los hombros, pistolas y alfanjes en los cintos y torzales de pelo de camello anudados alrededor de sus turbantes. A muy pocos metros del sultán, se detuvieron, su líder profirió un grito y saltó hacia delante, apoyándose en la silla de montar, y con un alarido la tribu pasó galopando a su lado; cada jinete, al pasar junto a la figura que estaba hierática sobre el caballo gris, hacía una reverencia por encima del cuello de su corcel.



El Sultán de Marruecos bajo la sombrilla verde (en Meknez, 1916).

Esta ceremonia se repitió una y otra vez. El sultán avanzaba unos metros cuando cada uno de los grupos se acercaba tronando hacia él. Había más de diez mil jinetes y caciques del Atlas y del desierto, y a medida que transcurría la ceremonia, las nubes de polvo se hacían más espesas y tomaban un color dorado más violento, hasta que al final las filas de hombres al galope se veían a través de ellas como imágenes borrosas en un espejo empañado.

El sultán iba avanzando y nosotros íbamos a su lado, dando la cara a los escuadrones que venían en dirección contraria. El contraste entre su figura inmóvil y las salvajes oleadas de jinetes que se dirigían hacia él ejemplifica el extraño espíritu del islam, con su impetuosidad que siempre culmina en la imperturbabilidad. El sol estaba alto, una pelota descarada en un cielo blanco, y disparaba sus saetas metálicas sobre la planicie envuelta en polvo y la serena figura blanca protegida por su sombrilla. Aquel hombre gordo, de

rostro suavemente redondeado y bordeado por la barba, envuelto en espirales de un blanco purísimo, con una mano regordeta sobre las bridas bordadas, y con los pies, donde llevaba unas pantuflas amarillas, metidos hasta los talones en unos enormes estribos forrados de terciopelo, se convertía, gracias a su absoluta inmovilidad, en un símbolo, un misterio, un dios. Un flujo humano arremetía contra él, se desvanecía, desaparecía, y otra ola con una cresta de lanzas llegaba arrasa— dora detrás de ella y se desvanecía cuando le tocaba hacerlo, y él permanecía sentado, hora tras hora, bajo el ardiente cielo, sin prestar atención al calor, ni al polvo ni al tumulto, encarnando ante las salvajes y facciosas hordas una larga tradición de distante serenidad.

3. El mirador imperial

Mientras los últimos jinetes galopaban para rendir su homenaje, nos dijeron que volviéramos a nuestros vehículos y nos transportaron rápidamente al palacio. El sultán había comunicado a Madame Lyautey que las damas del harén imperial las entretendrían a ella y a sus invitadas mientras su majestad recibía al general residente, y teníamos que apresurarnos para no perdernos el siguiente acto del espectáculo.



Un destacamento de caballería y su caid.

Cruzamos a pie un largo patio donde formaba la Guardia Negra, pasamos bajo una puerta y nos encontramos con una negra que iba muy pobremente vestida. Tras atravesar un sofocante resplandor de azulejos de todos los colores, llegamos a otro arco de entrada donde montaba guardia el eunuco jefe, un negro imponente con los ojos esmaltados de un busto de basalto. El eunuco nos encomendó a otras negras, y entramos en un laberinto de pasadizos y patios interiores; en todos ellos se oían los murmullos y los goteos del agua. Mientras recorríamos unos largos pasillos en los que los esclavos que nos encontrábamos, vestidos con unos ropajes de un color gris apagado, se pegaban a la pared para dejarnos pasar, pudimos entrever fugazmente algunas grandes y oscuras habitaciones, lavanderías, despensas, panificadoras y cocinas, donde se cocían y se guisaban cosas sabrosas, y donde más negras, abandonando sus cazos y sus sartenes, se asomaban para echarnos un vistazo desde los umbrales. En una esquina, sobre un banco que había contra una pared repleta de esteras, unos papagayos grises, metidos en altas jaulas, recibían su alimento de un esclavo.

Una estrecha escalera subía hasta un rellano donde nos estaba esperando una princesa salida de un cuento de hadas árabe. Caminando suavemente con sus pantuflas bordadas, nos condujo hasta el siguiente rellano, donde otro ser con pantuflas doradas nos sonrió. Se trataba de una niña pequeña; al sonreír se le dibujaron unos hoyuelos en las mejillas y después se sonrojó bajo su diadema enjoyada y sus trenzas llenas de perlas. En el tercer rellano apareció una tercera damisela, y rodeadas por las tres gracias, ascendimos al alto mirador que había en la torre central, desde el cual contemplaríamos la siguiente ceremonia. Una detrás de otra, nuestras pequeñas guías se quitaron de una patada los dorados zapatos, que un esclavo colocó ordenadamente junto a la puerta, y descalzas nos llevaron a la habitación más alta del harén.

Era una estancia grande, rodeada por todas partes por un balcón cerrado con unas hojas de vidrio de colores brillantes. Sobre una chillona alfombra de Rabat había unos sillones dorados de diseños floridos y una mesa con una estatuilla de bronce de las que se venden a los que pretenden darse aires de amantes del arte. Unos divanes con almohadones enfundados en muselina se alineaban contra las paredes y en una estancia contigua, con forma de galería en la cual, por el contrario, lo único decorativo que había eran relojes. La pasión por los relojes y por otros artefactos mecánicos es común a todas las razas que no los construyen, y cada palacio importante de África del Norte contiene una colección de relojes que podría considerarse sorprendente si no fuera porque muchos de ellos ya no funcionan. Pero los que hay en el harén

que el sultán tiene en Rabat llaman la atención por el hecho de que, aunque su diseño se basa en los últimos modelos europeos, su tamaño es proporcional a la categoría imperial, de manera que un reloj de pie holandés se convierte en un armario, y uno de caja, de los que en Europa se colocan en la repisa de la chimenea, en un aparador que hay que poner en el suelo. Al final de esta avenida de relojes había una cama doble europea, con una colcha de seda brillante y cubierta con encajes de Nottingham, situada majestuosamente sobre una plataforma alfombrada.

Pero salvo por las encantadoras vistas del mar y de la planicie que se disfrutaban a través de las celosías de la galería, el apartamento de las damas del sultán carece de lo que en Occidente se considera elegancia. Mas apenas hubo tiempo para pensar sobre esto, ya que la puerta del mirador se abría constantemente para dejar entrar a otra figura de cuento de hadas, hasta que al final estábamos rodeadas de una docena de huríes que reían, parloteaban, nos cogían de la mano y nos hacían preguntas con timidez mientras nos miraban acariciándonos con sus ojos. Todas eran (nos dijeron nuestras intérpretes) las «favoritas» del sultán, adolescentes de rostros redondeados y de color melocotón con los pómulos altos, los labios rojos y carnosos, unos ojos castaños y sorprendidos con los párpados curvados hacia arriba como los de los asiáticos y unas manos pequeñas y morenas que salían de sus mangas bordadas agitándose como pájaros.

En honor a la ceremonia, y a la visita de Madame Lyautey, vestían sus mejores ropas, y su libertad de movimientos se veía un tanto dificultada por sus estrechos y suntuosos vestidos, con abundantes brocados de oro y plata y gasas de color rosa pálido sujetas por unas fajas, semejantes a corsés, de tejidos dorados de Fez, y por los pesados cordones de seda que se enlazaban en las voluminosas mangas. Por encima de la frente tenían el pelo rapado como el de una beldad de la Italia del siglo XIV, y sólo una línea negra, tan estrecha como una ceja perfilada, se veía a través de la vuelta de gasa que llevaban sujeta con un broche enjoyado por encima de las cejas reales. Sobre la piedra preciosa que llevaban en la frente se levantaba la complicada estructura del tocado. Unas hebras de lana les sujetaban las trenzas del cabello, formando, en la parte posterior, un doble rizo que se erguía sobre la nuca como las asas idénticas de un jarrón. El de arriba, sujeto con cintas llenas de joyas y adornos, quedaba oculto por unas etéreas gasas tornasoladas. A ambos lados de sus sonrosadas mejillas, otras trenzas caían sobre las orejas, de las que colgaban grandes zarcillos de filigrana adornados con perlas y esmeraldas en bruto, o aros de oro y largos pendientes de coral. Y una

inesperada gorguera de tul, como la de una pastora de Watteau, les enmarcaba la redondeada barbilla por encima de un torrente de collares: collares de ámbar, de coral, de perlas barrocas, de los que colgaban unos misteriosos y primitivos amuletos y fetiches. Mientras las jóvenes se desplazaban alrededor de nosotras sobre sus suaves pies decorados con henna, la luz desplegaba unos cambiantes brillos de oro y plata, de azul y violeta y verde manzana, todo armonizado y velado por nubes de color rosa y azul celeste; y en medio del grupo corría y brincaba una pequeña negrita vestida con un caftán de color violeta tornasolado y plata con una faja rojo frambuesa.

Pero de repente se armó un gran revuelo en el gallinero. Un nuevo par de babuchas sonaron en el rellano, y una joven, vestida menos brillantemente y con un rostro menos resplandeciente que las otras, entró descalza. Tenía los pies pintados. Se movía de una manera tímida y dubitativa, sus grandes labios estaban pálidos, sus cejas eran menos vívidamente oscuras y llevaba menos joyas en la cabeza. Pero todos los pequeños colibríes se reunieron en torno a ella susurrando con respeto mientras ella se dirigía hacia nosotros apoyándose en una de las chicas más jóvenes. Madame Lyautey le hizo una reverencia y ella extendió una mano en la que abundaban los anillos. Se trataba de la joven princesa, la hija legítima del sultán. Nos examinó con sus ojos tristes, nos dedicó algunos cumplidos por medio de la intérprete y se sentó en silencio, dejando a las demás charlar animadamente.

La conversación con la tímida princesa languidecía cuando una de las favoritas nos hizo una seña para que saliéramos al balcón. Nos dijeron que podíamos empujar las hojas de vidrio pintado a fin de que se abrieran unos centímetros, pero cuando lo hicimos, el grupo de mariposas se retiró para que nadie las viera mirando hacia fuera, al mundo prohibido.

Llegaban los fuertes estallidos de las salvas desde la *msalla*: el humo flotaba sobre las colinas como vilanos de cardo. Más allá, una nube de polvo rojo velaba el galope de los últimos jinetes que se dirigían hacia Rabat. Cuando el polvo se posó, distinguimos una procesión que se alejaba lentamente. En primer lugar iba un destacamento de la Guardia Negra, sobre caballos negros. Los soldados tenían un aspecto cómicamente feroz, de color escarlata británico y verde de La Meca. Este uniforme lo inventó, a comienzos del siglo XIX, un oficial inglés retirado de la armada. Después de la Guardia llegaron los abanderados y los altos dignatarios, y a continuación, el sultán, todavía distante, inmóvil, como si se hubiera quedado absorto reflexionando sobre su místico cometido. Lo siguieron otros dirigentes de la corte, y después, a pie, los músicos con sus brillantes vestimentas, y luego una

confundida e incontenible muchedumbre formada por peregrinos, mendigos, santos, charlatanes y el resto del pueblo llano del bazar, que concluía con una fila de niños que hundían sus talones desnudos en las costillas de unos hastiados burros.



El sultán entrando en Marrakech.

El sultán entró en el patio que había debajo de nosotras, y el visir y los chambelanes, de un blanco níveo contra la línea escarlata de los guardias, se apresuraron a acercarse a él para besar sus ropajes, sus zapatos, su estribo. Descendió de su montura de terciopelo, todavía en trance, y cruzó lentamente el suelo de azulejos por el medio de una doble fila de servidores blancos que hacían una reverencia inclinándose hasta el suelo. Unas palomas blancas volaban en círculo por encima de él, semejantes a pétalos que se hubieran desprendido de un magnífico huerto. Entonces, desapareció con su séquito bajo la sombreada galería de la sala de audiencias que había en la parte posterior del patio.

En ese momento, una de las favoritas nos dijo, desde dentro, que volviéramos al mirador. La puerta acababa de abrirse y había entrado una mujer mayor precedida por un respetuoso grupo de niñas. De la redondeada y rubicunda cara de la recién llegada, de su cuerpo bajito y redondeado, de las redondeadas manos que salían de sus redondeadas muñecas emanaba una inexplicable majestad, y a pesar de que también iba menos engalanada que las favoritas, llevaba su tocado, hecho de gasa listada, como una corona.

Esta impresionante anciana era la madre del sultán. Mientras le tendía una mano regordeta y arrugada a Madame Lyautey y decía unas pocas palabras a través de la intérprete, tuvimos la impresión de que al fin una de las ventanas pintadas del mirador se había roto, y un pensamiento había penetrado en el vacío del harén. Para descubrir de qué pensamiento se trataba habría que haber tenido una profunda comprensión de los procesos que se producen en la mente árabe; pero su sinceridad se puso de manifiesto a través de la voz y la sonrisa de la vieja emperatriz. Aquí por fin había una mujer que estaba más allá de los triviales disimulos, de la astucia infantil, de las ociosas crueldades del harén. No nos sorprendió que nos contaran que era la consejera en quien más confiaba su hijo, y la principal autoridad en el palacio. Si una mujer como aquélla mentía e intrigaba, tenía que ser con un propósito importante y por unos fines en los que creyera. A las profundidades de su alma llegaban el aire y la luz del día, y ella nunca les impediría el acceso por propia voluntad.

La emperatriz madre charló durante un rato con Madame Lyautey, le preguntó por la salud del general residente, pidió que le diera noticias de la guerra y dijo, con una emoción que se podía percibir a pesar de que sus palabras eran ininteligibles: «Marruecos está bien si Francia está bien». Después se retiró, y nos volvieron a llamar para que saliéramos al mirador.

Esta vez era para que viéramos una compañía de dirigentes vestidos con brillantes uniformes que avanzaban al trote, a través de la planicie, desde Rabat. Al distinguir a la figura que los encabezaba, un joven esbelto y erguido sobre un espléndido caballo zaino, con una túnica de color azul pálido cruzada con la amplia cinta naranja de la Orden de los Jerifes, las salvas tronaron de nuevo desde la colina que se levantaba sobre el palacio, y la Guardia Negra presentó armas. Un momento más tarde, el general Lyautey y sus ayudantes entraban cabalgando por las puertas que había justo debajo de nosotras y llegaron al umbral del patio interior, donde desmontaron. Nosotras nos desplazamos al otro lado del balcón para seguir la siguiente parte de la ceremonia. El sultán continuaba sentado en la sala de audiencias. Los dirigentes de la corte seguían formando filas, en una línea nívea contra las níveas paredes. Los más altos dignatarios avanzaron sobre los azulejos para saludar al general, y después se hicieron a un lado y él continuó solo, seguido a corta distancia por sus ayudantes. Cuando hubo recorrido una tercera parte de su camino a través del patio, se detuvo, de acuerdo con el ceremonial de la corte marroquí, e hizo una reverencia en dirección a la habitación con la arcada. Unos pasos más adelante, hizo otra, y una tercera cuando llegó al umbral de la habitación. Después, los uniformes franceses y los ropajes

marroquíes se reunieron alrededor de él y todos desaparecieron en las sombras de la sala de audiencias.

Nuestra audiencia parecía haber concluido. Habíamos agotado la limitada capacidad de mantener conversaciones banales del harén, nos habíamos enterado por las jóvenes beldades de que, aunque tenían prohibido contemplar la ceremonia, los bailarines y los cantantes vendrían enseguida a entretenerlas, y ya nos disponíamos a marcharnos cuando una negra entró a toda prisa para decir que su majestad suplicaba a Madame Lyautey y a sus amigas que esperaran a que él llegara. Éste era el acontecimiento más importante de nuestra visita, y yo me pregunté con qué ritual bizantino sería recibido entre sus mujeres el Ungido, una vez liberado del ejercicio de sus funciones sacerdotales.

La puerta se abrió y sin que nadie lo anunciara ni ninguna floritura preliminar, un hombre gordo, con un rostro agradable y una chilaba bien estirada sobre la parte delantera de su corpulenta figura, entró con un niño pequeño de la mano. Se trataba de su majestad el sultán Mulay Yusef, despojado de sus túnicas y su turbante sacramentales, y arrastrando los pies, que llevaba metidos en unas pantuflas amarillas; caminaba como un caballero anciano y robusto que se hubiera quitado las botas preparándose para pasar una tarde en su hogar.

El pequeño príncipe, uno de sus dos hijos legítimos, iba vestido con una simplicidad similar, ya que en Marruecos sólo los músicos, los niños bailarines y la gente de esa calaña emplea prendas de seda. Además de sus vestiduras ceremoniales, el sultán se había despojado también de su aire de majestad sobrehumana, y la expresión de su rostro pálido y redondeado se correspondía con la sencillez de su atuendo. Las favoritas revolotearon a su alrededor, con respeto pero en absoluto atemorizadas, y la más joven de ellas comenzó a jugar con el pequeño príncipe. Bien podíamos creer las informaciones que decían que el suyo era el harén más alegre de Marruecos, así como el único en que de vez en cuando entraba un soplo de aire del mundo exterior.

Mulay Yusef saludó a Madame Lyautey con amistosa simplicidad, nos hizo los discursos apropiados a sus acompañantes y después, con el aire de un hombre de negocios que ha olvidado dar una orden antes de salir de la oficina, se dirigió a una esquina de la habitación y, mientras las doncellas en flor se arremolinaban en torno a él, y a través de las ventanas veíamos a los últimos participantes en los ritos místicos alejándose al galope hacia las murallas almenadas de Rabat, su majestad el Sacerdote y Emperador de los Fieles

descolgó un pequeño aparato de la pared y acercó sus sagrados labios al teléfono.

4. En la parte vieja de Rabat

Antes de que el general Lyautey llegara a Marruecos, Rabat había sido sometida a la indignidad de las «mejoras» europeas, por lo que hay que atravesar bulevares con tranvías y pasar entre las terrazas de los hoteles y los cafés y las salas de cine para encontrar el núcleo que ha sobrevivido de la ciudad local, que en otro tiempo fue muy hermosa. Después, al doblar por una calle cualquiera, se llega súbitamente a él. Las tiendas y los cafés desaparecen, el tintineo de los tranvías y el ruido de las bocinas se extinguen y aquí, de repente, hallamos silencio y soledad y la dignificada reticencia de las fachadas sin ventanas de las casas árabes.

Nos dirigíamos a la casa de un alto dirigente del gobierno, un dignatario marroquí de la vieja escuela, que nos había invitado a tomar el té, añadiendo un mensaje en el que me informaba que las damas de su casa estarían encantadas de recibirme.

La casa que buscábamos estaba a cierta distancia bajando por la más silenciosa de las calles rodeadas de muros blancos. Nuestro acompañante llamó a una puerta verde y baja, y fuimos invitados a entrar en un pasadizo hasta el que descendía una escalera de madera. Un cuñado de nuestro anfitrión nos estaba esperando. Siguiendo sus pasos, subimos por las escaleras, muy empinadas, y entramos en una gran estancia cuyo suelo se hallaba cubierto con una florida alfombra francesa y un conjunto de muebles dorados a juego. No había paredes caladas, ni puertas de cedro pintado ni fuentes que arrullaran desde patios ocultos: la casa estaba apretada entre otras casas, y esa clase de restos de una ornamentación antigua, que seguramente tuviera en otro tiempo, había desaparecido.

Pero enseguida nos dimos cuenta de por qué a sus habitantes no les preocupaban tales detalles. Nuestro anfitrión, un apuesto anciano de barba cana, nos dio la bienvenida en la entrada, y después nos condujo hacia una ventana que había en uno de los extremos de la habitación y que tenía un mirador, y nos ofreció asiento en los dorados sillones que daban a una de las vistas más hermosas de Marruecos.

Debajo de nosotros estaban los tejados y las terrazas, de color blanco y azul, de la ciudad vieja, con palmeras y minaretes que se elevaban hacia el cielo entre ellos. Las sombras de un enrejado de parras dibujaban un patrón en una calle tranquila. Más allá brillaba el Atlántico, y sus olas rompían y se convertían en espuma en la desembocadura del Bou-Regreg y bajo las imponentes murallas de la kasba de los udayas. A la derecha, las ruinas de la gran mezquita se alzaban sobre la meseta y dominaban el río; y, en el lado más lejano de las turbulentas aguas, la vieja Salé, blanca y perversa, yacía como una joya rodeada de jardines. Con semejante panorama ante sus ojos, los habitantes de la casa difícilmente podrían notar su falta de interés arquitectónico.

Tras intercambiar los cumplidos habituales y darnos un poco de tiempo para que disfrutáramos de la vista, nuestro anfitrión se retiró, llevándose consigo a los hombres de nuestro grupo. Un momento más tarde, reapareció con una chica sonrosada y de pelo claro, vestida con ropa árabe pero, evidentemente, de origen europeo. El cuñado explicó que esta joven, que había «estudiado en Argelia» y cuya madre era francesa, era la amiga íntima de las damas de la casa y haría de intérprete. Entonces nuestro anfitrión volvió a dejarnos para unirse a los visitantes masculinos en otra habitación, y se abrió la puerta a fin de que pasaran su mujer y sus nueras.

La señora de la casa era una hermosa argelina que tenía unos ojos tristes y expresivos. Las mujeres más jóvenes eran pálidas, gruesas y afables. Todas llevaban unas vestimentas sobrias, en línea con la sencillez de la casa, y si no fuera por la vacuidad de sus rostros, se podría haber tomado al grupo por la familia de un profesor de una ciudad universitaria inglesa o americana, que se había disfrazado bastante bien para una fiesta ambientada en *Las 1001 noches* que iba a celebrarse en el campus. Nunca he tenido una impresión más vívida de que los seres humanos, de un extremo a otro del mundo, pertenecen de un modo natural a determinadas categorías, y que la respetabilidad tiene la misma cara en un harén oriental que en Inglaterra o América.

Mi anfitriona me recibió con una amabilidad suprema, tomamos asiento en el mirador desde el que se disfrutaba de la vista y comenzó el intercambio de preguntas y de cumplidos.

¿Tenía yo hijos? (Todas me lo preguntaron a la vez.)

Ay, no.

—En el islam —se atrevió a decir una de las damas— una mujer sin hijos se considera el ser más infeliz del mundo.

Yo contesté que en Occidente también se compadece a las mujeres que no tienen hijos. (Y el cuñado sonrió incrédulo.)

Yo sabía que las modas europeas tienen un gran interés para el harén, por lo que entonces les pregunté:

—¿Qué piensan estas damas de nuestros rígidos vestidos de sastre? ¿No les parecen demasiado feos?

—Sí, se lo parecen. —Era de nuevo el cuñado el que contestaba—. Pero suponen que en su propio hogar no se visten tan mal.

—¿Y nunca han tenido ganas de viajar, o de visitar los bazares, como hacen las damas turcas?

—No, desde luego. Están demasiado ocupadas para detenerse a pensar en esas cuestiones. En *nuestro país* las mujeres de la clase más alta se encargan de su casa y sus hijos, y dedican el resto de su tiempo a las labores de aguja. —Cuando hizo esta afirmación, le dediqué al cuñado una mirada tan incrédula como había sido la suya.

Durante todo este tiempo, el guardián que vigilaba el harén no había permitido a la intérprete del pelo claro que dijera ni una palabra.

Me volví hacia ella y le hice una pregunta.

—¿Así que su madre es francesa, *mademoiselle*?

—*Oui, Madame.*

—¿De qué parte de Francia procedía?

Guardó silencio, perpleja.

—No lo sé... de Suiza, creo —dijo finalmente, dando un brillante ejemplo de la más refinada educación. A pesar de las «ventajas» de su formación argelina, la pobre chica apenas podía decir unas palabras en la lengua de su madre. Conservaba los rasgos y la complexión de una europea, pero su espíritu era el espíritu del islam. El harén había dejado su poderosa impronta sobre ella, que me miraba con los mismos ojos distantes y pasivos que tenían las hijas de la casa.

Tras esforzarnos durante un rato más por mantener una conversación que el vigilante cuñado seguía dirigiendo a su antojo, sentí que mis propios labios se empezaban a agarrotar y a adoptar la sonrisa resignada del harén, por lo que fue un alivio cuando al fin el guardián se llevó al pálido rebaño y el apuesto y anciano caballero que era su dueño reapareció en escena, trayendo consigo a mis amigos y seguido por esclavos y té.

5. *En Fez*

¿Qué pensamientos, qué especulaciones tendrán lugar detrás de las cejas finas y tapadas por el velo de las pequeñas criaturas destinadas al elevado honor del matrimonio o el concubinato en los palacios marroquíes?

A algunas las traen de las montañas y de los bosques de cedros, de la vida en libertad de las tiendas, en la que las mujeres nómadas van sin velo. Otras vienen de harenes de las ciudades llenas de torrecillas que hay más allá del Atlas, donde los bosquecillos de palmeras azules laten toda la noche contra las estrellas y las caravanas que transportan dátiles viajan a través del desierto, procedentes de Tombuctú. Algunas, nacidas y criadas en espaciosos y aireados palacios, entre jardines de pomelos y terrazas blancas, pasan a pertenecer a una de las fortificaciones feudales que hay cerca de la nieve, donde durante medio año los grandes jefes del sur viven en su clan, entre guerreros y halconeros y jaurías de *sloughis*. Y aun otras crecen en una agobiante *Mellah*, caminan con el rostro descubierto por sus azules terrazas mirando de reojo los jardines de los ricos y, después de que un día, al atardecer, se fije en ellas un grueso visir o su pálido y joven señor, son adquiridas por una bonita suma de dinero y transportadas al sepulcro pintado que es el harén.

Lo peor de todo debe ser el destino de aquellas que, desde las tiendas y los bosques de cedros, o desde algún jardín arriba de Rabat donde llega la brisa marina, van a parar a una de las casas de la zona vieja de Fez. Esos palacios de Al Bali son prácticamente impenetrables: los dignatarios de Fez no reciben con agrado visitas de mujeres extrañas. En las escasas ocasiones en que se acepta que entre alguna, un miembro de la familia (uno de los hijos, o un cuñado que ha «estudiado en Argelia») suele hacer de intérprete; y tal vez sea bueno que nadie del mundo exterior entre a recordar a estas apáticas criaturas que en algún lugar las gaviotas bailan sobre el Atlántico y el viento murmura al pasar por los olivares y hace vibrar las hojas metálicas de las palmeras.

Nos habían invitado, un día, a visitar el harén que un alto dignatario del *Makhzen* tenía en Fez, y estas ideas me vinieron a la cabeza cuando estaba sentada entre aquellas mujeres pálidas en su destartalada prisión. Al descender por las empinadas calles llenas de pasadizos tuve la sensación de haber bajado al pozo de una mina. A cada paso, la franja visible de cielo se estrechaba más, y cada vez se veía más oscura debido a los bajos callejones abovedados en que nos sumergíamos. Los ruidos del bazar se habían extinguido, y sólo nos acompañaban el rumor de las fuentes que nos llegaba

desde detrás de los muros de los jardines y el sonido de los cascos de nuestras mulas contra las piedras. Después también dejó de haber fuentes y jardines y las altísimas obras de albañilería se aproximaban cada vez más, y entonces entramos en un laberinto casi subterráneo donde nunca llegan ni el aire ni la luz del sol. Por fin nuestras mulas giraron para entrar en un callejón sin salida que terminaba en un edificio muy alto. A la derecha había otro edificio, una de esas misteriosas fachadas ciegas de Fez que dan la impresión de ser un fragmento de sus antiguas fortificaciones. Los que vivían de la caridad de la familia y la servidumbre estaban sentados sin hacer nada en los bancos de piedra que se habían construido en el muro; evidentemente, se trataba de la casa de una persona importante. Un joven encantador de mirada inteligente esperaba en el umbral para recibirnos: era uno de los hijos de la casa, el que había «estudiado en Argelia», y sabía cómo dirigirse a los visitantes. Lo seguimos a un pequeño patio con arcadas, rodeado por los altos muros de la casa. A la derecha se encontraba la habitual habitación larga con arcos de entrada que daban al patio. Nuestro anfitrión, un personaje patriarcal, que estaba cubierto de grasa como podría estar cubierto por una túnica, vino hacia nosotros, una montaña de majestuosas muselinas, con unos ojos brillantes incrustados en un rostro moreno perfilado por una barba plateada. Nos indicó que nos sentáramos en unos divanes y apoyó su voluminosa persona en un montón de almohadones que había en el escalón que conducía al patio; y el hijo que había estudiado en Argelia dio instrucciones a una negra para que preparara el té.

Al otro lado del patio había otra arcada cuidadosamente decorada con unas cortinas de algodón crudo. Desde atrás de ella llegaba el sonido de un parloteo, y de vez en cuando un niño moreno y sin nada más que una camisa se escapaba y, entre suaves estallidos de risa, tiraban de él a toda prisa mientras una mujer negra salía a recolocar las cortinas.

Había tres de estas negras, unas espléndidas criaturas de bronce, que llevaban chilabas sobre unos caftanes de brillantes colores, pañuelos a rayas alrededor de las anchas caderas y turbantes de gasa en el ondulado cabello. En sus muñecas tintineaban unas pesadas pulseras de plata, y unos grandes pendientes redondos danzaban en los violáceos lóbulos de sus orejas. La languidez dominaba a todos los demás internos de la casa, a los sirvientes y parásitos que se hallaban agachados a la sombra, bajo la arcada, así como a nuestro enorme anfitrión y a su sonriente hijo; pero las tres negras, vibrantes de actividad, iban constantemente a toda prisa de la habitación de las cortinas a la cocina, y de la cocina a la sala de recepciones de su amo, llevando sobre

las rosáceas y azuladas palmas de las manos unas bandejas de metal inglés con vasos altos y manojos de menta fresca, dando órdenes a gritos a los sirvientes que dormitaban en cualquier lado y llamándose las unas a las otras desde los extremos opuestos del patio. Finalmente, la más corpulenta de las tres, tras desaparecer de la vista, reapareció de repente en un balcón de color verde pálido que había sobre nuestras cabezas desde donde, perfilándose contra un cuadrado de cielo azul, se agachó adoptando una postura que parecía sacada de un cuadro de El Veronés y gritó algo a las otras como un loro excitado.

A pesar de su actividad febril y de sus chillidos dignos de pájaros tropicales, estuvimos esperando el té en vano; y pasado un rato nuestro anfitrión le comentó a su hijo que tal vez a mí me gustaría visitar a las damas de la casa. Como yo esperaba, el joven me condujo a través del patio, levantó las cortinas de algodón y me hizo entrar en una estancia exactamente igual a la que acabábamos de dejar. Contra las paredes blancas había unos divanes cubiertos con cutí a rayas, y en ellos estaban sentadas siete u ocho mujeres de aspecto pasivo sobre las cuales unos cuantos niños pálidos andaban a la riña.

La mayor del grupo, que evidentemente era la señora de la casa, era una dama argelina, de alrededor de cincuenta años, de expresión triste y rasgos delicados; las otras eran hijas, cuñadas y concubinas. Esta última palabra evoca, en el mundo occidental, unas imágenes de seducción sensual que en el harén marroquí se dan con muy poca frecuencia. Todas las damas de la majestuosa casa de este dirigente tenían el mismo aspecto, como de una melancólica respetabilidad. En su apartamento, protegido por esas cortinas y donde el ambiente estaba viciado, eran como flores de invernadero, pálidas, pesadas, grandes, pero más frágiles que las de jardín. Sus vestidos, suntuosos pero sobrios, los velos y las diademas que se habían puesto en honor a mi visita, tenían una falta de estilo y gracia que les aportaba cierta dignidad. Esto contrastaba de un modo extraño con la frivolidad del harén imperial. Pero lo que más me impactó fue la apatía de las mujeres más jóvenes. Les pregunté si tenían jardín, y negaron nostálgicamente con la cabeza, diciendo que no había jardines en la parte vieja de Fez. El tejado, por lo tanto, era su única escapatoria: un tejado desde el que se veía una enorme superficie de otros tejados, y que protegían las montañas desnudas y fortificadas que se alzan junto a Fez como los muros de una prisión.

Después de un breve intercambio de cumplidos, se hizo el silencio. Conversar mediante intérpretes es un proceso aburrido, y hay muy pocos puntos de contacto entre la abierta mentalidad occidental y esos seres

aprisionados en una concepción de la vida sexual y doméstica que se basa en la esclavitud y el espionaje constante. Aquellas lánguidas mujeres no hilan ni tejen. La dama marroquí sabe muy poco de cocina, de labores de aguja y de otras tareas domésticas. Cuando se le enferma un hijo, lo único que hace es llenarlo de amuletos colgantes y lamentarse; la gran dama que habita en un palacio de Fez es tan ignorante en cuestiones de higiene como la campesina del *bled*. Y todas estas vidas descoloridas, en las que nunca pasa nada, dependen del favor de un hombre gordo y tiránico, hinchado por la buena vida y el poder, y que es él mismo tan sedentario e inerte como sus mujeres, y que está acostumbrado a imponerles sus caprichos desde que correteaba por aquel mismo patio cuando era un niño pequeño.

Lo que compensa un poco esta estancada vida doméstica es la ternura con que los padres tratan a sus hijos, y los narradores occidentales han enfatizado tanto este punto que parecería que solamente los padres sedentarios e ignorantes fueran capaces de querer a sus hijos. La verdad es que es fascinante ver cómo los pesados ojos del padre marroquí se iluminan cuando un pequeño bebé salta sobre sus rodillas, y la genuina ternura con que las mujeres del harén que no han tenido hijos acarician a los bebés de sus competidoras más afortunadas. Pero los sentimentales conmovidos por este despliegue de amor familiar harían bien en tener en cuenta cómo son las vidas de estos niños tan mimados. La ignorancia, la insalubridad y una iniciación sexual precoz son comunes a todas las clases sociales. La educación consiste en aprender de memoria interminables pasajes del Corán, y lo que se entiende por entretenimiento es asistir a espectáculos que serían ininteligibles para los niños occidentales, pero que las bromas del harén hacen perfectamente comprensibles para los infantes marroquíes. Las niñas se casan a los ocho o nueve años. A los doce, el hijo de la familia recibe «su primera negra». De ahí en adelante, en la clase rica y ociosa, ambos sexos viven hasta la vejez en una atmósfera de sensualidad sin seducción.



Mujeres mirando un desfile desde un tejado.

El joven hijo de la familia me condujo de vuelta por el patio, donde las negras seguían chillando y corriendo de un lado para otro, yendo y viniendo como una procesión sobre un escenario teatral, con la vana parafernalia de la preparación de un té que no acababa de llegar. Nuestro anfitrión sonrió desde sus almohadones, resignado ante las demoras orientales. Para distraer a los impacientes occidentales, un sirviente descolgó de la pared una jaula donde había una paloma que zureaba con suavidad. Nos trajo la paloma que, todavía zureando, me miró con la misma expresión resignada y vacía que las damas que acababa de dejar. Cuando estaban colocando de nuevo la jaula en su gancho, los esclavos que se hallaban holgazaneando en los alrededores de la entrada abrieron paso respetuosamente a un apuesto hombre de unos treinta años de rasgos delicados y barba negra. Tras atravesar el patio, se detuvo para besar el hombro de nuestro anfitrión, que nos lo presentó como su hijo mayor, el marido de una o dos de las pálidas mujeres con quienes yo había estado intercambiando lugares comunes.

Por la creciente agitación de las negras, se hizo evidente que la ceremonia de la preparación del té se había pospuesto hasta su llegada. Depositaron una bandeja metálica con un samovar y una tetera de metal inglés sobre los azulejos del patio y, sentándose en cuclillas junto a ella, el recién llegado se dispuso solemnemente a hacer una infusión con la menta. De repente, las cortinas de algodón se agitaron de nuevo, y un niño minúsculo con un escasísimo blusón salió a toda prisa y se puso a corretear por el patio. Nuestro venerable anfitrión, embelesado, extendió los brazos, atrapó al fugitivo y lo

estrechó contra su seno, donde el pequeño se acomodó como una ardilla y se quedó mirándonos de soslayo con sus grandes ojos. Era el último hijo del patriarca y el hermano más joven del majestuoso barbado caballero que se ocupaba de preparar el té. Mientras estaba en los brazos de su padre, aparecieron otros dos hijos: unos encantadores escolares con los ojos almendrados que regresaban de su clase de Corán escoltados por sus esclavos. Todos los niños se saludaron afectuosamente y acariciaron con una ternura casi femenina al bebé danzante que se había unido a sus filas en fecha tan tardía. Finalmente, para poner la guinda a esta escena de intimidad doméstica, las tres negras, después de dar su gigantesco esfuerzo fructífero, se pusieron a repartir vasos de menta humeante y a pasar bandejas con cuernos de gacela y pasteles de azúcar blancos.

6. En Marrakech

Cuanto más nos alejamos del Mediterráneo y de Europa, más fuertemente están cerradas las cortinas de los cuartos de las mujeres. El único harén en que se nos permitió tener una intérprete fue en el del sultán. En los harenes privados de Fez y Rabat, un pariente que hablaba francés transmitía (o decía transmitir) nuestros comentarios. En Marrakech, el noble alto dignatario que me invitó amablemente a visitar su casa hizo oídos sordos a nuestra sugerencia de que la presencia de una dama de una de las escuelas del gobierno francés facilitaría la conversación.

Cuando nos dirigíamos a su palacio, uno de los más majestuosos de Marrakech, la calle estaba atestada de los miembros de su clan y de quienes vivían de su caridad. Mercaderes con un aspecto muy digno en sus muselinas blancas junto a sus mozos de cuadra, que les sujetaban sus mulas blancas con monturas de terciopelo de color rosado, guerreros procedentes del Atlas que llevaban unos pendientes con forma de tirabuzón y que son un signo de sus proezas militares, comerciantes judíos vestidos con gabardinas negras, campesinos con polainas de cuero cargados de pollos y queso y pordioseros ciegos que ponían los ojos en blanco o mostraban sus llagas cubiertas de moscas; todos se congregaban con una promiscuidad oriental en los alrededores de la puerta del gran hombre. Por otro lado, bajo el arco de entrada había un grupo de jóvenes y ancianos con aspecto de guerreros que, evidentemente, eran de su propio clan.

El chambelán del caíd, un hombre de mediana edad y de apariencia digna, salió a recibirnos entre los beneficiarios de la casa y los comerciantes, que no dejaban de hacer reverencias. Nos condujo por unos frescos pasadizos decorados con complejos mosaicos de Fez, junto a unos mendigos que estaban sentados en los bancos de piedra y nos daban quejumbrosamente sus bendiciones y a unos pálidos artesanos de Fez que estaban poniendo unos delicados azulejos en el suelo. El caíd es aficionado a la antigua arquitectura árabe. Su espléndida casa, que todavía no está terminada, se ha proyectado y decorado siguiendo el modelo de los antiguos palacios imperiales, y cuando unos pocos años de sol y lluvia y abandono oriental hayan hecho sus efectos sobre la madera de cedro y los dorados y el estuco de marfil, tendrá el mismo encanto desvaído que poseen los palacios de hadas de Fez.

En un jardín en que salpicaban las fuentes y las rosas trepaban entre los cipreses, el caíd en persona nos estaba esperando. Este gran guerrero y leal amigo de Francia es un hombre magnífico, de nariz aguileña, moreno, delgado y vigoroso, con unos ojos vigilantes que asoman desde abajo de su turbante de muselina, cuidadosamente colocado, y unos ojos negroides medio escondidos por una cerrada barba negra.

Todo estaba preparado para tomar el té en un entorno que ya nos resultaba familiar: una habitación larga, con arcadas, con el techo pintado y las paredes decoradas con un suntuoso estuco. Alrededor estaban los habituales colchones cubiertos con cutí a rayas y montones de almohadones de muselina. El armazón de latón de una cama, a imitación de las camas de mimbre estilo Luis XVI y adornado con guirnaldas y lazos de latón, ocupaba la plataforma habitual. Además de esto, los únicos adornos que había eran algunos relojes y ramilletes de flores de cera detrás de unos cristales. Como todos los orientales, este héroe del Atlas, que pasa la mitad de su vida con los guerreros de su clan en una fortaleza medieval en medio de las nieves, y la otra mitad viajando en un vehículo de 60 caballos sobre las lisas carreteras francesas, no parece tener ningún sentido de la belleza o de lo apropiado con respecto a los objetos de diseño europeo, por lo que coloca, junto a los exquisitos mosaicos y tracerías que le hacen los artesanos de Fez las baratijas del peor gusto que se venden en los grandes almacenes más baratos.

Mientras servían el té, me di cuenta de la presencia de una pequeña negrita, de no más de seis o siete años, que permanecía inmóvil junto a las jambas del arco de entrada. Como la mayoría de los esclavos de Marruecos, incluso los de las más grandes casas, iba muy pobremente vestida, casi con harapos. Una sucia *gandura* de muselina listada cubría su raído caftán, y tenía

una barata pañoleta anudada alrededor de su pequeño rostro serio y precoz. Vigilaba con una atención prodigiosa todos los movimientos del caíd, que nunca se dirigía a ella, ni la miraba ni le hacía ningún gesto perceptible, pero cuyo más íntimo deseo ella era capaz de adivinar inmediatamente, rellenándole la taza de té, pasando los platos de dulces o retirando nuestros vasos vacíos, obedeciendo a una telegrafía secreta de la que dependía todo su ser.

El caíd es un hombre importante. Junto a su famoso hermano mayor, desempeñó un papel fundamental en la defensa de las colonias francesas de África del Norte durante la larga guerra, defendiendo las fronteras del sur de Marruecos de los ataques de los enemigos externos y manteniendo la unidad frente a las rebeliones internas. Ilustrado, culto, amigo de las artes, este erudito diplomático parece, a diferencia de muchos orientales, haber escogido lo mejor de las influencias europeas para asimilarlas. Y a pesar de todo, cuando observaba a la pequeña criatura que lo miraba con aquellos ojos ansiosos y faltos de alegría, sentí una vez más el abismo que la esclavitud y el *seraglio* abren entre los mahometanos más europeizados y la concepción occidental de la vida. Los pequeños esclavos negros del caíd son bien conocidos en Marruecos, y detrás de la triste niña que se inclinaba en el arco de entrada estaban los sombríos males del sistema social que suponen una carga tan pesada para el mundo islámico.

De repente, una negra hermosa y harapienta atravesó el jardín para venir a invitarme al harén. El capitán de S. y su esposa, que me habían acompañado, eran viejos amigos del jefe, y debido a esto, las puertas de las habitaciones de las mujeres, que en general estaban celosamente protegidas, se abrían para Madame de S. y para mí. Seguimos a la negra hasta un patio pavimentado con mármol donde las palomas revoloteaban y se pavoneaban alrededor de la fuente central. Unas cuantas damas salieron de abajo de una arcada emparrada, de la que colgaban unas cortinas de lino. Saludaron a mi acompañante con exclamaciones de júbilo, y después nos condujeron a las típicas habitaciones con divanes y paredes encaladas. Incluso en los más suntuosos palacios de Marruecos parece que se presta poca atención a los accesorios que hay en las habitaciones de las mujeres, salvo que la habitación en la que se recibe a los visitantes corresponda a la «sala» de uno de estos internados, y el toque personal se reserve para los apartamentos privados.

Las damas que nos saludaron iban vestidas con más opulencia que ningunas otras que yo había visto con la excepción de las favoritas del sultán, en Rabat; y sus rostros eran más distinguidos, de rasgos más europeos, que los

de las bellezas de mejillas redondeadas del harén imperial. Mis acompañantes me habían dicho que el harén del caíd había sido reclutado en Georgia, y que las damas que nos recibirían se habían criado en el estilo de vida, relativamente libre, de Constantinopla, y resultaba fácil leer en sus miradas, risueñas de un modo nostálgico, los recuerdos de una vida pasada que no tenían las pasivas hijas de Marruecos.

Parecía que no escondían sus pesares, puesto que enseguida una de ellas, con una sonrisa, dirigió mi atención hacia unas descoloridas fotografías que estaban colgadas de la pared, sobre el diván. En ellas se veían unos grupos de jóvenes regordetas de aspecto provinciano ataviadas con vestidos de baile europeos que no tenían ninguna gracia, y era necesario un gran esfuerzo de la imaginación para creerse que aquellas criaturas encantadoras vestidas con caftanes de terciopelo, con las sienes delicadamente tatuadas por debajo de sus complejos tocados y que cruzaban los pies, pintados con henna, sobre unos almohadones de muselina, eran las mismas que las muchachas sonrientes y ordinarias de las fotografías. Pero para estas exiliadas de suntuosos vestidos, aquellas desvaídas fotografías y aquellos feos ropajes representaban la libertad, la felicidad y cuanto habían perdido cuando el destino (probablemente bajo la forma de una opulenta pareja de hebreos que «viajaba con sus hijas») las llevó desde el Bósforo hasta el Atlas.

Como en los otros harenes que había visitado, entre las damas parecía reinar una igualdad perfecta, y mientras ellas charlaban con Madame de S., cuyas pocas palabras en árabe les habían soltado la lengua, yo intenté descubrir cuál era la favorita, o al menos la de rango superior. Dudaba entre una criatura pálida y bonita que llevaba una *ferronnière* en las sienes y un caftán color rosa de té, e iba cubierta con un velo de gasa azul, y la belleza morena vestida de terciopelo rojo, con colgantes de perlas, cuyos lánguidos gestos y grandes párpados se parecían tanto a los retratos de la Haydée de Byron. O quizá la favorita fuera una tercera, menos bella pero más animada y llena de vitalidad, que se sentó detrás de la bandeja del té y empezó a imitar expresivamente a un soldado con un rifle al hombro, y a otro que caía muerto, en un esfuerzo por preguntarnos «cuándo acabaría esa horrible guerra». Tal vez... a no ser que fuera otra mujer hermosa, un poco mayor que las demás, con una octava parte de sangre negra, que iba vestida incluso con mayor suntuosidad que las otras y se movía con libertad y nobleza y recibía del resto del harén un trato de amistosa deferencia.

Me sorprendió el hecho de que entre ellas no hubiera ni un niño; se trataba del primer harén sin bebés que había visto en esa tierra prolífica. De repente,

una de las damas le preguntó a Madame de S. por sus hijos; a su vez, ésta se interesó por el pequeño hijo del caído, el hijo de su esposa fallecida. Los rostros de las damas se iluminaron de alegría, una esclava recibió una orden y enseguida algo que no llegaba a ser un niño con unos enormes ojos entró en la habitación.

Instantáneamente todos los brazos, cargados de pulseras, se estiraron hacia el hijo de la mujer que había muerto; y mientras observaba su pequeño y débil cuerpo lleno de amuletos y su pesada cabeza cubierta de finos rizos y apretado contra un pecho lleno de brocados, me acordé de uno de los retratos de Cristo infante que hizo Crivelli, en los que el pequeño aparecía repleto de coral, lívido y céreo, sentado sobre las rodillas de una Madonna espléndidamente vestida.

El pobre bebé en el que tantas esperanzas y ambiciones estaban depositadas nos miraba con una expresión solemne y poco divertida. Sus ojos parecían preguntar si todas estas bellas madres conseguirían criarlo hasta la madurez a pesar de los resacos veranos del sur y de la agobiante vida en el harén. Era evidente que se habían tomado todas las precauciones posibles para protegerlo de las influencias maléficas y del peligro que acecha en la noche, ya que de sus frágiles muñecas y cuello colgaban innumerables amuletos: versos del Corán, encantamientos sudaneses e imágenes de ídolos olvidados hechas de ámbar y coral y cuerno y de ámbar gris. Tal vez lo protejan de los poderes del mal, y le permitan crecer y contribuir a llevar la carga de los grandes caídos del sur.

VI

El trabajo del General Lyautey en Marruecos

1.

No es exagerado decir que el general Lyautey ha salvado Marruecos de la destrucción en dos ocasiones: la primera fue en 1912, cuando la inercia y el doble juego de Abd al-Hafid dejaron el país abandonado a las tribus rebeldes que los habían atacado en Fez; la segunda fue en agosto de 1914, cuando Alemania declaró la guerra a Francia.

En 1912, a consecuencia de la amenazadora actitud de las tribus disidentes y de la agitación generalizada que asolaba al país, el sultán Abd al-Hafid pidió a Francia que estableciera un protectorado en Marruecos. El acuerdo al que se llegó, conocido como la Convención de Fez, estipulaba que un general residente francés se establecería en Marruecos y tendría autoridad para actuar como el único representante del sultán ante los demás poderes. La Convención se firmó en marzo de 1912, y unos días después hubo en Fez un levantamiento mucho más importante que todos los anteriores. Este súbito estallido se debió, en parte, a ciertas dificultades puramente locales, y en parte a la debilidad intrínseca a la situación de Francia. El gobierno francés había creído que un ejército local comandado por oficiales franceses podría bastar para apoyar al *Makhzen* y preservar el orden, pero la creciente impopularidad de Abd al-Hafid había hecho que su propia gente se distanciara de él, y el ejército atacó al gobierno y a los franceses. El 17 de abril de 1912, los soldados marroquíes masacraron a los oficiales franceses después de infligirles terribles torturas. La población de Fez se levantó contra los civiles europeos y, durante unas dos semanas, el río Fez se tiñó de rojo con la sangre de los inofensivos colonos franceses. Fue entonces cuando Francia nombró a Lyautey general residente en Marruecos.

Cuando llegó a Fez, la ciudad estaba sitiada por veinte mil bereberes. Diversas tribus rebeldes acudían a darles apoyo, aullando por la guerra santa,

y el aterrorizado sultán, que ya había anunciado su intención de renunciar, advirtió a las tropas francesas que estaban tratando de protegerlo que, si no le garantizaban que lo llevarían sano y salvo a Rabat, emplearía toda su influencia en su contra. Dos días más tarde, los bereberes atacaron Fez y penetraron por dos puertas. Los franceses rechazaron el ataque y los hicieron retroceder treinta kilómetros. El extrarradio de la ciudad se fortificó rápidamente, y unas semanas después el general Lyautey atacó a los rebeldes en el valle del Sebú, liberando a Fez por completo.

Superado el peligro militar, el general Lyautey emprendió la gran tarea en la administración civil. Su objetivo era apoyar y fortalecer al gobierno ya existente, tranquilizar y pacificar a los grupos antagónicos, que estaban muy recelosos, y reafirmar la autoridad francesa sin irritar a los nativos ni desalentarlos con respecto a sus ambiciones.

Mientras tanto, en el sur se había levantado un nuevo *Mahdi*^[42] (Ahmed al-Hiba), que recibió el traicionero apoyo de Abd al-Hafid, fue proclamado sultán en Tiznit y fue reconocido por todo el Souss. En Marrakech, el malestar de la población autóctona había hecho que los europeos se escaparan a la costa, y en el norte surgió un nuevo grupo de tribus rebeldes que amenazaban con atacar Fez.

Al-Hiba entró en Marrakech en agosto de 1912 y el cónsul francés y muchos otros residentes fueron hechos prisioneros. Las fuerzas de al-Hiba, entonces, avanzaron hacia un punto intermedio entre Marrakech y Mazagan, donde el general Mangin, que en aquel momento era un coronel colonial, les salió al paso y les infligió una aplastante derrota. En el sur había graves disturbios y la población local solicitó protección contra las depredaciones salvajes de los nuevos rebeldes mahdistas, por lo que fue necesario que las tropas francesas siguieran combatiendo con éxito y, en septiembre, tomaron Marrakech.

Así de inmediatos y brillantes fueron los resultados de la intervención del general Lyautey. Las primeras dificultades se habían superado con rapidez; otras, mucho más complicadas, todavía estaban por vencerse. A la ocupación militar de Marruecos tenía que seguir su reorganización civil. Mediante el Tratado franco-alemán de 1911, Alemania al fin había aceptado reconocer el protectorado francés en Marruecos; pero a pesar del reconocimiento explícito de este derecho, Alemania, como de costumbre, se las ingeniaba para introducir en el contrato ciertas ambigüedades formales que, con mucha probabilidad, traerían problemas en el futuro.

Para lograr este tratado incompleto, Francia había tenido que sacrificar parte de sus colonias en África ecuatorial. Y además de la incierta relación con Alemania, había que tomar en consideración el peso muerto de la zona española y la confusa administración internacional de Tánger. La zona española, desastrosamente gobernada, siempre ha sido un centro de las intrigas alemanas y de las conspiraciones de la población local, así como un permanente obstáculo para el desarrollo económico de Marruecos.

Éstos eran los problemas con que el general Lyautey se encontró. Su larga experiencia en las colonias, así como una combinación poco habitual de talentos militar y administrativo eran su bagaje para la tarea, casi imposible, de resolverlos. Rápido y decidido cuando es necesario llevar a cabo acciones militares, tiene, sobre todo, la visión a largo plazo y la paciencia infinita que necesita cualquier gobernador colonial que pretenda tener éxito. La política de Francia en Marruecos había sido, hasta entonces, débil y discontinua, y en sus manos se volvió sólida y estable. Su receptiva comprensión de los prejuicios locales y un verdadero afecto por el carácter autóctono hicieron que intentara poner en marcha una administración que no tendría el objetivo de aplicar las ideas francesas a las condiciones africanas sino el de fomentar el desarrollo de las mejores aspiraciones de la población local. Las dificultades eran inmensas. El intento de gobernar, en la mayor medida posible, por medio de los grandes jefes de las distintas facciones era sensato, pero se vio dificultado por el hecho de que estos poderosos líderes, por muy leales que fueran al protectorado, no conocían ningún método de administración que no se basara en la extorsión. Era necesario al mismo tiempo utilizarlos y educarlos, y uno de los grandes logros del general Lyautey ha sido emplear con éxito las capacidades locales para el gobierno del país.

2.

Lo primero que había que hacer era crear una frontera más fuerte contra las tribus disidentes del Blad es-Siba^[43]. Para lograrlo, era necesario que los franceses controlaran las defensas naturales del país, las estribaciones del Pequeño y del Gran Atlas y el valle del Muluya, que forma un corredor entre el oeste de Argelia y Marruecos. Esto estaba casi conseguido en 1914, cuando estalló la guerra.

En aquel momento, el gobierno envió un cable al general residente para que mandara todas las tropas de que disponía a Francia, abandonando por completo los territorios conquistados a excepción de las ciudades de la costa. Hacer eso hubiera significado entregar las colonias^[44] más ricas de Francia directamente a Alemania en un momento en que lo que éstas podían proporcionar —carne y trigo— era exactamente lo que más necesitaba el enemigo.

El general Lyautey se tomó cuarenta y ocho horas para pensarlo, y decidió «vaciar el huevo sin romper el cascarón». La respuesta que envió fue la de un gran patriota y un gran general. Dijo: «Les enviaré todas las tropas que me piden, pero en lugar de abandonar el interior del país, conservaré lo que ya hemos conquistado y fortificaré y ampliaré nuestras fronteras». Ningún otro documento militar tiene una resonancia tan parecida al inmortal parte que el mariscal Foch envió desde el Marne (y que escribió sólo unas semanas después): «Mi centro está roto, mi ala derecha está flaqueando, la situación es favorable y estoy a punto de atacar».

El contexto de la respuesta del general Lyautey era de exaltación patriótica: el ánimo de todos los franceses estaba tenso hasta un extremo sobrehumano. Pero una vez hecha la promesa, había que cumplirla, e incluso aquellos que más aplaudieron su decisión se preguntaban cómo se enfrentaría a las casi insuperables dificultades que aquélla suponía. En Marruecos, cuando a él lo habían enviado, ya existía un complejo laberinto de intereses comerciales e intrigas políticas de Alemania, y la fruta dio la impresión de estar a punto de caer cuando la declaración de guerra hizo que temblara la rama. La única manera de salvar la colonia para Francia era mantener viva su actividad industrial y agrícola y aplicar la famosa expresión *business as usual*^[45] de un modo realmente justificable.

El general Lyautey tuvo un éxito absoluto, y la primera impresión de todos los viajeros que llegaron a Marruecos dos años más tarde era que regresaban a un mundo que, de repente, estaba en condiciones normales. Dado lo completa que era la ilusión, incluso había un primer momento de sorpresa casi dolorosa al entrar en una comunidad próspera y activa, aparentemente tan absorta en sus intereses materiales inmediatos como para dejar de lado todo pensamiento sobre el horrible drama que estaba teniendo lugar en la madre patria. Pero sólo pensándolo bien se llegaba a la conclusión de que ese ensimismamiento en las tareas cotidianas y ese aire de alegre fe en el futuro eran la mejor forma que tenía Marruecos de servir a Francia.

Porque no sólo había que suministrarle provisiones a Francia, sino que también era necesario preservar en la mente de los locales la confianza en el triunfo final. La influencia alemana estaba tan profundamente arraigada como un cáncer; para extirparla se requería llevar a cabo la más drástica de las operaciones, que consistía, precisamente, en demostrar que Francia era lo suficiente fuerte y próspera como para que sus colonias se desarrollaran y expandieran sin miedo mientras ella mantenía a raya, en sus propias fronteras, al enemigo más poderoso que nunca se había visto. En eso consistía la «política de la sonrisa», propugnada de manera sistemática por el general Lyautey desde el comienzo de la guerra, y de la que él y su casa eran los primeros en dar ejemplo.

3.

El general había dicho que él no «rompería el cascarón», pero sabía que eso no era suficiente: además, tenía que lograr que pareciera irrompible si pretendía conservar la confianza de la población autóctona.

Cómo pudo conseguirlo con la ayuda de las pocas tropas que le dejaron todavía es algo casi incomprensible. Mantener la frontera fija era virtualmente imposible; por lo tanto, hizo que se ampliara. Un escritor anónimo, en *L'Afrique Française* (enero de 1917), ha descrito la maniobra de este modo: «El general Henrys recibió instrucciones para que estuviera atento a cualquier señal de movimiento en el frente, para que aplastara cualquier estallido, para que fortaleciera los puntos débiles y rectificara las fronteras poco claras. Gracias a estas operaciones, que mantenían a los rebeldes siempre tensos a fuerza de anticiparse a sus propios planes, el territorio ocupado se pudo ampliar tomando algunas posiciones que se fortificaron enormemente». Mientras esto sucedía en el norte, el general Lamothe lograba, a través de negociaciones pacíficas, que la influencia de los grandes jefes de las diversas tribus se extendiera y se reforzara en el sur. Simultáneamente, otros agentes de la Residencia se dedicaban a vigilar y desbaratar las incesantes intrigas de los alemanes en la zona española.

Al general Lyautey se le atribuye la siguiente frase: «Un taller bien vale un batallón». Incluso durante los oscuros primeros días de 1914, consiguió llevar este precepto a la práctica, y el desarrollo interior de Marruecos fue paralelo al fortalecimiento de sus defensas. Alemania se había dado cuenta

hacía mucho tiempo de lo importante que sería África del Noroeste durante la guerra, y el general Lyautey tenía la determinación de demostrar que Alemania no se equivocaba. Y lo hizo consiguiendo que el gobierno, al que le había entregado casi la totalidad de sus tropas, le proporcionara, en contrapartida, un ejército agrícola e industrial, o al menos una cantidad de especialistas suficiente como para organizar tal ejército a partir de lo que había en el país. Por cada batalla que se libraba, se construía una carretera^[46]; por cada fuerte rebelde que se bombardeaba, se levantaba una fábrica, se hacía un puerto o se araban y sembraban unos cuantos kilómetros de tierras en barbecho.

Pero este desarrollo económico no satisfizo al general residente, que quería que Marruecos incrementara sus relaciones económicas con Francia y los demás países aliados y, con este objetivo en mente, planificó y llevó a cabo una serie de muestras en Casablanca, Fez y Rabat que fueron un éxito brillante. El resultado de esta atrevida política sobrepasó incluso las expectativas de su creador. Los marroquíes de la planicie son un pueblo industrial y amante de la riqueza, y la contemplación de estas muestras, organizadas rápidamente, en las que se exhibían productos industriales y artísticos traídos de Francia y de otros países europeos en unos pintorescos edificios que se agrupaban en torno a unos jardines llenos de flores, los fascinó y reforzó su confianza en el país que era capaz de encontrar tiempo para realizar tal esfuerzo en el medio de una gran guerra. *La voz del bazar* hizo llegar la noticia hasta los más lejanos confines del Magreb, y uno tras otro fueron llegando los notables de las diferentes tribus, incluyendo delegaciones procedentes de Argelia y Túnez. Se dijo incluso que varios jefes rebeldes se habían sometido al *Makhzen* con tal de no perderse la muestra.

Al mismo tiempo que tenía lugar el «milagro del Marne» se llevaba a cabo otro, menos famoso pero casi tan vital para Francia, en el otro extremo de sus dominios. No parecerá exagerado hablar de los logros de general Lyautey durante el primer año de la guerra como del «milagro de Marruecos» si se tiene en cuenta la inmensa importancia que tuvo lo que hizo en el momento en que lo hizo. Y para comprender esto, basta con imaginarse lo que Alemania podría haber obtenido, en cuestión de suministro y de hombres, de una África del Norte alemana, y cuál habría sido la situación de Francia durante la guerra si una poderosa colonia alemana hubiera ejercido el control del oeste del Mediterráneo.

El general Lyautey siempre ha sido uno de esos lúcidos administradores que entienden que el buen gobierno de un país extranjero depende de muchas

pequeñas cosas, de las que no es la menos importante la sincera simpatía del administrador por las tradiciones, las costumbres y los gustos del pueblo. Su delicado sentido de la belleza lo preparaba para apreciar todo lo más exquisito y venerable en el arte árabe que había en Marruecos, e incluso cuando se tuvo que enfrentar por primera vez a problemas políticos y militares encontró tiempo para reunir a un grupo de arqueólogos y artistas a quienes se encargó la inspección y la conservación de los monumentos nacionales y la revitalización de las industrias artesanales locales, que estaban languideciendo. Las antiguas alfarería y joyería y los trabajos del metal, así como la manufactura de alfombras y bordados de las diferentes regiones, fueron cuidadosamente observados y clasificados. Se fundaron escuelas de artes decorativas, se buscaron artesanos habilidosos y se hicieron todos los esfuerzos posibles para instar a los residentes europeos a que siguieran los modelos autóctonos y emplearan artesanías autóctonas tanto en la construcción como en el amueblado.

En las diversas muestras se dedicó mucho espacio a estas resucitadas industrias, y las esteras de Salé, las alfombras de Rabat, los bordados de Fez y de Marrakech ya han encontrado un mercado bien predispuesto en Francia, además de despertar, entre los colonos más cultos, un aprecio por los antiguos edificios y las antiguas artes del país que será su más eficaz garantía de supervivencia frente a los destructivos efectos de la expansión colonial. Basta con ver los estragos que ha causado en Túnez y Argelia la poderosa mano del gobierno colonial para entender lo que el general Lyautey ha conseguido en Marruecos, evitando también esta otra forma de destrucción.

Todo esto lo ha logrado el general residente durante cinco años de dificultades incesantes y sin precedentes, y probablemente la explicación más convincente del milagro es la que él mismo da cuando dice, con la sonrisa tranquila que ejemplifica la política que implantó en Marruecos con respecto a la guerra: «Fue fácil de hacer porque me gustaba este pueblo».

El trabajo del protectorado francés (1912-1918)

PUERTOS

Debido al hecho de que la abandonada zona española, carente de carreteras, se extendía entre los territorios franceses y Tánger, que es el puerto

natural de Marruecos, una de las primeras preocupaciones del general Lyautey fue construir puertos a lo largo de la inhóspita costa atlántica, donde no los hay naturales.

Desde 1912, a pesar del inmenso coste y de las grandes dificultades que había para encontrar mano de obra, se ha hecho lo siguiente:

Casablanca. Se ha planificado un malecón de 1900 metros de longitud. En diciembre de 1917 se habían construido 824 metros.

En 1916 se comenzó a construir un pequeño embarcadero, que se concluyó en 1917, de 330 metros de longitud. Este pequeño puerto puede resguardar barcos pequeños (de hasta 150 toneladas) con todo tipo de condiciones climáticas.

Se ha terminado ya un muelle de 747 metros de longitud.

Hay 16 grúas a vapor en funcionamiento.

Se han hecho almacenes y depósitos de una extensión total de 41 985 metros cuadrados.

Rabat. Trabajos concluidos en diciembre de 1917.

Un muelle de 200 metros de longitud, donde pueden amarrar embarcaciones con un calado de hasta tres metros.

Dos grupos de depósitos con sus grúas a vapor, etcétera, de una extensión total de 22 600 metros.

Un muelle de 100 metros de longitud en la orilla del río del lado de Salé.

Kenitra. El puerto de Kenitra está en la desembocadura del río Sebú, y puede convertirse en un buen puerto fluvial.

Los trabajos realizados hasta diciembre de 1917 incluyen:

Un canal de 100 metros de longitud y tres de profundidad, realizado en la barra del Sebú.

Embarcaderos construidos a ambos lados del canal.

Un muelle de 100 metros de longitud.

Naves, depósitos, almacenes, grúas a vapor, etcétera.

En los puertos de **Fedalah, Mazagan, Saffi, Mogador y Agadir** se van a llevar a cabo planes similares.

TABLAS COMPARATIVAS

COMERCIO

1912

1918

Comercio total
(en francos)

177 737 723

Exportaciones

67 080 383

Comercio total
(en francos)

386 238 618

Exportaciones

116 148 081

CARRETERAS CONSTRUIDAS

Carreteras nacionales

2074 kilómetros

Carreteras secundarias

559 kilómetros

VÍAS FÉRREAS CONSTRUIDAS

622 kilómetros

TIERRA CULTIVADA

1915

Área aproximada

21 165 hectáreas

1918

Área aproximada

1 681 308 hectáreas

JUSTICIA

1. Creación de tribunales franceses para ciudadanos franceses y para todos aquellos que estén bajo la protección de Francia. Estos tribunales tienen competencia para los casos civiles en que ambas partes, o al menos una, sean responsables ante la jurisdicción francesa.
2. La ley de Marruecos es musulmana, y la administran magistrados musulmanes. Las leyes que rigen los asuntos civiles, incluidas las herencias, se basan en el Corán. El sultán ha mantenido este principio, por medio del cual la propiedad de bienes raíces y los casos administrativos son competencia de la legislación local. Estos tribunales, en la medida de lo posible, se supervisan y controlan mediante el establecimiento de un Ministerio de Justicia Jerifiano. Se pone especial cuidado en prevenir la enajenación de propiedades colectivas, u otras transacciones similares que puedan producir disturbios políticos o económicos.
3. El sultán delega todo lo relativo a la jurisdicción criminal en pachás y cadíes excepto las ofensas cometidas contra, o en conjunción con, ciudadanos franceses o todos aquellos que estén bajo la protección de

Francia. Estos casos se resuelven ante los tribunales del protectorado francés.

EDUCACIÓN

El objetivo del protectorado ha sido, por una parte, proporcionar a los hijos de los colonos franceses la misma educación que podrían haber recibido en las escuelas primarias y secundarias de Francia; y por otra, ofrecer a la población autóctona un sistema educativo que dé a los jóvenes marroquíes una adecuada formación comercial o manual, o los prepare para ocupar puestos administrativos, pero sin interferir con sus costumbres y creencias.

Antes de 1912, en Marruecos sólo existían algunas pequeñas escuelas que mantenían la legación francesa de Tánger y la *Alliance Française*, así como un grupo de escuelas hebreas en las *Mellahs*, mantenidas por la Alianza Universal Israelita.

1912	Número total de escuelas	37
1918	Número total de escuelas	191
1912	Número total de alumnos	3006
1918	Número total de alumnos	21 520
1912	Número total de profesores	61
1918	Número total de profesores	668

Además de las escuelas francesas y locales, se han creado unas escuelas de costura para las chicas nativas que han tenido un éxito especial.

En Rabat y en Fez se han fundado universidades musulmanas con el objetivo de ofrecer una educación inspirada en los principios autóctonos a los jóvenes mahometanos de las clases más altas que tengan la intención de emprender negocios mercantiles o relacionados con la banca, o de prepararse para ocupar puestos políticos, judiciales o administrativos en el gobierno del sultán. La carrera dura cuatro años y abarca las siguientes asignaturas: árabe, francés, matemáticas, historia, geografía, instrucción religiosa (mahometana) y la ley coránica.

La *École Supérieure de la Langue Arabe et des Dialectes Berbères* de Rabat recibe estudiantes europeos y marroquíes. Sus asignaturas son: árabe,

dialectos bereberes, literatura árabe, etnografía, derecho administrativo marroquí, derecho musulmán y derecho consuetudinario bereber.

ATENCIÓN MÉDICA

El protectorado ha fundado 113 centros médicos para la población autóctona, que van desde simples dispensarios y pequeños centros de enfermería locales hasta los importantes hospitales de Rabat, Fez, Meknez, Marrakech y Casablanca.

Existen unos grupos sanitarios móviles que, dotados de ambulancias, viajan por todo el país y se dedican a poner vacunas, a hacer inspecciones sanitarias, a investigar las áreas donde abundan las infecciones y a proporcionar a los habitantes de las regiones más remotas una educación general relativa a la higiene.

Pacientes nativos atendidos en 1916, por encima de 900 000

Pacientes nativos atendidos en 1917, por encima de 1220 800

Alojamientos nocturnos para personas sin hogar en las ciudades

En todas las ciudades hay un albergue para los caminantes indigentes, que son muy numerosos en Marruecos. Estos alojamientos sirven como centros de desinfección; los casos sospechosos se ponen en cuarentena en campamentos instalados a las puertas de las ciudades.

Laboratorio Central de Rabat

Es una especie de Instituto Pasteur. En 1917, en todo el país se vacunó a 210 000 personas, y en el Laboratorio se curó de la rabia a 356 pacientes.

Clínicas para enfermedades venéreas

Se han fundado en Casablanca, Fez, Rabat y Marrakech.

En 1917 se atendieron más de 15 000 casos.

Clínicas de oftalmología

Las que hay en esas mismas ciudades recibieron, en 1917, 44 600 consultas.

Radioterapia

Se han abierto clínicas en Fez y en Rabat para tratar enfermedades de la piel de la cabeza, que los niños nativos sufren con frecuencia.

El Ministerio Francés de Sanidad distribuye anualmente una inmensa cantidad de quinina en los distritos afectados por la malaria.

Las obras de caridad particulares de Madame Lyautey incluyen unos centros de protección a la infancia, admirablemente administrados, situados en las principales ciudades, que cuentan con dispensarios para las madres nativas y sus hijos.

VII

Una breve historia de Marruecos^[47]

1. Los bereberes

Por muy escueto que sea, un resumen de la historia de Marruecos debe tener en cuenta ante todo un factor que, desde que existen registros documentales, ha condicionado toda la historia de África del Norte: la existencia, desde el Sahara hasta el Mediterráneo, de una raza indígena misteriosa e irreducible con la que cualquier gobierno extranjero, de Cartago a Francia, ha tenido que vérselas, y que sólo de un modo parcial ha asimilado la lengua, la religión y la cultura que sucesivas civilizaciones han tratado de imponerle.

Esta raza, la raza de los bereberes, nunca se ha convertido realmente al islam, según nos cuentan los exploradores modernos; y tampoco se volvieron fenicios, romanos ni vándalos. Ha impuesto sus costumbres mientras aparentaba adoptar las de sus invasores y ha representado permanentemente, fuera del círculo ismaelita e hispano-arábico del *Makhzen*, a las muy perturbadoras tribus disidentes, rebeldes y nunca sometidas del Blad es-Siba.

¿Quiénes eran esas tribus indígenas con quienes los fenicios, cuando fundaron sus primeras contadurías en las costas del norte y del oeste de África, intercambiaban paños y cerámicas y armas por marfil, plumas de avestruz y esclavos?

Los historiadores admiten con franqueza que no lo saben. Hasta la fecha, el estudio de los orígenes de los bereberes se ha visto dificultado por todo tipo de obstáculos materiales, pero parece claro que, desde los comienzos de la historia, eran una raza mixta, por lo que el etnólogo que se proponga definirlos se encuentra con el mismo problema que tiene el historiador de la América moderna que pretenda encontrar una definición racial de un «americano». Durante siglos, África del Norte ha sido lo que América es ahora: la contaduría del mundo. Cuando por fin los exploradores se dieron

cuenta de que no todos los nativos de África del Norte eran árabes o moros, se quedaron desconcertados ante la cantidad de posibilidades que había para explicar lo que eran: sus raíces eran múltiples y enmarañadas, y su cultura preislámica se entretrejía íntimamente con las de otras sociedades más antiguas y ricas.

Monsieur Saladin, en su *Manual de arquitectura musulmana*, tras intentar desenredar todos los elementos que influyeron en la construcción de la mezquita de Kairuán, los muros de Marrakech, las medersas de Fez —influencias que lo retrotrajeron hasta las cabañas de ramas de los caldeos, las murallas de Babilonia y los motivos ornamentales de los coptos de Egipto—, resume sus conclusiones con cierta desesperación: «Los principales elementos que proporcionan al arte musulmán los estilos que lo precedieron se pueden enumerar de la siguiente manera: de la India, los ornamentos florales; de Persia, los principios estructurales de los aqueménidas y la bóveda sasánida. Mesopotamia aporta el sistema para sostener las bóvedas, una ornamentación grabada con buril y las proporciones; los coptos, los detalles ornamentales en general; Egipto, la masa y los muros sin aberturas; España, la construcción y los adornos romano-ibéricos; África, los detalles decorativos y las tradiciones romano—bereberes (con influencias bizantinas en Persia); Asia Menor, una combinación de las características bizantinas y persas».

Lo mismo que sucede con el arte de África del Norte sucede con su población, supuestamente autóctona. Los dialectos bereberes se extienden desde el desierto de Libia hasta Senegal. Su lengua probablemente esté relacionada con el copto, que a su vez se halla relacionado con el egipcio antiguo y los dialectos no semíticos de Abisinia y Nubia. Pero los filólogos han descubierto lo que parece ser un lejano eslabón que une las lenguas bereberes y semíticas, y los Shleuhs del Draa y del Souss, con sus cuerpos altos y delgados, semejantes a los de los egipcios, y sus narices aguileñas, podrían tener algo de sangre semítica. *Monsieur* Augustin Bernard, hablando de los nativos de África del Norte, termina de un modo muy similar a como lo hace *Monsieur* Saladin cuando habla del arte musulmán: «En su sangre se combinan muchas razas, la fenicia, la púnica, la egipcia y la árabe».

No eran, como los árabes, completamente nómadas, pero la tienda, el rebaño y la tribu formaban parte de su concepción de la vida. *Monsieur* Augustin Bernard ha señalado que, en África del Norte, las costumbres sedentarias y nómadas no conllevan una serie de diferencias permanentes sino que éstas son temporales, en función de cada situación y de cada ocasión. Los bereberes sedentarios se vuelven nómadas en determinadas circunstancias y,

desde los tiempos más remotos, los bereberes nómadas e invasores se convierten en sedentarios cuando llegan a las ricas planicies del norte del Atlas. Pero cuando construían ciudades, era como cuando sus ancestros y vecinos montaban las tiendas, y las destruían o las abandonaban con tanta ligereza como la que mostraban sus antepasados del desierto en cargar a sus camellos y desplazarse en busca de nuevos pastos. Detrás de todas las erizadas murallas y las torres erigidas sobre rocas del antiguo Marruecos acecha el oscuro espíritu de la inestabilidad. Cada nuevo sultán se construye un nuevo hogar y deja que los palacios de sus predecesores se deterioren. Y lo mismo hacen sus vasallos y funcionarios. El cambio es la norma en esta civilización aparentemente inmutable, donde «lo único que permanece es la mutabilidad».

2. Fenicios, romanos y vándalos

Muy hacia el sur del Anti-Atlas, en los desiertos amarillos que conducen a Tombuctú, viven los salvajes tuaregs, los hombres del sur que se cubren la cara, que van a la guerra con el rostro tapado con un velo de lino.

Estos hombres del velo son bereberes, pero su alfabeto está hecho de caracteres libios, que son de la misma familia de los signos grabados en algunos jarrones hallados en el valle del Nilo que, probablemente, tienen unos seis mil años de antigüedad. Es más, hay un gran parecido entre las imágenes talladas en piedra que se encuentran en el desierto africano y el Amón tebano coronado con el disco solar, entre serpientes. Y la antigua religión de los bereberes, con su adoración al sol y a los animales, es semejante en muchos aspectos a las creencias egipcias. Todo esto implica que hubo contactos comerciales muy anteriores a lo que la historia puede determinar, así como enigmáticas idas y venidas de muchedumbres inquietas que atravesaban distancias increíbles mucho antes de que los fenicios instalaran sus primeros puestos comerciales en la costa del norte de África alrededor del año 1200 a. C.

Quinientos años antes de Jesucristo, Cartago envió a uno de sus almirantes de viaje más allá de los Pilares de Hércules con intenciones colonizadoras. Hannon partió con sesenta galeras de cincuenta remos cada una, que transportaban, en total, a treinta mil personas. Algunas de ellas se establecieron en Mehedia, en la desembocadura del Sebú, donde se han

encontrado restos fenicios. Parece que la exploración llegó muy al sur, hasta la costa de Guinea, ya que las inscripciones que dan cuenta de ella relatan que Hannon pudo contemplar elefantes, hombres peludos y «salvajes llamados gorilas». En cualquier caso, Cartago fundó colonias estables en Melilla, Larache, Salé y Casablanca.

Después llegaron los romanos, que mantuvieron vivas las actividades comerciales, establecieron uno de sus tolerantes protectorados en Mauritania Tingitana^[48] y construyeron un importante puesto de avanzada militar, Volubilis, en el Zerhoun, probablemente conectado con Salé, en la costa oeste, por medio de una serie de defensas más pequeñas. De este modo, la provincia romana se protegía de los bereberes del sur, cuyos territorios nunca habían sido conquistados.

Mauritania Tingitana fue uno de los numerosos graneros africanos de Roma. También proporcionó la famosa caballería africana al ejército imperial. Entre los muchos artículos de menor relevancia que importaban, había pintadas, caracoles, miel, euforbia, animales salvajes, caballos y perlas. El dominio romano terminaba en la línea que pasaba entre Volubilis y Salé. No había ningún interés por seguir extendiéndose hacia el sur, ya que el comercio de marfil y de esclavos con Sudán se llevaba a cabo a través de Trípoli. Pero el espíritu aventurero de este pueblo no se saciaba nunca, y Plinio menciona el viaje de un general romano —Suetonio Paulino— que, según parece, cruzó el Atlas, probablemente por el paso de Tizi n-Telremt, que incluso en la actualidad está tan lleno de dificultades que el acceso por tierra hasta el Souss continuará siendo una empresa ardua hasta que el camino que pasa por Imintanut sea seguro para los viajeros europeos.

Los vándalos expulsaron a los romanos en el siglo V. El Bajo Imperio restauró la civilización durante un breve periodo, pero su autoridad fue menguando paulatinamente hasta quedar reducida al gobierno, medio legendario, del Conde don Julián, que resistía encerrado tras sus murallas de Ceuta. Después, Europa desapareció de las costas de África, y aunque el cristianismo persistió, aquí y allá, en algunas colonias donatistas, y en los nombres de las diócesis romanas, su débil presencia concluyó en el siglo VIII ante el irresistible grito de «¡Alá es el único Dios!».

3. La conquista árabe

Se dice que la primera invasión árabe de Marruecos llegó hasta la costa atlántica, pero no dejó ninguna huella duradera, y la verdadera islamización de Berbería no tuvo lugar hasta el final del siglo VIII, cuando un descendiente de Alí, venido de Mesopotamia siguiendo instrucciones del califato, llegó a las montañas que se ciernen sobre Volubilis y allí fundó un imperio. Los bereberes, aunque eran indiferentes en cuestiones religiosas, siempre habían tendido, merced a su espíritu independiente, a la herejía y el cisma. Bajo el gobierno de la Roma cristiana habían sido donatistas, como dice *Monsieur Bernard*, «por oposición al Imperio», y de la misma manera, por oposición al califato, adoptaron la causa de todos los cismáticos musulmanes que fueron apareciendo. Sus movimientos populares más importantes siempre han tenido una base religiosa, o quizá sería más exacto decir que han usado la religión como pretexto; y es que en realidad estos movimientos han sido revueltas, debidas en parte a cuestiones morales y en parte a la envidia, de unas tribus de guerreros hambrientos y ascéticos que se levantaban contra la gordura y la corrupción de las «ciudades de la planicie».

Idriss I se convirtió en el primer gobernante y santo nacional de Marruecos. Sus dominios se extendían por todo el norte del país, y su hijo, Idriss II, tras atacar a una tribu beréber que se había instalado en la ribera del río Fez, los puso en fuga, tomó posesión de su oasis y fundó la ciudad de Fez. Allí acudieron refugiados cismáticos de Kairuán y moros de Andalucía. Se fundó entonces el Imperio islamista de Marruecos, e Idriss II se ha convertido en el ancestro legendario de todos sus gobernantes posteriores.

El gobierno de los Idrises es un fárrago de oscuras luchas entre diversos grupos de seguidores, que se funden rápidamente. Sus principales consecuciones son: la fundación de Mulay Idriss y de Fez, y la construcción de las mezquitas de Al Andalus y Al Qarauín en Fez para los dos grupos de refugiados que habían llegado desde Túnez y España. Mientras tanto, el califato de Córdoba había alcanzado el punto álgido de su poder, mientras el de los fatimitas se extendía desde el Nilo hasta el oeste de Marruecos, y el pequeño imperio de los Idrises, pulverizado bajo el peso de estas fuerzas en expansión, se convertía, una vez más, en un conjunto de tribus desintegradas.

Hasta el siglo XI, todo este polvo no volvió a conglomerarse de nuevo. Dos tribus árabes del desierto del Hedjaz, que los fatimitas habían hecho desplazarse al oeste, entraron en Marruecos; no se trataba de una pequeña expedición militar, como las que los árabes ya habían realizado con anterioridad, sino de una horda de emigrantes formada, se calcula, por

doscientas mil familias. Esta primera ola de colonización fue, sin ninguna duda, seguida por otras.

Para fortalecer su posición en Marruecos, los colonizadores árabes adoptaron los feudos dinásticos de los bereberes. Inauguraron un periodo de confusión generalizada que acabó con la mínima prosperidad que había sobrevivido a la caída del gobierno de los Idrises, y muchas tribus bereberes se refugiaron en las montañas, pero otras se quedaron donde estaban y se fundieron con los invasores, convirtiéndose en tribus nuevas en que se mezclaban las sangres bereber y árabe. Esta invasión fue casi puramente destructiva, y representa una de las épocas más lúgubres del desarrollo del «despilfarrador imperio» del Magreb.

4. Almorávides y almohades

Mientras los árabes hilalianos conquistaban y destruían el norte de Marruecos, otra invasión más provechosa llegaba desde el sur. Los almorávides, una de las tribus de hombres sureños que van con un velo, llevados por la habitual combinación de fervor religioso y ansias de riqueza, decidieron invadir los ricos reinos negros que había al norte del Sahara. Desde allí cruzaron el Atlas a las órdenes de su gran jefe, Yusef ben-Tachfin, y fundaron la ciudad de Marrakech en 1062. Desde Marrakech avanzaron hasta el Fez de los Idrises y el valle del Muluya. Fez se levantó contra sus conquistadores, y Yusef acabó con la vida de todos sus habitantes varones. En 1084 ya dominaba Tánger y el Rif, y su gobierno se extendía largamente hacia el oeste, hasta Tlemcen Orán y, finalmente, hasta Argelia.

Su ambición lo llevó, a través del Estrecho, hasta España, donde derrotó, uno tras otro, a varios príncipes musulmanes y acabó con la opulenta civilización de la Andalucía mora. En 1086, en Zallarca, Yusef se enfrentó con Alfonso VI de Castilla y León. El ejército almorávide era una extraña mezcla de árabes, bereberes, negros, tribus salvajes del Sahara y mercenarios cristianos. Derrotaron a las fuerzas españolas y Yusef dejó a sus sucesores un imperio que se extendía desde el Ebro hasta Senegal, y desde la costa atlántica de África hasta las fronteras de Túnez. Pero el imperio cayó por su propio peso, y apenas dejó huellas de su breve y tormentosa existencia. En la misma época en que Yusef vencía a las fuerzas de la cristiandad en Zallarca,

en España, otra tribu cismática de su propio pueblo liberaba a Marrakech y a las regiones del sur de su gobierno.

El cabecilla de esta nueva invasión era un *Mahdi*, uno de los numerosos Salvadores del Mundo que han llevado la muerte y la destrucción a lo largo y ancho de todo el islam. Su nombre era Ibn Tumert, y había viajado por Egipto, Siria y España, además de peregrinar a La Meca. Predicaba la doctrina de un monoteísmo purificado, y llamó a sus seguidores los almohades o unitarios, para distinguirlos de los politeístas almorávides, cuyas herejías se dedicó a denunciar. Fortificó la ciudad de Tinmel, en el Souss, y construyó allí una mezquita cuyas ruinas todavía se conservan. Cuando murió, en 1128, designó como su sucesor a Abd al-Mumen, hijo de un alfarero que había sido su discípulo.

Abd al-Mumen continuó la campaña contra los almorávides. No sólo los combatió en Marruecos sino también en España, y tomó Cádiz, Córdoba y Granada además de Tlemcen y Fez. En 1152, los territorios que dominaba en África iban desde Trípoli hasta el Souss, y para entonces había organizado un disciplinado ejército en que los mercenarios cristianos procedentes de Francia y de España luchaban junto a los bereberes y los sudaneses. Este gran capitán también fue un gran administrador, y bajo su gobierno, se midió África desde el Souss hasta Barka, se vigiló el país, se protegió la agricultura y las caravanas pudieron viajar con seguridad por las rutas comerciales.

Abd al-Mumen murió en 1163 y lo sucedió su hijo, que, a pesar de que sufrió algunos reveses en España, también fue un gran gobernante. Murió en 1184 y su hijo, Yacub al-Mansur, vengó la falta de éxitos de su padre en España con la gran victoria de Alarcos y la conquista de Madrid. Yacub al-Mansur fue el más grande de todos los sultanes marroquíes. Su fama se extendió hasta tal punto que el ilustre Saladino le envió regalos y le pidió que apoyara a su flota. Además de un guerrero, era un constructor, y el periodo más noble del arte árabe en Marruecos y en España coincide con su reinado.

Tras su muerte, el Imperio almohade siguió la curva descendente a la que parecen estar destinados todos los gobiernos orientales. En España, las fuerzas bereberes fueron derrotadas en la gran victoria cristiana de Las Navas de Tolosa. En Marruecos, los primeros movimientos de los benimerines (otra tribu del Sahara) estaban preparando el camino para una nueva dinastía.

5. *Los meriníes*

Los benimerines o meriníes eran nómadas que recorrían el desierto entre Biskra y el Tafilalet. No fue una convulsión religiosa lo que los condujo a conquistar Marruecos. Los desmoralizados almohades los reclutaron como mercenarios para defender su imperio, que se estaba desmoronando, y los meriníes llegaron, expulsaron a los almohades y ocuparon su lugar.

Tomaron Fez, Meknes, Salé, Rabat y Sidjilmasa, en el Tafilalet; y su segundo sultán, Abu Yusef, construyó Fez la Nueva (Al Yedid) sobre la colina que se levanta junto a la vieja ciudad idrisí. Los meriníes continuaron el combate contra el sultán de Tlemcen y volvieron a llevar la guerra santa a España. El conflicto con Tlemcen se prolongó largamente sin ningún éxito, y uno de los sultanes meriníes murió asesinado al pie de sus murallas. En el siglo XIV, el sultán Abu Hassan intentó reorganizar los fragmentos dispersos del Imperio almohade. Tlemcen al fin fue tomado y se anexionó la totalidad de Argelia. Pero en la planicie de Kairuán, en Túnez, Abu Hassan fue derrotado por los árabes. Mientras tanto, uno de sus hermanos había encabezado una revuelta en Marruecos, y los príncipes de Tlemcen recuperaron su antiguo reino. Las ciudades de Constantina y Bejaia también se rebelaron, y el reino de Abu Hassan desapareció como un espejismo. Sus sucesores se esforzaron en vano por tener a sus vasallos de Marruecos bajo control, y por conservar las posesiones que disfrutaban más allá de sus fronteras. Antes de que concluyera el siglo XIV, Marruecos, desde una punta hasta la otra, era una caótica mezcla de tribus enfrentadas, que no eran leales a nadie ni acataban ninguna ley. Los últimos meriníes, divididos, diezmados, sometidos a la España cristiana por medio de humillantes tratados, mantuvieron una soberanía más aparente que real en Fez y Marrakech, en guerra entre sí y contra sus vecinos. Entonces, España y Portugal aprovecharon ese momento de disolución interna para expulsarlos de España y continuar la guerra en el mismo Marruecos.

La breve y tormentosa etapa de los benimerines apenas parece dejar espacio para el desarrollo de las disciplinas humanísticas; y sin embargo, el florecimiento del arte y de la cultura marroquíes se produjo en estos años tumultuosos, y fue con los sultanes meriníes cuando Fez se convirtió en el centro de la educación y la industria de Marruecos, una especie de Oxford con un Birmingham incluido.

6. Los saadíes

Entretanto, por detrás de toda la confusión de los bereberes, se estaba realizando un trabajo secreto de propaganda religiosa. El elemento árabe había sido aplastado, pero no extirpado. Los burdos e idólatras bereberes, amantes de las riquezas, parecían dominar, pero cada vez que había un nuevo levantamiento o una nueva invasión, se basaba en el descontento religioso suscitado constantemente por agentes mahometanos. El vehemente deseo de un *Mahdi*, un Salvador, las ansias de purificación combinadas con la ocasión para asesinar y robar, siempre han dado a los apóstoles musulmanes la oportunidad para actuar. La caída de los meriníes fue el resultado de una larga serie de movimientos religiosos a los que la invasión europea proporcionó un objetivo y un grito de guerra.

Los saadíes eran jerifes árabes, recién llegados de Arabia, para los que el laxo paganismo de los bereberes era algo abominable. Predicaban una vuelta al credo de Mahoma y proclamaban la guerra santa contra los odiados portugueses, que habían instalado una serie de puestos fortificados a lo largo de la costa oeste de Marruecos.

Es un error suponer que el odio hacia el cristiano siempre existió entre los musulmanes de África del Norte. Las primeras dinastías, y especialmente la de los grandes sultanes almohades, tenían relaciones amistosas con los poderes católicos de Europa, y en el siglo XIII se firmó un tratado que garantizaba a los cristianos de África una completa libertad religiosa, salvo que no podían predicar su doctrina en lugares públicos. Hubo una diócesis católica en Fez y más adelante, durante el papado de Gregorio IX, otra en Marrakech, y hay una carta del Papa en la que agradece al *Miromilan* (el emir Al Mumenin) por su amabilidad con el obispo y los frailes que vivían en sus dominios. Inocencio IV recomendó a otro obispo al sultán de Marruecos; el Papa incluso llegó a pedir que a los cristianos que habitaban en Marruecos se les asignaran algunas fortalezas para poder refugiarse en épocas de disturbios. Pero la mejor prueba de las amistosas relaciones que mantenían los cristianos y los infieles es el hecho de que los ejércitos cristianos que ayudaron a los sultanes de Marruecos a derrotar a España y a someter a Argelia y Túnez no estaban formados por renegados y cautivos, como se suele suponer, sino por mercenarios, franceses o ingleses, que se ponían a las órdenes de caballeros y nobles y que combatían por el sultán de Marruecos exactamente de la misma manera que habrían combatido por el Duque de Borgoña, el Conde de Flandes o cualquier otro príncipe que les hubiera ofrecido un buen salario y les hubiera dado la esperanza de obtener un abundante botín. Cualquiera que haya leído a Villehardouin y a Joinville tendrá que admitir que no hay mucha

diferencia entre los motivos que animaban a estos nobles filibusteros y los que tuvieron los cruzados para saquear Constantinopla «mientras iban de paso» hacia el Santo Sepulcro. La guerra, en aquellos tiempos, se consideraba una lucrativa y legítima forma de hacer negocios, exactamente como cuando los antiguos héroes decidieron tomar por asalto la rica ciudad de Troya.

Los bereberes nunca han sido fanáticos religiosos, y el Vizconde de Foucauld, cuando realizó su gran viaje de exploración al Atlas en 1883, señaló que el antagonismo hacia el extranjero siempre se debía a que tenían miedo al espionaje militar, y no a motivos religiosos. Esto también vale para los bereberes del siglo XVI, cuando se preconizó la guerra santa contra los católicos españoles y portugueses. La verdadera causa de ese repentino odio a muerte al extranjero era doble. Se detestaba a los españoles debido a la feroz crueldad con que habían expulsado a los moros de España durante el reinado de Fernando e Isabel; y a los portugueses por la arrogancia y brutalidad de sus colonizadores militares en los centros comerciales fortificados de la costa oeste. Y ambos eran temidos como posibles conquistadores y caciques.

Y había un tercer aliciente: los marroquíes, comerciando con esclavos negros para el mercado europeo, habían descubierto el valor de los esclavos blancos en los mercados musulmanes. El sultán tenía su flota, y cada una de las ciudades costeras albergaba algunos poderosos navíos piratas, y partiendo de nidos de bucaneros como Salé y Tánger, los asaltantes continuaron, hasta bien entrado el siglo XIX, apoderándose de embarcaciones europeas y llevando a sus pasajeros a los mercados de esclavos de Fez y Marrakech^[49]. Las miserias que tenían que soportar estos cautivos, que se describen de un modo tan conmovedor en los viajes de John Windus y en el *Naufrage du Brick Sophie*^[50], de Charles Cochelet, muestran lo salvajes que se habían vuelto los sentimientos contra el extranjero.

Con la llegada de las dinastías de los jerifes, que coincidieron con esta reforma religiosa, y fueron, de hecho, impulsadas por ésta, Marruecos se convirtió en un país cerrado, tan celosamente protegido contra las influencias europeas como Japón. Al quedar apartados de la influencia de la civilización, los musulmanes se aislaron en un fanatismo solitario, mucho más racial que religioso, por lo que la historia del país, desde la caída de los meriníes hasta la anexión francesa, es poco más que un aburrido relato de guerras tribales.

El movimiento religioso del siglo XVI fue dirigido y alimentado por los zelotes del Sahara. Uno de ellos se apoderó de Rabat y de Azemur, y llamó a la guerra santa; otros «feudos» (como bien los ha llamado *Monsieur Augustin Bernard*) se fundaron en Tameslouht, Ileg y Tamgrut; las tumbas de los

marabouts que lideraron estas revueltas están diseminadas a lo largo de toda la costa oeste, y todavía son objeto de veneración popular. La poco ortodoxa adoración por estos santos, que caracteriza a los musulmanes marroquíes y se conmemora en los incontables *koubbas* blancos que hay por todo el país, se desarrolló principalmente en la época del renacimiento religioso que se dio bajo la dinastía saadí, y casi todos los *mulays* y los *sidis* que se veneran entre Tánger y el Atlas eran monjes guerreros que salieron de sus *zauiyas* fortificadas para expulsar a los cristianos de África.

Los saadíes probablemente se sintieran bastante avergonzados de estos fanáticos, que les resultaron útiles para oponerse a los meriníes pero problemáticos por lo que respectaba a sus propios planes. Eran unos príncipes ambiciosos y amantes del lujo, que invadieron el riquísimo reino de Sudán, derrotaron al sultán de Tombuctú y regresaron cargados de esclavos y oro para embellecer Marrakech y destinar sus tesoros a organizar las habituales y desmoralizantes orgías. Sus exquisitas tumbas, situadas en Marrakech, conmemoran por medio de un distinguido lenguaje las virtudes sobrehumanas de una serie de gobernantes cuya vida disipada y libertina solía concluir, antes de tiempo, mediante un asesinato. Al final, otra austera y fanática tribu de las montañas cayó sobre ellos, los hizo desaparecer y se puso a gobernar en su lugar.

7. *Los alauíes*

Los nuevos gobernantes provenían del Tafilalet, que siempre ha sido un rincón conflictivo de Marruecos. Los primeros dos sultanes alauíes eran los habituales jefes tribales que decidieron aprovecharse del desgobierno de los saadíes para saquear y conquistar su territorio. Pero el tercero fue el gran Mulay Ismail; el relato de su largo y triunfante gobierno (de 1672 a 1727) ya se ha hecho en el capítulo sobre Meknes. Este anciano salvaje e ilustrado consiguió, una vez más, imponer el orden a partir de la anarquía y dejó, a su muerte, un imperio organizado y bien administrado, además de una progenie consistente en setecientos hijos e innumerables hijas.^[51]

El imperio se desmoronó como de costumbre, y no menos rápido que de costumbre, con sus sucesores; y desde su muerte hasta que el general Lyautey se hizo cargo, con mano firme, de la dirección del país, el gobierno de Marruecos por parte de los alauíes fue poco más que una tumultuosa sucesión

de incoherentes ambiciones. Los sucesores de Mulay Ismail heredaron su sed de sangre y su pasión por el dominio, pero no su capacidad para gobernar. En 1757, Sidi Mohamed, uno de sus hijos, intentó poner orden en el reino y expulsó a los últimos portugueses que quedaban en Marruecos.

Pero bajo el reinado de sus sucesores, el país se mantuvo aislado y estancado; esporádicamente, hacía un esfuerzo para defenderse de las oleadas de influencia europea mientras sus gobernantes malgastaban su energía en una política de doble juego y disimulo. A comienzos del siglo XIX, los poderes europeos obligaron al gobierno a que erradicara la piratería y el comercio con esclavos cristianos; y en 1830, la conquista de Argelia por parte de Francia, al situar a una fuerza europea junto a una de sus fronteras, sirvió para derribar el muro tras el cual el país se estaba enmohecendo, aislado.

Al principio, la conquista de Argelia tendió a establecer un contacto entre Francia y Marruecos. El dey de Argelia era turco, cosa que lo convertía en un enemigo hereditario, y Marruecos estaba dispuesto a apoyar a las fuerzas que habían acabado con el gobierno turco en un país vecino. Pero el sultán no pudo evitar intentar sacar provecho de los disturbios generalizados apoderándose de Tlemcen y fomentando las insurrecciones en el oeste de Argelia. Y en aquel momento Marruecos estaba involucrado en una guerra santa contra Francia. Abd al-Kader, el sultán de Argelia, se había refugiado en Marruecos, y como el sultán de Marruecos le había proporcionado provisiones y municiones, Francia envió una protesta formal. Al mismo tiempo, el mariscal Bugeaud desembarcó en Mers al-Kebir, e invitó al *Makhzen* a discutir la situación. La oferta fue aceptada y el general Bugeaud y el caíd Al Guenauí se reunieron en un lugar abierto. A sus espaldas, sus tropas respectivas esperaban en formación, y prácticamente apenas se hubieron saludado, el caíd declaró rotas las negociaciones. Las tropas francesas, en consecuencia, se dirigieron hacia la costa, pero durante la retirada fueron atacadas por los marroquíes. Esto supuso el final de las negociaciones pacíficas, y Tánger fue sitiada y conquistada. Durante el agosto siguiente, Bugeaud regresó con sus tropas desde Ujda a través del desfiladero que viene del oeste de Argelia y derrotó a los marroquíes de forma aplastante. Su intención era avanzar hasta Fez, pero la política internacional interfirió y no fue autorizado para llevar a cabo sus planes. Inglaterra no contemplaba con agrado la penetración francesa en Marruecos, y se volvió necesario firmar la paz de una vez para demostrar que Francia no tenía ambiciones territoriales al oeste de Ujda.

Entretanto, en el país estaba a punto de aparecer, una vez más, un gran sultán. Mulay al-Hassan, que gobernó desde 1873 hasta 1894, fue un administrador capaz y lleno de energía. Reunió los fragmentos de su imperio desintegrado, impuso su autoridad en Fez y Marrakech y luchó contra las tribus rebeldes del oeste. En 1877 pidió al gobierno francés que le enviara una misión militar permanente para ayudarlo a organizar su ejército. Organizó una expedición al Souss, pero la falta de alimentos y agua en el desierto causó los sufrimientos más crueles al ejército que lo atravesaba. Mulay al-Hassan mandó que le enviaran provisiones por mar, pero hubo una tormenta demasiado fuerte que imposibilitó el desembarco en la peligrosa costa atlántica, por lo que el sultán, que nunca había visto el mar, se sintió tan sorprendido e indignado como Canuto^[52] al descubrir que las olas no lo obedecían.

Su hijo, Abdelaziz, sólo tenía trece años cuando lo sucedió en el trono. Durante seis años permaneció bajo la protección de Ba-Ahmed, el visir negro de Mulay al-Hassan, que construyó el palacio de hadas de Bahía en Marrakech, con su misteriosa puerta de color verde pálido, cerrada con candado, que conduce a los sótanos secretos donde estaba escondido su tesoro. Cuando el todopoderoso Ba-Ahmed murió, el joven sultán contaba diecinueve años. Era inteligente, encantador y le gustaba la sociedad europea, pero era indiferente a las cuestiones religiosas y aún más a los asuntos militares, por lo que quedaba a merced tanto de la desconfianza de las fuerzas locales como de las intrigas de los europeos.

Algunos intentos torpes de llevar a cabo una reforma fiscal, unidos a una inclinación excesiva hacia las costumbres y las compañías europeas, fomentaron la animosidad del pueblo, así como la de la conservadora clase alta. El hermano mayor del sultán, que había sido dejado de lado en su favor, se dedicaba a intrigar contra él, el habitual pretendiente jerifiano agitaba a las tribus facciosas de las montañas y las fuerzas europeas intentaban, aprovechando la confusión de un país carente de gobierno, imponer su ascendiente.

La desmoralización del país justificaba estas tentativas, y hacía inevitable la injerencia de Europa. Pero todas las potencias europeas se vigilaban celosamente entre sí, y Alemania, que ya codiciaba los recursos agrícolas de Marruecos, que eran evidentes, y su riqueza mineral, que se podía conjeturar, estaba decidida, por encima de todo, a que no se estableciera allí un protectorado francés.

En 1908, otro hijo de Mulay Hassan, Abdelhafid, fue proclamado sultán por la facción islamista reaccionaria, que acusó a Abdelaziz de haber vendido el país a los cristianos. Abdelaziz fue derrotado en una batalla cerca de Marrakech y se retiró a Tánger, donde todavía vive, aunque en un estado lamentable. Abdelhafid, una vez proclamado sultán en Fez, obtuvo el reconocimiento de todo el país, pero no fue capaz de hacer frente a las tribus facciosas (las que estaban fuera del *Blad al-Makhzen*, o «país gobernado»). Estas tribus rebeldes sitiaron Fez y el sultán tuvo que pedir ayuda a Francia, que envió tropas. Esto lo alivió, pero en cuanto los disidentes fueron aplastados y se sintió a salvo, Abdelhafid se negó a apoyar al ejército francés, y en 1912, tras las horribles masacres de Fez, abdicó en favor de otro de sus hermanos, Mulay Yusef, el actual gobernante de Marruecos.

VIII

Nota sobre la arquitectura marroquí

1.

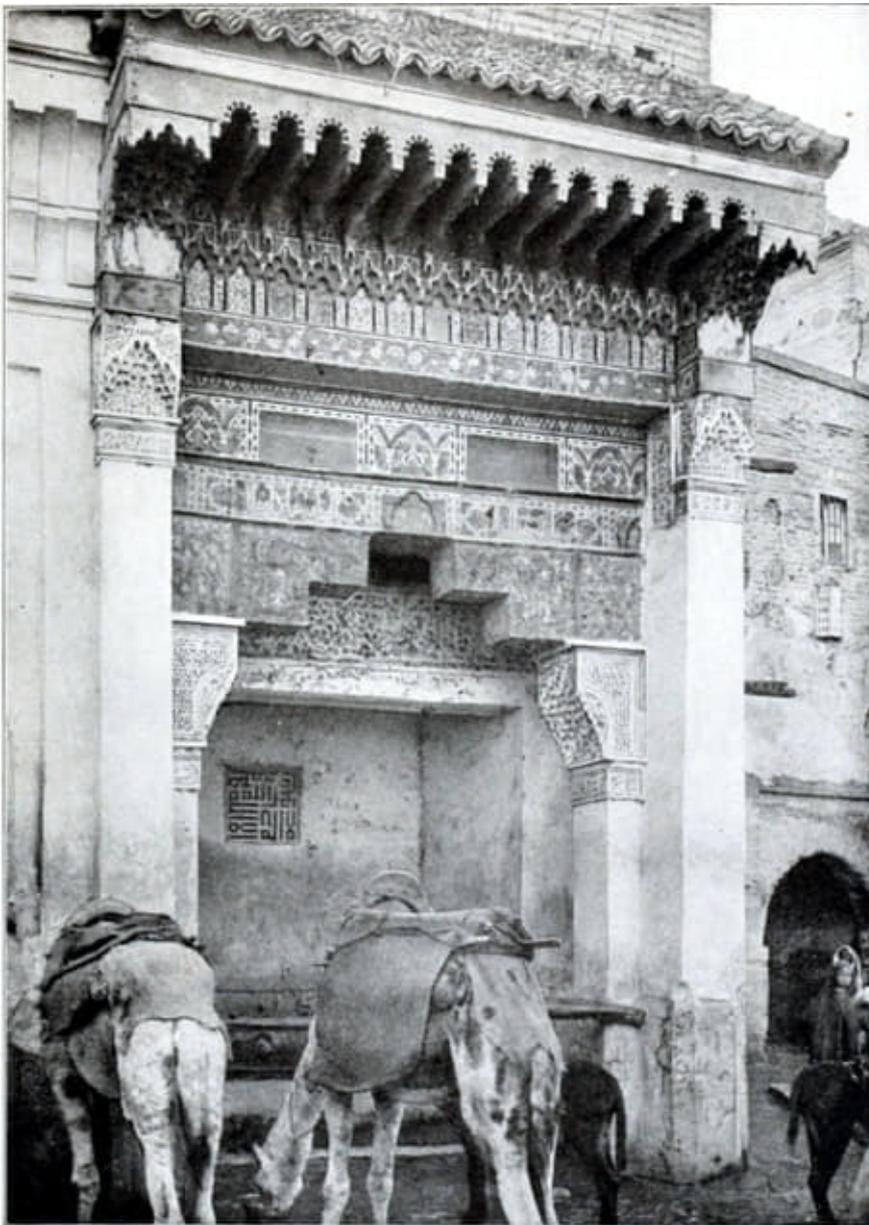
Monsieur H. Saladin, cuyo *Manual of Moslem Architecture* se publicó en 1907, concluye el capítulo sobre Marruecos con las siguientes palabras: «Es especialmente urgente conocer Marruecos lo antes posible, y en profundidad, para estudiar sus monumentos. Es el único país, junto a Persia, en el que realmente ha sobrevivido el arte musulmán, y la tradición que se ha transmitido hasta la actualidad servirá, sin duda, para aclarar muchas cosas».

El deseo de *Monsieur* Saladin se ha cumplido en parte. Desde 1912, cuando el general Lyautey fue nombrado general residente, se han hecho muchas cosas para aclarar la historia del arte marroquí y clasificar sus obras; pero a partir de 1914, aunque este trabajo nunca se ha abandonado, se ha visto inevitablemente retrasado, en especial en lo que concierne a las publicaciones, y hasta la fecha sólo han visto la luz unas pocas monografías y artículos que resumen algunas de las interesantes investigaciones llevadas a cabo en los últimos cinco años.

2.

Cuando estuve en Marrakech, se informó al capitán de S., — que estaba conmigo, de que un caíd del Atlas, del que había sido prisionero hacía unos cuantos años, había sido apresado por las tropas del pachá y estaba en Marrakech. Al capitán de S. le pidieron que identificara varios rifles de los que su viejo enemigo se había apoderado, y cuando se los enviaron se dio cuenta de que los habían decorado elaboradamente con *niello*, técnica cuya tradición se remonta a Damasco.

Este pequeño incidente es un buen ejemplo del grado hasta el que la tradición medieval a que alude *Monsieur* Saladin ha sobrevivido en la vida de Marruecos. En ningún otro lugar del mundo, excepto entre los moribundos pintores de frescos de los monasterios griegos, una técnica artística ha durado desde el siglo VII o el VIII hasta la actualidad. Y en Marruecos, esta fórmula no es la expresión mecánica de una tecnología petrificada, sino el marco de la vida de un pueblo que ha seguido usando las mismas vestimentas, observando las mismas costumbres, creyendo en los mismos fetiches y empleando las mismas sillas de montar, arados, telares y tintes que en la época en que se pusieron los cimientos de la primera mezquita de Al Qarauín.



Marrakech: una fuente callejera.

El origen de esta tradición es confuso y oscuro. Los árabes nunca han sido artistas creativos, y tampoco los bereberes, por lo que se sabe. A medida que continúan avanzando las investigaciones en Siria y en Mesopotamia, parece cada vez más probable que las fuentes de inspiración del arte premusulmán en África del Norte se encuentren en Egipto, Persia y la India. Cada nueva investigación sitúa dichas fuentes en un tiempo más remoto y en una localización más oriental; pero no es demasiado útil volver sobre estos antiguos vestigios, ya que el arte marroquí, hoy en día, no muestra ninguna huella del arte preislámico, salvo lo que es puramente fenicio o romano.

En cualquier caso, y pese a todo, no es en Marruecos donde debe buscarse la clave del arte marroquí, aunque sin ninguna duda se encontrarán pistas interesantes y restos misteriosos en lugares como Tinnel, en los desfiladeros del Atlas, donde *Monsieur* Doutté ha fotografiado una mezquita en ruinas del periodo almohade más temprano, y en las curiosas ciudades argelinas de Sedrata y Al Qal'a de Beni Hammad. En estas dos ciudades vivía una comunidad rica y próspera en el siglo X, y ambas fueron destruidas en el XI, de modo que han sobrevivido como una Pompeya medieval de excepcional interés, ya que su arquitectura parece no haber recibido apenas ninguna influencia clásica ni bizantina.

Los rastros de un arte autóctono muy antiguo se encuentran en los diseños de la cerámica bereber moderna, blanca y negra; pero estas obras, de las que hay muestras en el departamento de Arte Oriental del Louvre, parecen retrotraerse, a través de América Central, Grecia (siglo VI a. C.) y Susa (siglo XII a. C.) al remoto periodo que es anterior a que las aguas de la inventiva humana se separaran por distintos cauces, cuando los mismos bucles, las mismas ondas y las mismas espirales se formaban en la superficie de todas ellas.

Es una cuestión controvertida si la influencia española fue la principal en el desarrollo del arte específicamente marroquí de la primera etapa musulmana, o si las influencias europeas llegaron a través de Siria y Palestina y después se encontraron y cruzaron con las de la España mora. Probablemente ambas cosas sucedieran, ya que los almorávides se establecieron en España, y no hay duda de que las corrientes se tocaron y se mezclaron. En cualquier caso, Bizancio, Grecia y la Palestina y la Siria de los cruzados contribuyeron tanto como Roma y Grecia a la formación de ese peculiar arte musulmán que, desde la India hasta los Pilares de Hércules, se desarrolló, con mínimas variaciones, a partir de los mismos elementos.

Los conquistadores árabes siempre destruyen cuanto pueden del arte de sus predecesores, y no queda nada, que se sepa, de arquitectura almorávide en Marruecos. Pero los grandes sultanes almohades llenaron España y el noroeste de África con sus monumentos, y no hay ninguna construcción africana posterior que los iguale en fuerza y majestad.

Sin duda, debido a que los almohades construían en piedra ha sobrevivido tanto de lo que hicieron. Lo que hicieron los meriníes quedó reducido a escombros y dejó un leve tufillo, y las dinastías de los jerifes construían con arcilla, como los españoles en Sudamérica. Así, la Meknes del siglo XVII se ha deteriorado, mientras los muros y las torres almohades del X todavía están en pie.

Los principales edificios antiguos de Marruecos son defensivos y religiosos, y en este último término se puede incluir las hermosas residencias universitarias (las medersas) de Fez y Salé, ya que el sistema educativo del islam es esencial y fundamentalmente teológico. De los antiguos edificios seculares, palacios o casas privadas, prácticamente no se sabe que exista ninguno; pero sus planos y su decoración se pueden reconstruir con facilidad a partir de las crónicas más antiguas, y también de los palacios construidos en los siglos XVIII y XIX que han sobrevivido, e incluso de los que los acaudalados nobles del Marruecos moderno están construyendo en la actualidad.

Toda la arquitectura civil musulmana, desde Persia hasta Marruecos, se basa en cuatro condiciones inmutables: un clima caliente, la esclavitud, la poligamia y la segregación de las mujeres. El domicilio particular, en los países mahometanos, es, en realidad, un fuerte, un convento y un templo; un templo al que el dios (como en todas las religiones antiguas) desciende con frecuencia para visitar a sus enclaustradas devotas. Y es que cuando existen la esclavitud y la poligamia, el dueño de la casa es necesariamente un dios, y el hogar en que habita es un santuario construido en torno a su divinidad.



Rabat: Puerta de la Kasbah de los Udayas.

El cacique marroquí siempre ha tenido una mentalidad defensiva. En cuanto montaba un campamento o fundaba una ciudad, tenía que protegerlos de las hordas hambrientas que acechaban por todas partes. Cada pequeño centro de cultura y lujo en el Magreb era un islote en un mar azotado por constantes tormentas. La maravilla es que, aunque estaban todo el tiempo amenazados desde fuera y todo el tiempo se conspiraba contra ellos desde dentro —con el desierto a su puerta y sus esclavos en el umbral—, estos hombres violentos conseguían crear a su alrededor una atmósfera de lujo y estabilidad que no solamente dejaba perplejos a los serviles cronistas autóctonos sino también a los viajeros y cautivos de Europa occidental.

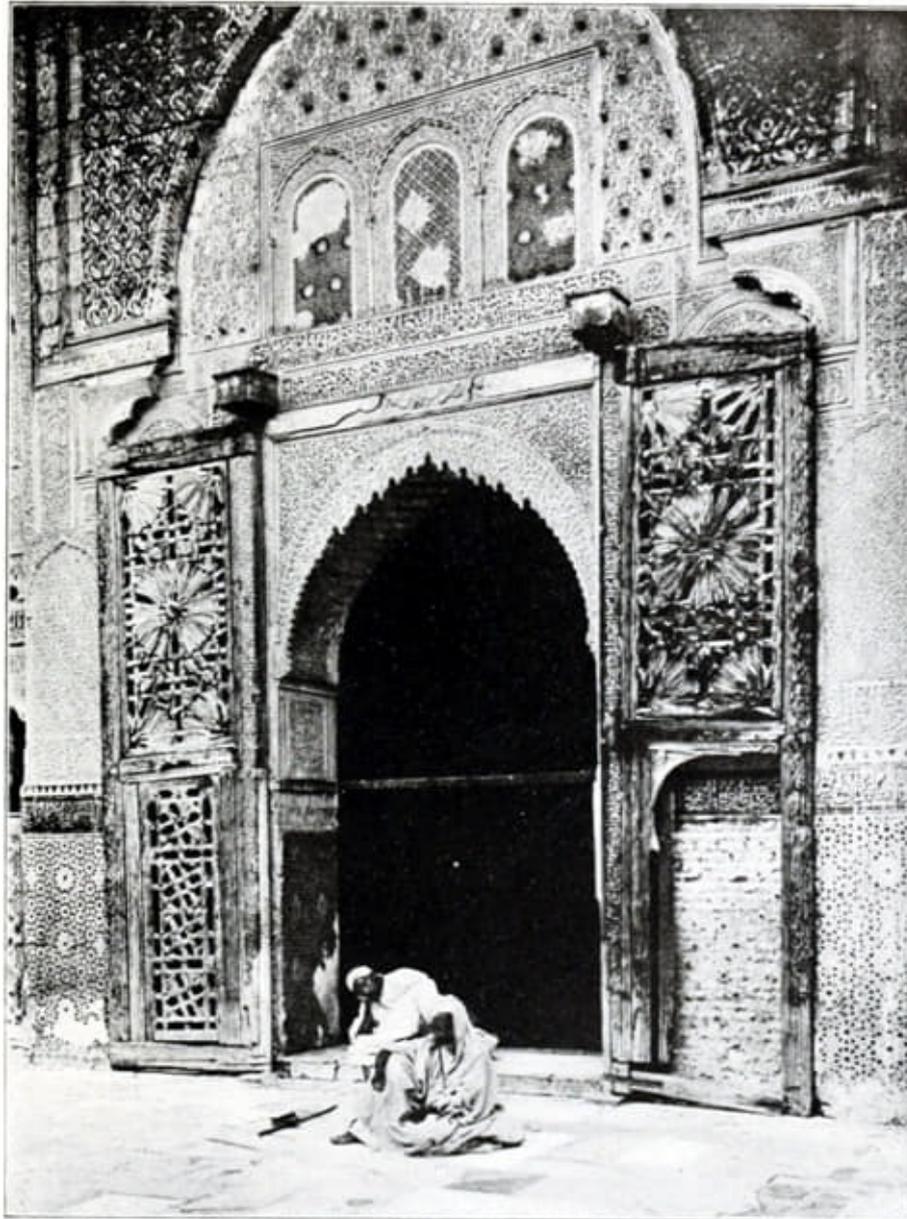
Como se ha señalado a menudo, lo cierto es que, incluso hasta finales del siglo XVII, los refinamientos de la civilización en Francia e Inglaterra no eran, en muchos aspectos, mayores que los de África del Norte. África del Norte había estado mucho tiempo en contacto muy directo con antiguos imperios en los que el lujo era inmemorial, y por ese motivo se hallaba mucho más avanzada en las artes de la vida que la España y la Francia de la Alta Edad Media; y es por eso por lo que, en un país que a cualquier europeo moderno le parece tan salvaje como la tribu ashanti, se pueden encontrar rastros de una vida y un gusto tan refinados que difícilmente pueden competir con los de Europa durante el Imperio carolingio o los comienzos de la dinastía de los Capetos.

3.

La breve dinastía almorávide no dejó ningún monumento.

Fez ya había sido fundada por los Idrises, y sus primeras mezquitas (Al Qarauín y la de los andalusíes) ya existían. Los cronistas relatan grandes cosas de Fez y Marrakech durante el periodo de los almorávides, pero la salvaje invasión de los hilalianos y el subsiguiente descenso de los almohades del Alto Atlas borraron del mapa cuanto habían creado las primeras dinastías.

Los almohades eran unos constructores impresionantes, y todos sus grandes monumentos son de piedra. El ejemplo más antiguo de su arquitectura que se conoce y que ha sobrevivido es la mezquita en ruinas de Tinmel, en el Alto Atlas, descubierta y fotografiada por *Monsieur* Doutté. Esta mezquita fue construida por el inspirado místico Ibn Tumert, el fundador de la dinastía. Después de él llegaron los sultanes constructores de grandes palacios, cuyas ciudades amuralladas y llenas de espléndidas mezquitas y torres tienen características semejantes a las del románico en cuanto a la masa y proporciones y, como ha señalado *Monsieur* Raymond Koechlin, recuerdan inevitablemente la «robusta sencillez de los maestros constructores que en Francia, en aquel mismo momento, comenzaban a construir las primeras catedrales góticas y los más nobles castillos feudales».



Fez: Medersa Buanyana.

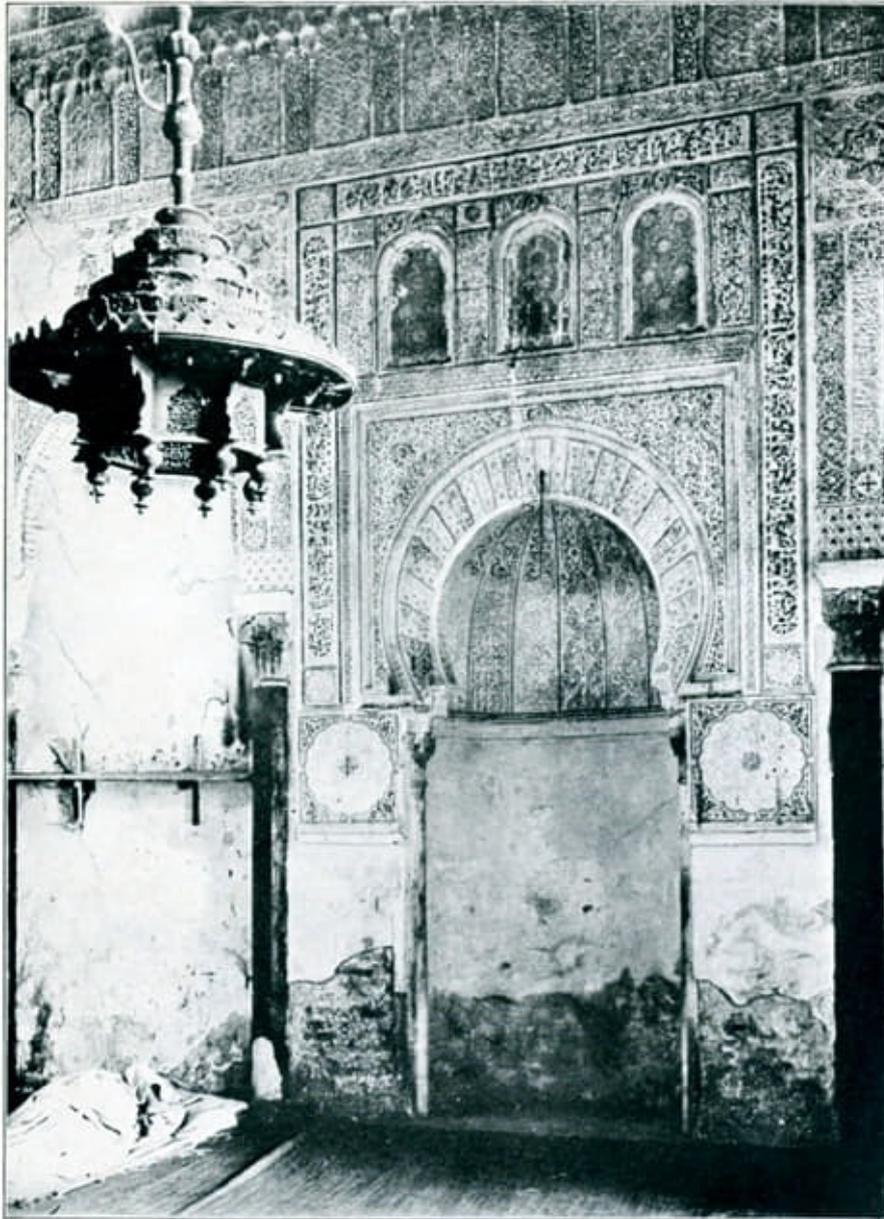
En el siglo XIII, con los meriníes, la arquitectura marroquí se volvió más delicada, más lujosa, y quizá también más particular. La interacción del arte español y árabe que generó el estilo conocido como morisco alcanzó, en el lado africano del Estrecho, su mayor completud en Marruecos. Fue durante el reinado de los meriníes cuando el arte morisco llegó al máximo esplendor de su belleza en España, y también cuando en Fez se reconstruyeron la mezquita Al Qarauín y la de los andalusíes y se crearon seis de sus nueve medersas, los edificios más perfectos que han sobrevivido de aquel momento único de sobria elegancia y dignidad.

La dinastía de los jerifes trajo consigo un declinar del gusto. El burdo deseo del efecto inmediato y la tendencia hacia un tipo de lujo más primitivo

tuvieron como resultado la construcción de frágiles palacios tan poco duraderos como tiendas. A pesar de todo, una última flor brotó en el tronco deformado y agonizante del antiguo imperio. El sultán saadí que invadió Sudán y regresó cargado de oro y tesoros desde la magnífica ciudad negra de Tombuctú, llenó Marrakech de monumentos construidos precipitadamente, de los cuales apenas quedan algunos rastros. Pero ahí, en un rincón donde crecen las ortigas, en un barrio decrepito, se encuentra la capilla de las Tumbas, que hasta ayer estaba escondida. Es la última manifestación de la belleza pura de un pueblo misterioso, incompleto, siempre retrógrado y que sin embargo siempre está tratando de avanzar. Las tumbas de los meriníes de Fez han desaparecido, pero las de quienes las destruyeron permanecen y conservan una gracia precaria, semejante a la de una flor al borde de un precipicio.

4.

La arquitectura marroquí, por lo tanto, se puede dividir en cuatro grupos: los fuertes, las mezquitas, las residencias universitarias y las casas particulares.



Fez: Capilla-oratorio en la medersa El Attarine.

Lo más importante de la mezquita siempre es el mihrab, hornacina orientada hacia la kasba de La Meca, desde donde el imán^[53] dice las plegarias. Esta disposición, que permite que la mayor cantidad de fieles posible se arrodillen de cara a el mihrab, tiene como resultado un plano de planta que necesariamente consiste en unas largas naves laterales paralelas a la pared donde se halla situado el mihrab, a las que se va añadiendo más naves a medida que crece el número de fieles. Donde no había espacio para aumentar el tamaño de estas naves laterales, alargaban la mezquita por los extremos. Este plano típico se modifica, en las mezquitas de Marruecos, por medio de una sección transversal más amplia, que corresponde a la nave de una iglesia cristiana y que se extiende a través de la mezquita desde la

hornacina donde se ora hasta la puerta principal. A la derecha del mihrab está el *minbar*, el púlpito tallado (generalmente de madera de cedro con incrustaciones de madreperla y ébano) desde el que se lleva a cabo la lectura del Corán. En algunas mezquitas de Argelia y Egipto (y en la de Córdoba, por ejemplo) el mihrab está metido en una especie de biombo que se llama *maksura*; pero en Marruecos, por lo visto, no se adoptó esta modificación del plano más sencillo.

La construcción interior de la mezquita, sin duda, se veía afectada por la proximidad de ruinas romanas o bizantinas. *Monsieur* Saladin señala que parece haber pocos ejemplos de empleo de columnas por parte de constructores locales; pero de ahí no se desprende necesariamente que todas las columnas empleadas en las primeras mezquitas provinieran de templos romanos o basílicas cristianas. Los invasores árabes llevaban a sus arquitectos e ingenieros consigo, y es muy posible que algunas de las mezquitas más antiguas fueran construidas por prisioneros o cazadores de fortuna originarios de Grecia, Italia o España.

En cualquier caso, las columnas sobre las que descansan las arcadas de las bóvedas en las primeras mezquitas, como las de Túnez y Kairuán, o la de Al Qarauín, en Fez, dan paso más adelante al empleo de pilares, que pueden ser cuadrados o con pilastras adosadas a los flancos, como en Argel y en Tlemcen. El exterior de las mezquitas, por norma general, casi no puede verse debido al crecimiento vertiginoso de edificios, calles y bazares cubiertos; pero en los lugares en que los muros externos han permanecido visibles, se puede apreciar, como en Kairuán y en Córdoba, grandes trozos de mampostería sin ventanas en los que, periódicamente, se abren unas majestuosas puertas.

Detrás de la mezquita, y conectada con ella por medio de muchas grandes puertas de bronce batido o de madera de cedro tallada, está el patio de las abluciones. Las aberturas de la fachada se multiplicaron para que, los días importantes, los fieles que no pudieran entrar en la mezquita tuvieran al menos la oportunidad de escuchar las oraciones y echar un vistazo al mihrab.

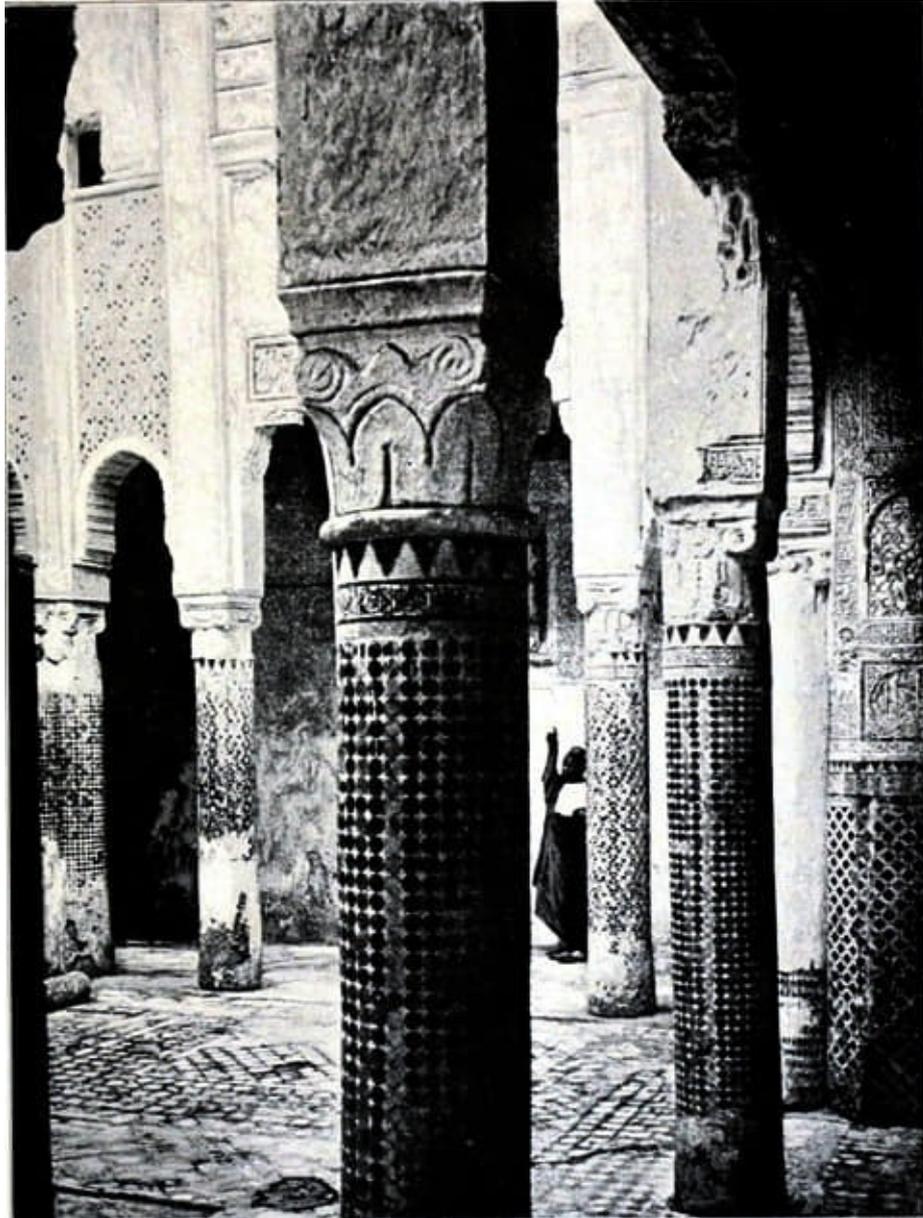
En una esquina del patio está el minarete. Ésta es la estructura en la cual el arte musulmán ha llevado a cabo un mayor número de variaciones, recortando sus ángulos, construyéndolo de acuerdo a un esquema circular o a uno poligonal, y modificando una y otra vez las pirámides y las pechinas mediante las cuales el plano de planta de un piso se relaciona con el del siguiente. Estos problemas de transición, que siempre le resultan fascinantes al arquitecto, condujeron en Persia, Mesopotamia y Egipto a muchas composiciones y formas de tratamiento diferentes; pero en Marruecos, el

minarete, hasta la época moderna, se mantuvo inamoviblemente cuadrado, demostrando que ningún esquema es tan bello como éste, que es el más sencillo de todos.

Alrededor del patio de las abluciones están las aulas, las bibliotecas y otras dependencias que fueron creciendo a medida que la religión mahometana prosperaba y la cultura árabe se desarrollaba.

La medersa era una extensión de la mezquita: la academia donde los estudiosos musulmanes aprendían teología y otras ramas de un peculiar saber que, hasta la actualidad, constituyen el currículum de la universidad mahometana. La medersa es una adaptación del domicilio particular a fines religiosos y educativos o, si se prefiere otra analogía, es una *fondak* construida en torno a una mezquita en miniatura. El plano de la planta es siempre el mismo: en el centro hay un patio con arcadas y con una fuente, a un lado está la larga y estrecha capilla para las oraciones con el mihrab y al otro hay una clase con el mismo plano de planta. Y en el piso de arriba se encuentran las habitaciones, semejantes a celdas, donde viven los estudiantes. Estas habitaciones se abren al exterior por medio de unos balcones de madera de cedro tallada. Este esquema de claustro, en el que todo el efecto se reserva para las fachadas interiores que hay sobre el patio, se presta a una delicadeza en los detalles que sería inadecuado en un muro que diera a la calle. Las medersas de Fez son infinitamente variadas en lo que respecta a su decoración, imaginativa pero nunca exuberante.

Monsieur Tranchant de Lunel ha señalado (en *France—Maroc*) el evidente sentido de la adecuación con que los arquitectos meriníes adaptaban estos adornos a los usos del edificio. En el piso inferior, bajo el claustro, ponen un revestimiento de mármol (frecuentemente alabastro) o de los casi indestructibles mosaicos de cerámica.^[54] En la planta de arriba, unas enormes ménsulas de madera de cedro que terminan en monstruos de inspiración casi gótica sostienen los balcones desgastados. Y por encima de todo se disponen unos estucos entrelazados, situados demasiado altos como para que nadie los deteriore y protegidos de las inclemencias del tiempo por medio de aleros.



Salé: Patio interior de la medersa.

El domicilio particular, se trate de la morada de un mercader o del palacio de un cacique, se organiza sobre el mismo esquema, añadiendo unas habitaciones reservadas para las mujeres; y lo que ha quedado en España y en Sicilia de arquitectura morisca secular muestra que, en el periodo de los meriníes, el despliegue de adornos debe de haber sido —como es natural— incluso mayor que en las medersas.

Los cronistas árabes describen los palacios meriníes, como la Casa de la Favorita, en Córdoba, de una manera que la imaginación moderna, más sobria, se negó a aceptar hasta que se descubrieron las medersas de Fez y se dio a conocer la antigua tradición decorativa que sobrevivía en los palacios marroquíes del siglo XVIII. Las descripciones que se ofrecen de los palacios

de Fez y Marrakech en los capítulos precedentes, que hacen que sea innecesario, en una nota tan breve como ésta, volver a detallar su planificación y decoración, servirán para mostrar cuán graciosamente el arte de la mezquita y el de la medersa se aligeraron y adaptaron a un entorno doméstico para que encajaran con las frescas habitaciones y los patios llenos de flores de las casas particulares.

Con respecto a las inmensas fortificaciones, que son los elementos arquitectónicos más pintorescos y llamativos de Marruecos, lo primero que impacta al viajero es la dificultad para discernir las distintas fechas en que fueron construidas hasta que se examinan determinadas peculiaridades estructurales o se descubren los detalles ornamentales de las grandes puertas. Así, las partes almohades de las murallas de Fez y Rabat están construidas en piedra, mientras que para las partes erigidas con posterioridad se emplearon escombros; y el toque europeo de ciertas puertas de Meknes y Fez permiten situarlas inmediatamente en el siglo XVII. Pero el diseño medieval de esas grandes piezas de mampostería, y determinados aspectos técnicos de la planificación, como la disposición de las torres, que se alternan en las partes interna y externa del muro, han permanecido iguales a través de las diferentes dinastías; y esta inmutabilidad de la arquitectura militar marroquí permite que la imaginación se represente no sólo cuál sería el aspecto de las ciudades fortificadas que los griegos construyeron en Palestina y en Siria y que los cruzados trajeron de vuelta a Europa, sino también el de las lejanas fortalezas asirias y caldeas de las que todas las construcciones de este tipo de la Edad Media europea parecen provenir.



Marrakech: la Puerta del Portugués.

IX

Libros consultados

- AFRIQUE FRANÇAISE (L'), *Bulletin Mensuel du Comité de l'Afrique Française* Paris, 21, rue Cassette.
- BERNARD, Augustin, *Le Maroc* Paris, F. Alcan, 1916.
- BUDGETT-MEAKIN, *The Land of the Moors*. Londres, 1902.
- CHÂTELAIN, L. *Recherches Archéologiques au Maroc. Volubilis*.
(Publicado por el mando militar de Marruecos.)
—*Les Fouilles de Volubilis (Extrait du Bulletin Archéologique, 1916)*.
- CHEVRILLON, A. *Crépuscule d'Islam*.
- COCHELET, Charles, *Le Naufrage du Brick Sophie*.
- CONFÉRENCES MARROCAINES, Paris, Plon-Nourrit.
- DOUTTÉ, E. *En Tribu* Paris, 1914.
- FOUCAULD, Vizconde de *La Reconnaissance au Maroc* Paris, 1888.
[*Viaje a Marruecos precedido de Itinerarios por Marruecos*, trad. de Francesc Gutiérrez, Palma de Mallorca, Olañeta, 1998.]
- FRANCE-MAROC *Revue Mensuelle*, París, 4, rue Chauveau-La—
garde.
- GAILLARD *Une Ville d'Islam, Fez*. Paris, 1909.
- GAYET, Al. *L'Art Arabe* Paris, 1906.
- GOULVEN, J. *La Place de Mazagan sous la domination portugaise*
Paris, 1917.
- HOUDAS, O. *Le Maroc de 1631 à 1812. Extrait d'une histoire du Maroc intitulée «L'Interprète qui s'exprime clairement sur les dynasties de l'Orient et de l'Occident» par Ezziani*, París, E. Leroux, 1886.
- KOECHLIN, Raymond, *Une Exposition d'Art Marocain (Gazette des Beaux-Arts, julio-septiembre de 1917)*.
- LEÓN EL AFRICANO *Description of Africa*, [*Descripción de Africa*, trad. de Luciano Rubio, HMR. Madrid, 1999].

- LOTI, Pierre, *Au Maroc / Viaje a Marruecos*, trad. de Vicente Diez de Tejada, Menorca, Abraxas, 1999].
- MIGEON, Gaston, *Manuel d'Art Musulman, II, Les Arts Plastiques et Industriels*. Paris, A. Picard et Fils, 1907.
- SALADIN, H. *Manuel d'Art Musulman. I. L'Architecture*. Paris, A. Picard et Fils, 1907.
- SEGONZAC, Marqués de *Voyages au Maroc*. Paris, 1903.
— *Au Coeur de l'Atlas* Paris, 1910.
- TARDE, A. de, *Les Villes du Maroc: Fez, Marrakech, Rabat (Journal de l'Université des Annales, 15 de octubre-1 de noviembre de 1918)*.
- WINDUS, *A Journey to Mequinez*. Londres, 1721.

Otros libros (publicados desde 1917)

- LA NÊZIÈRES, J. de, *Les monuments mauresques du Maroc*. Paris, A. Lévy, 1924.
- RICARD, P.^[55] *Pour comprendre l'art musulman en Afrique du Nord et en Espagne*. Paris, Hachette, 1924.
- CHEVRILLON, André, *Marrakech dans les Palmes*. Paris, Calmann-Lévy.
- THARAUD, Jérôme et Jean, *Marrakech, ou les Seigneurs de l'Atlas*. Paris, Plon, 1920.
— *Rabat, ou les heures marocaines*, Paris, Emile Paul, 1919.



EDITH WHARTON (Nueva York, 1842 — Saint-Brice-sous-Forêt, 1937) fue una escritora estadounidense. Su nombre de soltera era Edith Newbold Jones, y nació en el seno de una familia adinerada durante la guerra civil americana. Su pertenencia a la clase alta anglosajona determinó el ambiente y la creación de personajes en sus novelas, además de que su estancia en Italia y París la llevó a compartir sociedad con miembros de la más alta aristocracia europea. En 1885 se casó por conveniencia con Edward Wharton, un banquero del que se divorció en 1913.

Tras la publicación de varios relatos, su primera novela, *El valle de la decisión*, apareció en 1902. Se centró en caracterizar en sus obras la sociedad de clase alta con la que convivía, desarrollando potentes personajes femeninos que atrapados entre sus propios deseos y las exigencias del mundo externo. Era amiga cercana de Henry James, quien tuvo gran influencia en su estilo literario. Posiblemente su obra más conocida sea *La edad de la inocencia* (1921), que fue *Premio Pulitzer* —siendo la primera mujer en recibir este galardón— y que fue adaptada para el cine en 1993 por Martin Scorsese.

Además de su faceta narrativa, era una reconocida paisajista y diseñadora de interiores; también escribió libros de viajes centrados en Francia y Marruecos, que describen su interés por la participación francesa en la Primera Guerra Mundial.

Notas

[1] Sin embargo, para la traducción al castellano he preferido emplear los nombres propios en nuestro idioma en la medida de lo posible, e indicar con cursiva los que se conservan en francés. Por cierto, la ciudad que en francés se llama Oudjda, en castellano se conoce como Ujda. (*N. del T.*). <<

[2] Tipo de billete de tren o autobús que permite, a un bajo precio, viajar de estación en estación hasta llegar al punto de partida. (*N. del T.*). <<

[3] Aldea de tiendas. La aldea de cabañas de adobe se llama *nourwal*. (*N. de la A.*). <<

[4] Sepulcro de un santo; el santo se llama *marabout*. (N. de la A.). <<

[5] La posada árabe o *caravansar*. (N. de la A.). <<

[6] Alta meseta con colinas que se extiende entre Tánger y Fez. (*N. de la A.*).
<<

[7] Asceta musulmán que se santifica y se convierte en objeto de culto. (*N. del T.*). <<

[8] Jefe de una tribu o comunidad. (*N. del T.*). <<

[9] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[10] Llamadas así para distinguirlas de las aldeas de tiendas de los grupos menos establecidos. (*N. de la A.*). <<

[11] Un *oued* (río, en árabe) es el término que, en francés, se emplea para designar el cauce de un río que, en estas regiones desérticas o semidesérticas, está una buena parte del año (o permanentemente) seco. (*N. del T.*). <<

[12] Escuela sagrada. (*N. de la A.*). <<

[13] Refrán alemán que significa «Lo pasado, pasado está». (*N. del T.*). <<

[14] Sir James George Frazer (1854-1941) es el autor del clásico de la antropología *La rama dorada*, en que ofrece una perspectiva comparada de diversos mitos y rituales religiosos y mágicos. (*N. del T.*). <<

[15] Región del sudoeste marroquí cuya capital es Agadir actualmente. (*N. del T.*). <<

[16] Uno de los ríos más importantes de Marruecos. (*N. del T.*). <<

[17] Trabajo forzado. (*N. del T.*). <<

[18] Hombre sabio. (*N. de la A.*). <<

[19] Juez que aplica la ley islámica. (*N. del T.*). <<

[20] El gueto de las ciudades africanas. Todos los fabricantes de joyas de Marruecos son judíos. (*N. de la A.*). <<

[21] Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), el célebre poeta inglés, decía que *Kubla Khan*, su texto ambientado en el Oriente, surgió de un sueño y que, cuando se puso a escribirlo, fue interrumpido por una «persona de Porlock», una localidad inglesa. (*N. del T.*). <<

[22] Sabios, doctores universitarios. (*N. de la A.*). <<

[23] Personaje de Dickens. (*N. del T.*). <<

[24] El gobierno del sultán. (*N. de la A.*). <<

[25] Etnia bereber. (*N. del T.*). <<

[26] Monasterio musulmán. (*N. de la A.*). <<

[27] Nicho en el santuario de las mezquitas. (*N. de la A.*). <<

[28] Pulpito móvil. (N. de la A.). <<

[29] Pequeña edificación con una bóveda, habitualmente destinada a que los fieles hagan sus abluciones. (*N. del T.*). <<

[30] Lugar en que se enterraba a los extranjeros o a los indigentes. La expresión proviene de la Biblia. (*N. del T.*). <<

[31] En *France-Maroc*, n.º 1. (N. de la A.). <<

[32] Llamados así por el tinte de color índigo de sus túnicas, que les deja el cuerpo manchado para siempre. (*N. de la A.*). <<

[33] Campesinos. (*N. del T.*). <<

[34] Casa de locos. (*N. del T.*). <<

[35] Mulay al-Hassan reinó desde 1873 hasta 1894. (*N. de la A.*). <<

[36] El *seraglio* son los aposentos de las mujeres que forman el harén del sultán. (N. del T.). <<

[37] El tafilete se llama *morocco* en inglés. Por cierto, la palabra «tafilete» también tiene un origen geográfico, la región del Tafilalet. (*N. del T.*). <<

[38] Los dátiles no maduran en Marruecos. (*N. de la A.*). <<

[39] Expulsar. (*N. del T.*). <<

[40] Nobles descendientes del Profeta. (*N. del T.*). <<

[41] La *msalla* se emplea para realizar ceremonias religiosas cuando el público es tan numeroso que no cabe en el patio de la mezquita. (*N. de la A.*). <<

[42] El *Mahdi* («El guiado») es el redentor que, según algunas interpretaciones del islam, vendrá a traer la justicia en el mundo y a crear una sociedad perfecta. (*N. del T.*). <<

[43] La parte rebelde del territorio de Marruecos; la parte sometida se llamaba Blad es-Majzen. (*N. del T.*). <<

[44] La pérdida de Marruecos habría traído como consecuencia inevitable la de toda el África del norte francesa. (*N. de la A.*). <<

[45] Locución que se emplea para afirmar que todo va como siempre. (*N. del T.*). <<

[46] Durante los primeros años de la guerra, fueron los prisioneros alemanes quienes construyeron las carreteras en Marruecos. Y debido a que Alemania tenía una conciencia tan clara del valor económico de este país, y estaba tan preocupada por evitar que disminuyera su prestigio, protestó inmediatamente, con el absurdo pretexto de lo pernicioso del clima, y amenazó con tomar represalias si no se relegaba a sus prisioneros de esos trabajos. (*N. de la A.*)
<<

[47] En estos capítulos sobre historia y arte de Marruecos, he intentado hacer un esbozo, ligero y superficial, de una materia amplia y confusa.

Los hechos y las conclusiones aquí expuestos provienen principalmente de los libros mencionados en la breve bibliografía que aparece al final de este volumen. Además, estoy en deuda con los oficiales del equipo del general Lyautey y con los numerosos funcionarios del gobierno, civiles y militares, que conocí a lo largo del viaje. (*N. de la A.*). <<

[48] Situado al este del Muluya, el protectorado africano (que ocupaba lo que actualmente es el oeste de Argelia y el sur de Orán) se llamaba la Mauritania del César. (*N. de la A.*). <<

[49] Debido a la poca destreza de los marineros marroquíes, estos barcos corsarios solían estar comandados por cristianos renegados y turcos. (*N. de la A.*). <<

[50] Cochelet naufragó en la costa, cerca de Agadir, a comienzos del siglo XIX, y fue llevado junto a sus compañeros de viaje hasta Al Ksar y Tánger, pasando terribles penurias por el camino. (*N. de la A.*). <<

[51] Mulay Ismail era un erudito teólogo y a menudo mantenía debates sobre religión con los padres de la Orden de la Misericordia y los trinitarios. Era escrupulosamente ortodoxo en sus prácticas religiosas, y escribió un tratado en defensa de su fe que le envió a Jacobo II de Inglaterra, instándolo a que se convirtiera al islam. Inventó las más sofisticadas formas de tortura, y los sultanes que lo siguieron las aplicaron a sus víctimas (véase Loti, *Au Maroc*), y amaba las flores y era extremadamente sencillo y frugal en sus hábitos personales. (*N. de la A.*). <<

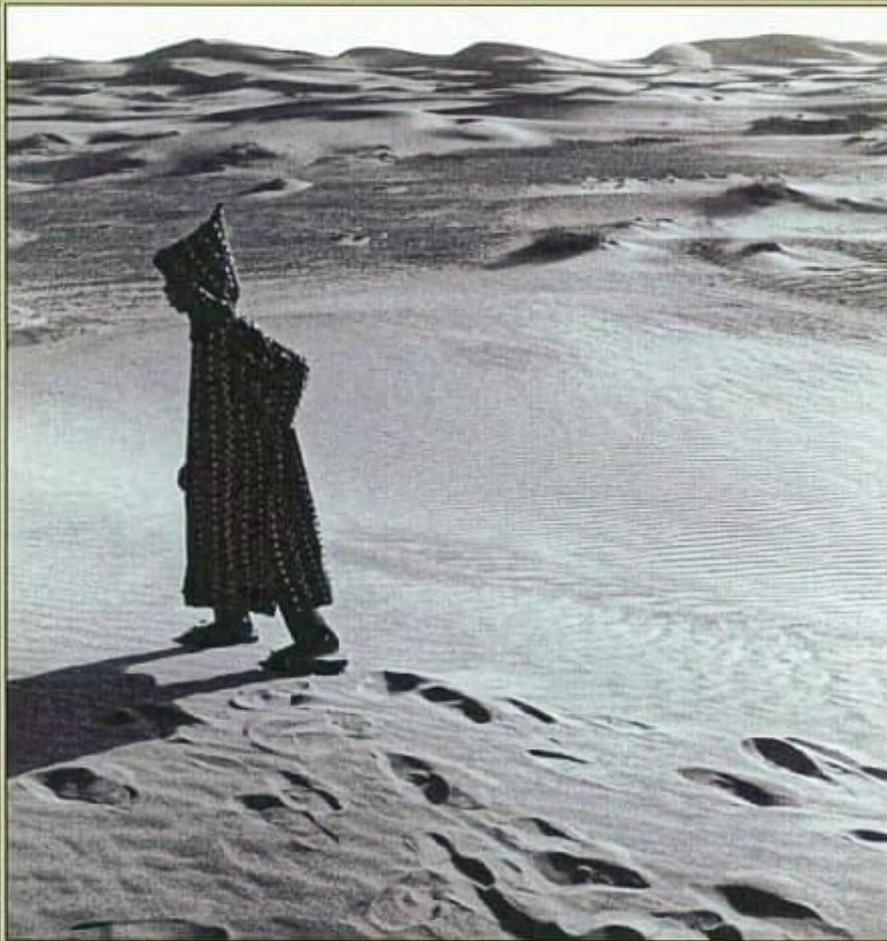
[52] Canuto I el Grande, rey de Inglaterra, Dinamarca y Noruega, que vivió entre los siglos X y XI, es conocido por haber intentado controlar las mareas. (*N. del T.*). <<

[53] El «diácono» o miembro del consejo de la religión musulmana, que carece de clero. (*N. de la A.*). <<

[54] Estos mosaicos marroquíes se llaman *zelliges*. (N. de la A.). <<

[55] Inmediatamente después de la guerra, *Monsieur Prosper Ricard*, inspector de Artes Indígenas en Fez, publicó su admirable *Maroc* en la serie de Guías Azules de la editorial Hachette de París. (*N. de la A.*). <<

EDITH WHARTON EN MARRUECOS



Lectulandia